





M

246

1533

LA ESPADA.

POR

MADAME AMEDÉE ACHARD.

de la revolucion francesa
ante el marqués de Roverda,
loales propietarios de
que en todo San-
el motivo, ni
encia ene-
ha



CADIZ: AÑO DE 1851.

Imprenta de don Manuel J. de Uclés, calle de la
Zanja, número 12.

LA ESPADA

M. J. GARCIA



IMPRESA DE DON JUAN DE LOS RIOS, CALLE DE LA
REINA, NUMERO 12.

CAPITULO I.

Antonia.

Hácia la época de la revolución francesa desapareció súbitamente el marqués de Roverdá, rico colono y de los principales propietarios de la parte española de Haití, sin que en todo Santo Domingo hubiese quien supiese el motivo, ni lo que había sido de él. Nadie le conocía enemigo personal, antes al contrario, era el caballero mas noble, humano y cortés de toda la comarca, de modo que no hallando causa plausible á su desaparición, fué por mucho tiempo objeto de los mas extraños comentarios. Sin embargo, no dejaron de correr voces de que á pesar del bondadoso trato que les daba, varios de sus esclavos se habían hecho cimarrones y escapándose á los bosques, y se contaba, que el mar-

qués había pedido alguna tropa al gobernador con el objeto de perseguir á los fugados, volverlos á las plantaciones si los cogia, y cuando no, hacerles saber que les perdonaba con tal que atendido esto y el buen tratamiento que les había dado siempre, le ofreciesen respetar sus posesiones: que uno de los dias en que puesto á la cabeza de la escolta recorría las montañas acompañado tambien de varios esclavos fieles, se adelantó á caballo un corto trecho; que al principio no tuvieron cuidado sus criados, mas que recelosos luego, lo habían buscado por el bosque infructuosamente, y á poco rato oyeron un tiro, cuyo eco se repitió por todo el monte; que acudieron hácia donde había salido el tiro, pero que no lograron volver á ver al marqués ni á ninguno de los esclavos fugitivos, por mas que continuaron varios dias la batida por todas las cercanias. De esta relacion y de no haber tampoco encontrado rastro alguno ni del caballero ni del caballo, se supuso que el marqués habría sido asesinado por algun negro cimarron.

Daba mas verosimilitud á esta suposicion el conocimiento del odio que conservaban siempre los naturales de aquel pais, á los descendientes de los primeros conquistadores, entre los cuales se hallaron los progenitores del marqués, que desgraciadamente se distinguieron por su crueldad con los infelices y sencillos caribes; pero en contra de esto, se sabia que hacia ya muchos años se había estinguido esta raza de mártires, sin quedar uno solo: una generacion de los de las islas Lucayas la había sustituido, y databa de mas de un siglo, la época en que el pueblo bronceado de los caciques se veia reempla-

do en Santo Domingo por los negros de la Guinea.

Luego que este extraño acontecimiento fué comprobado judicialmente, se procedió á abrir el testamento del marqués; y se vió que dejaba todos sus cuantiosos bienes, tanto de España como de las Antillas, á su hija única, Antonia, niña entonces de cinco años, que desde la muerte de su madre, ocurrida hacia poco mas de dos, vivia en las plantaciones con su padre y su nodriza, que era francesa; y que el tutor de esta, nombrado por el marqués, era don Juan Solarez, caballero que gozaba de bastante buena opinion en Santo Domingo.

Poseia Solarez una regular fortuna, vivia solo retirado, y aunque tenia algunos esclavos, no era dueño de ningun ingenio. Era pariente, si bien algo lejano, del marqués, que le apreciaba muy especialmente, cosa que no dejaba de admirar, porque de público se sabía que el señor de Roverdá concedia á pocas personas su confianza y amistad. Apesar, pues, de la buena reputacion que habia sabido adquirirse Solarez, no faltaba quien creia que bajo capa de una virtud austera, que tan poco comun era entre los sátrapas de las Américas, habia engañado á su honrado pariente. Y en verdad que no se equivocaban, porque ocultaba con gran cuidado su avaricia y la excesiva envidia que lo dominaba, y esto hacia que las sospechas y murmuraciones de la mayor parte de los criollos, naciesen mas bien que del conocimiento profundo que tuviesen de los vicios de Solarez, porque juzgaban del carácter de este por el suyo propio, y en aquella época y sobre todo en aquel pais, el culto que predo-

minaba era el del becerro de oro.

Es de advertirse que una cláusula del testamento del marqués espresaba, que caso de morir Antonia antes de la edad de poder testar, todos los bienes y mayorazgos recaian en Solarez. ¡Júzguese, pues, como se corroborarian las sospechas sobre la desaparicion del marqués, y cuánto se hablaría, cuando siete años despues de aquella, en 1794, y cuando cumplia Antonia doce años, desapareció tambien, y precisamente en el sitio mismo que su padre!...

Cuando Antonia quedó huérfana, era una niña cuyas perfecciones físicas ofrecian el mas hermoso conjunto, y solo podian corporarse con las esquisitas cualidades de su corazon; no es pues extraño que reconcentrado en ella el excesivo amor que profesaba á su esposa, fuese Antonia el ídolo del marqués. Como habia sufrido crueles desengaños en sus creencias y amistades, no tenia mas que un afecto, una conviccion, un amor: el de su hija.

Un dia, despues de habersela estado mirando por largas horas, adoptò interiormente una resolucion suprema; se dedicò á un pensamiento solo; invariable; y á fin de consagrar esta idea, afianzarlo é imponerse á si mismo su influencia de una manera caballerezca, mandó hacer una espada magnífica, que desde aquel dia, cual si fuera un talisman, no se separó de él mientras vivió; sin duda ocultaba algun misterio, un secreto importante, porque en cualquiera pesar, tristeza ó sentimiento que le acosaba, se serenaba con solo mirarla ó tocar el puño de aquella lujosa espada.

El dia de la desaparicion del marqués en

el bosque, la llevaba consigo, y escusado es advertir que tambien desapareció con él la espada.

Antonia queria á esta espada que continuamente veia al lado de su padre casi tanto como á él, y con la vehemencia propia de su edad, poco menos de lo que el marqués la queria á ella.

Cuando luego de la desaparicion del marqués, se instaló Solarez en el magnífico ingenio que habia habitado aquel, lo primero que hizo fué despedir á la nodriza francesa, que amaba Antonia como si la hubiera dado el sér, y la noble niña perdió á un tiempo todo lo que en este mundo la era grato. En su lugar puso Solarez para servirla á una mulata de Santo Domingo: y como el claro instinto de la niña rara vez la engañaba, resultò que desde luego le causaron una antipatia muy marcada tanto el tutor como su nueva doncella. La franqueza de su corazon hizo que desde el primer dia la demostrase, y no era este el medio de hacérselos favorables; pero su entereza la hacia indiferente á todo: unas veces desobedecia á su tutor con desdenosa calma; otras recibia sus reprensiones con frialdad, otras se escapaba y permanecia horas enteras en el fando de los jardines y lejos de las personas que le repugnaban: con cuya conducta les demostraba que le faltaba algo á su existencia.

En las colonias se desarrolla pronto el bello sexo. A los doce años ya escitaba Antonia la admiracion del pais: todo cuanto prometia su hermosura en la niñez, adornaba su juventud; pero además de las gracias físicas, resultaba de la

reunion de sus inclinaciones con los disgustos que la aquejaron, y de la combinacion de lo natural con lo accidental, que se forma antes de la adolescencia para constituir el carácter, una melancolía que la daba un poder dulce y mágico. Al mismo tiempo que conmovia los corazones, infundía respeto, y si bien todos experimentaban su influencia y atractivo, no habia una sola persona de cuantos la conocian, que no la amase y bendijese.

Sus hermosos ojos negros, cuyas largas pestañas atemperaban la vivacidad y penetracion de sus miradas, dejaban ver de vez en cuando un tanto de malicia: pero cuando les daba toda la expresion que les era natural, veíase en ellos caracterizada la altanería de la noble sangre castellana que corria por sus venas.

Todos los negros del ingenio la adoraban. Cuando salia de paseo, cubierta con una larga bata de muselina blanca ceñida por un cinturon de seda azul celeste, cuello y cabeza descubiertos, su larga y negra cabellera colgando en una sola trenza enlazada con una gasa tambien azul, y terminada con dos cintas del mismo color, resguardada de los rayos del sol por una sombrilla que llevaba la mulata Gulnar, veíanse los cuerpos encorvados de los esclavos, cubiertos tan solo de un pantalon blanco, levantarse respetuosamente á su paso, y aquellas fisonomías en las que resaltaban ojos y dientes blanquísimos, espresaban afectos de ternura, de reconocimiento y de admiracion.

Uno solo de sus esclavos la hallaba siempre insensible, ingrata: uno dejaba de obtener, en cambio de sus sencillos homenajes, algunas de las

caríñosas palabras que á todos los demas dirigía Antonia á su paso. Era un negro liberto llamado Munko, del cual decian sus compañeros que tenia algunos ahorros de consideracion, y se extrañaban de que, contra la costumbre de su raza, permaneciese soltero. Sin saber por qué ni poderse dar cuenta á si mismo de ello, la jóven criolla lo miraba siempre con repugnancia, en lugar de que á los demas, cuando sorprendido el uno por ella sentado á la sombra, se levantaba presuroso temiendo alguna severa reprension, le decia:

—Duerme, buen Pepe; el amo está lejos, y ya has trabajado bastante hoy.

A otro á quien veia sudar cavando afanoso, le decia con su dulce y argentina voz, mandándole descansar:

—Qué gordo estás, Cárlos! cuántos prisioneros te habrás comido en tu pais!..... dale de beber, Gulnar, porque es un gloton que se ha comido toda la racion sin probar el vino.

Y así sucesivamente á cada uno de ellos; pero cuando se encontraba á Munko, aunque este se deshiciera en sonrisas y cortesias, tan solo lograba de su señorita un ligero saludo. El negro se desesperaba, y muchas veces se le veia dejar el trabajo para vagar por todos lados diciendo:

—Munko es maldito! el ángel lo sabe! Munko está condenado! el ángel lo conoce!!

Munko se habia bautizado despues de obtener su libertad, lo cual ocurrió luego de la desaparicion del marqués de Roverdá, y todos los negros repetian con plena conviccion:

—Munko es maldito! el angel le trata mal!...

Y efectivamente, Antonia lo despreciaba sin saber por qué ni tener motivo para ello.

Munko, Gulnar y Solarez, eran las únicas personas que comprimian y helaban aquel corazón que solo respiraba nobleza y amor. Es verdad que Solarez tenia mas bien un aspecto de inquisidor que de hidalgo, y se necesitaba toda la autoridad que le daba su buena reputacion para protegerlo contra los instintos débiles, que se dejan frecuentemente llevar de las apariencias. Pero el pobre Munko tenia la misma fisonomia que los demas negros, y la única culpa de Gulmar consistia en ser la que reemplazó á la nodriza querida de Antonia.

Tambien es cierto que Gulnar, mas bien que á esta, obedecia á Solarez; y en prueba de ello, solo hacia ocho dias que Antonia habia obtenido el permiso de alargar sus paseos hasta el bosque que servia de limite á las plantaciones por el lado de las Mornes. Sea capricho, obstinacion ó instinto, siempre habia deseado la jóven con ahinco ese paseo; y este deseo se habia arraigado en su corazón, del mismo modo que la triple antipatia. Asi es que se aprovechó del permiso con avidez, y todas las tardes hacia alargar el paseo hasta los primeros árboles del inmenso bosque.

Sentada bajo su sombra y en la fresca yerba, pasaba las horas enteras contemplando sus majestuosas cercanías, y los misteriosos ruidos que en la profundidad de la maleza se repetian hasta las peñas en una distancia de mas de tres leguas: parecia conocer ya todas esas particularidades, y que en sus ensueños habia sentido la

sublime tristeza que inspira en las almas sensibles la gigantesca naturaleza y la soledad de los bosques, lo cual no era extraño, porque el día de su último paseo la llevó el marqués consigo á aquellos sitios, teniéndola en sus brazos delante de la silla de su caballo, enseñándole aquellos magestuosos árboles, las peñas azuladas, los montes vecinos, y no la dejó con su nodriza sino despues de haberla cubierto de lágrimas y dándole sus últimos besos. Por ese recuerdo, que habia quedado indeleble en su corazón, miraba siempre con pasión aquellos árboles, y aquellos montes y peñas.

Una tarde que se hallaba embebida en su contemplación, oyó á Gulnar, que como siempre se quedaba á algunos pasos de distancia, le decía.

—Ama!.... allá!.... en aquel arbusto..... ama quiere ver..... el arbusto! oh! Dios mio! ama quiere mirar!....

—Si quiero, dijo la jóven española volviéndose y sonriéndose tranquila; que hay pues? qué arbusto es ese?....

—Que se mueve, que se mueve!... yo... miedo... mucho...

—Sí, siempre teneis miedo vosotros, dijo Antonia algo conmovida y no tan tranquila ya; y aun cuando se mueva, qué tenemos con eso? es el viento.

—Ama, no... no hacer viento.... las hojas quietas... el arbusto no debe mover... es serpiente, ama, es serpiente... Gulnar tiene miedo...

—Gulnar me incomoda, dijo la criolla levantándose y lanzando una terrible mirada á su criada.

—Gulnar tiene miedo por ama, contestò la mulata con tono humilde y sin levantar los ojos del suelo.

—He dicho que Gulnar me fastidia, repitió la jóven; y sin mas observaciones se adelantò hácia el terrible arbusto.

Gulnar no se atrevia á moverse: temblaba todo su cuerpo, y solo pudo articular estas palabras:

—Ama tenia mucha razon!..... ama sabia bien!... pero ama ha querido!.... Gulnar debia obedecer á ama!...

En medio de estas palabras tan incoherentes y de sentido tan extraño, fué interrumpida Gulnar por la vuelta de Antonia, quien despues de haberse aproximado al arbusto con resolucion, haberse detenido un momento delante, haciendo como que separaba sus ramas, volvia, radiante su fisonomia, y procurando disimular la satisfaccion y el entusiasmo misterioso de que estaba poseida.

—Ah! pensaba la jóven; habia un motivo que impulsaba mis continuos deseos! Dios era quien me inspiraba para venir hasta aqui!...

Y llegado que hubo adonde estaba la mulata, se puso á reir mostrándola un hermoso pajarito, que apretaba en su seno con las manos.

—Mira, mira, Gulnar; era un nido de estos lindos pajaritos: este quiso huir volando; pero le puse la mano encima, y quedó prisionero. Ya ves, cobarde, que no era ninguna serpiente.

Sin embargo, ni Antonia habia tocado las ramas, ni se habia introducido en el bosquecillo á que daba entrada el arbusto que se movia.

CAPITULO II.

El último de los caribes.

El que había movido y separado las ramas del matarral era un personaje único quizás de su raza, existente entonces en toda la colonia de Haití. Aunque su traje nada tuviese de particular, y que su piel bronceada resaltando sobre su casaca de mahon blanco le daba á primera vista el aspecto de un colono mulato, ningún habitante de la isla se hubiese equivocado ni hubiera dudado mucho tiempo al verlo. Su cara era igual á la de los hombres de color, los cabellos largos y lisos como los europeos, y sin pelo en la barba como un adolescente, cosa que chocaba, porque á pesar de aparecer dotado de todo el vigor que da la fuerza de la edad, no podía dudarse, al mirar su fisonomía, de que ra-

yaba en los años primeros de la vejez.

Una gravedad impasible era el distintivo de su semblante, cuyos rasgos regulares y llenos de firmeza daban á su mirada serena y brillante, la fuerza fascinadora que tiene la del basilisco. Cuando movida de su curiosidad se acercó la señorita de Roverdá al matorral, le alargó con una mano una magnífica cartera con armas bordadas; con la otra le entregó el pajarito, y le dijo rápidamente y en muy buen castellano:

—Cuando la señorita quiera venir, no tiene mas que soltar este pajarito!....

Y desapareció como una sombra: si acaso se inmutó la jóven con encuentro tan inesperado; si se sobrecogió al ver la estraña fisonomia de aquel hombre y su todavía mas estraña demostracion y lenguaje, no lo demostró en su amable semblante. Conoció las armas de su casa en las de la cartera; se ruborizó, la ocultó en su seno, cogió el pajarito, y se volvió adonde estaba su esclava, sin haber contestado una palabra al desconocido.

Gulnar la acompañó meditabunda hasta las habitaciones del ingenio: su temor habia desaparecido, pero su profunda melancolía no.

Apenas entró Antonia en su cuarto, mandó á Gulnar le trajese una jaula donde colocar el pajarito. durante su ausencia lo puso en su pecho, sacó la cartera y leyó rápidamente estas líneas escritas en la primera hoja del libro de memorias de su padre:

«He sido herido en el borde de un precipicio «tenido por inaccesible, llamado La Gruta; uno «de mis negros, llamado Munko, que compré á «don Juan Solarez, era el único que se hallaba

«detrás de mí: Munko no llevaba otras armas
 «que un cuchillo de monte; sin embargo, he sido
 «herido con arma de fuego, y la bala ha atrave-
 «sado mis riñones, mi caballo ha dado un salto
 «que me ha precipitado en el abismo en el mo-
 «mento que el dolor me hacia aflojar las riendas,
 «y ha caído al mismo tiempo que yo, entre las
 «ramas y abrojos: los muchos que de estos se
 «encuentran en el precipicio, han hecho que
 «pueda llegar al fondo con vida y fuerzas bastan-
 «tes para prepararme á parecer ante mi Criador
 «dentro de pocas horas. Gracias á tan patente
 «milagro y á un encuentro no menos milagroso
 «que me ha deparado la Divina Misericordia,
 «puedo escribir aquí mi última voluntad, y en-
 «cargar á un mensajero fiel su entrega á mi hija
 «cuando tenga la edad necesaria para compren-
 «derla y cumplirla.»

Seguían tres ó cuatro hojas de una letra tra-
 bajosamente trazada, y encabezada con estas pa-
 labras: «Último y único testamento valedero, de
 mí, don Martín de las Peridas, marqués de Ro-
 verdá, &c.

Los momentos eran preciosos, y la jóven no
 necesitaba saber mas: se apresuró á poner bajo
 la almohadas de su cama la cartera, y cuando
 Gulnar entró en el cuarto con una linda jaula
 dorada, el pajarito, libertado suavemente de su
 prision de musolina, se largó por la ventana, y
 tomó su vuelo hácia las Mornes.

Fingió Antonia un acceso terrible de cólera:
 culpó á Gulnar por haber tardado tanto en traer
 la jaula, y en tono amostazado concluyó diciendo
 queria acostarse sin cenar.

No extrañó la doncella esta muestra de mal

humor en su jóven señorita, y sin decir palabra la ayudó á desnudarse y se fué á buscar su hamaca, que estaba en la habitacion inmediata, dando parte antes al señor de Solarez de que enfadada doña Antonia por habérsele escapado el pajarito, no queria cenar. El tutor se rió mucho de este capricho, muy natural en una criolla de doce años, y cenó solo, diciendo á Gular acompañase todos los dias á su ama en sus paseos hácia el bosque, hasta que hallase otros pájaros que la consolasen. Al oír estas palabras se inclinó la mulata; pero sus gruesos y encarnados labios se cubrieron de una palidez mortal.

Apenas dieron las doce de la noche en el reloj que tenían en el comedor de la casa, y cuando todos dormían en las diferentes habitaciones del ingenio, se sentó con cuidado la jóven criolla bajo el mosquitero de su cama, se vistió sin ruido, pues el cuarto de Solarez estaba contiguo, metió en su pecho la cartera de su padre, le dió por compañero un finísimo puñal toledano que así bien habia pertenecido á su padre, y escurriéndose cautelosamente salió con precaucion por la ventana, dirigiéndose inmediatamente y sin tropiezo á la inmensa granja donde estaban las celdas de los negros.

El cielo estaba sereno, la noche tranquila. Antonia respirando ya con mas libertad se paró antes de llegar á la granja, y levantando sus manos al cielo, dijo en voz baja.

—Dios mio! Dios mio! hacedme saber la verdad. Sepa yo la historia de mi pobre padre, y luego, el paradero de su espada...

Así surgia de su pensamiento la idea que des-

de tantos años se hallaba grabada en su corazón, y uida íntimamente en él á la memoria del autor de sus días. Idea que dió á una niña de doce años una penetración y una prudencia sobrenaturales.

Llegó al cuarto donde dormía Munko, y sin pasar de la puerta que se hallaba abierta dijo en voz baja, pero solemne,

—Munko, Munko, Munko.

Despertó el negro y se sentó sobre su estera, mirando á la persona que lo llamaba.

—Quién despierta á Munko? dijo con trémula voz; mas luego que distinguió á la hermosa joven; añadió:

—Ah!... es el ángel... el ángel que sabe que Munko es maldito!...

—Munko, le dijo Antonia; ensilla inmediatamente á Zegri; vamos tú y yo al bosque ahora mismo.

—Al bosque! contestó tartamudeando el negro: Munko no quiere ir mas allí... ha dicho á amo que no ir mas... amo ha consentido, y... Gulnar es quien acompaña á la señorita al bosque... porque Gulnar no sabe...

Sonrióse Antonia al ver la coincidencia que habia entre lo que decia el negro, y el miedo y las confusas palabras de la mulata en el paseo de la tarde anterior; pero sin contestar al negro, le repitió:

—Vamos, luego, muévete Munko, ensilla á Zegri y ven conmigo hasta las Mornes.

—A las Mornes!... dijo cada vez mas trémulo y azorado: Munko no poder ir á las Mornes con la señorita!...

—Si, si, continuó tenazmente la joven; no

solo á las Mornes, sino es que me has de acompañar hasta la Gruta!...

El negro fatalista, creyendo ya ver la mano providencial en aquella linda jóven que á horas tan desusadas lo llamaba y lo arrastraba cual si fuera un ángel del señor, no volvió á replicar: se puso en pié, y se dirigió a las cuadras, como un criminal camina al suplicio.

Antonia, semejante al espíritu del Señor que ha de convocar á los mortales el dia del juicio final, puesta en el dintel de la puerta, con su vestido blanco y sus largos cabellos flotantes, se ladeó para dejarlo pasar.

Ensillado Zegri, jaquita jóven y mansa, destinada para los paseos de la niña, montó esta y caminaron hácia la montaña, yendo delante el negro silencioso; pero cada vez que se acercaba á tomar la brida del caballo para ayudarle á salir de algun mal paso, ó guiarlo en un sendero peligroso, llevaba Antonia su mano derecha al sitio donde habia ocultado la cartera, y apretaba el puñal toledano.

Durante algun tiempo anduvieron por caminos difíciles é intrincados, pero perfectamente conocidos de Munko, y sobre las tres de la mañana, largo rato antes de amanecer, se detuvieron en uno de los sitios mas lúgubres del monte: aunque no habian cesado de subir siempre, era el horizonte que los rodeaba estrecho, amenazador; al plano donde se encontraban, lo cercaban pendientes rápidas, uniformes, y en toda la meseta que formaban, tan solo se veian grupos solitarios de nopales, azotados monótonamente y de continuo por el viento que reina en las Antillas.

—Esta es la gruta, dijo Antonia mirando á su izquierda.

Efectivamente no era posible dejar de reconocer aquel precipicio de aspecto tan singular. A poca distancia de la joven y su conductor, se hallaba cortado el llano por un medio círculo cuyo radio era de sobre mil varas, cerrado diametralmente por una pared perpendicular de granito rojo, enteramente desnudo, y que se elevaba á seis pies de altura del nivel de la tierra. No se podía descubrir exactamente su forma, porque se hallaba llena por dentro de fuertes tatamacos nacidos en las juntas de las piedras y arraigados, así que un sin número de arbustos, por el largo trascurso de los años.

—Sí, sí, respondió Munko con sombrío acento, esta es la gruta.

Y se quedó inmóvil en el sitio donde se había parado.

Antonia saltó ligera al suelo, pero muy conmovida.

Ya hemos dicho que era todavía de noche: en todo el contorno reinaba un terrible silencio; presentaba la naturaleza un aspecto imponente, y aunque solo distaban de la habitación cosa de cuatro á cinco leguas, parecían estar para siempre separados del resto de los hombres. Munko con los brazos cruzados esperaba: y la joven criolla con su penetrante mirada comprendió la íntima relación que había entre aquel hombre, y la escena que tenía ante sus ojos.

—Munko!.. le dijo en voz solemne, tú tenías solo un cuchillo de monte!... dónde estaba escondido el fusil?

Aterrado el negro, creyó hallarse ante el Su-

premo Juez que lee en nuestros corazones, y no teniendo valor para ocultar la verdad:

—En este zarzal que está á espaldas de Munko, contestó.

—Desde cuando?

—Desde la vispera solo....

—Por quién se habia ocultado?

—Por Munko....

—Y quién dió la órden á Munko?

—Amo mandar á mi!...

—Cuál? el amo antiguo, el amo verdadero?

Munko calló.

—Qué te habia prometido el amo en premio?

—La libertad, y doscientos duros para casar con Rosa, que Munko amaba: pero Munko es libre, tiene los doscientos duros, y Munko no se ha casado....

—Y por qué?

—Munko no ha podido; Munko no puede: los doscientos duros están bajo la estera, y Munko no hace uso de ellos....

—Quién se lo impide?

—El ángel!.... el angel que lo ha adivinado todo, y le ha maldecido!...

—Y Munko se ha arrepentido?

—Munko ya no puede vivir, exclamó el desgraciado hechándose á los pies de Antonia..... ama, matar luego á Munko con su puñal, como Munko ha muerto á amo.... hija, vengar al padre...

—Ama no asesina, respondió con frialdad la jóven; Dios solo será el juez de Munko.

—Munko es cristiano, y Munko no está tranquilo.... Munko debe morir, dijo el negro sollozando.

Apenas habia concluido estas palabras, cuando un tiro, salido del mismo zarzal designado por Meako hacia ua instante, le atravesó los riñones, lo mismo que le habia sucedido al marques de Roverdà, y quizás fué la bala del mismo fusil que mató al hidalgo, aunque dirigida con mas tino, pues cayó muerto el negro sin decir una sola palabra.

Al mismo tiempo salió del zarzal una figura humana, teniendo en la mano el fusil que acababa de castigar al asesino del marques. Era la misma arma que quitó la vida á este, y el que la llevaba el mismo hombre que algunas horas antes habia dado á Antonia el pajarito y la cartera.

Segun se vé, el alado mensajero cumplió perfectamente su mision avisando al desconocido: se aproximó este al cadáver para asegurarse de que habia muerto, y arrastrándolo por los pies lo ocultó en el zarzal de donde salió el tiro, y en seguida, sin que ni él ni Antonia diesen una palabra, se dirigió á otro matorral mucho mayor y mas espeso, haciendo señas á la criolla para que le siguiese.

La animosa jóven no dudó, y dejando suelta á la jaca, entró tras del desconocido por una senda practicada entre los arbustos, y en el centro de ellos, bajo las copudas ramas de un balisio que separó cuidadosamente su guia, vió el borde de un precipicio, cuya figura volcánica tenia lo mas dos varas de ancho, sobre cuatro de largo.

Al ver su aspecto tenebroso parecia que solo precipitándose podia penetrarse en aquel abismo; pero retirando el hombre bronceado una porcion

de yerbas que cubrían uno de los lados de la boca, hizo ver á la atónita jóven la primera grada de una escalera. Por la oscuridad que reinaba era la única que se veía; pero calculando por la figura de su construcción, se suponía fácilmente que habría otras, siendo de extraño que en un sitio tan retirado y tan abandonado hubiese una obra de construcción tan recomendable.

—Esta es la escalera de una antigua mina de diamantes, dijo el hombre á la jóven con tan espresivo acento, que se estremeció Antonia como si bastasen para darle á conocer á qué raza pertenecía su conductor.

Así es que al poner el pié en la primera grada le dijo:

—Segun eso, sois caribe?...

—Muy perspícaz es la señorita, dijo sorprendido el desconocido deteniéndose en la tercera escala; si señora: Tabiba es el único que ha sobrevivido á los mártires de Haiti.

Y encendiendo un hachon que cogió de uno de los agujeros que habia á los lados de aquel profundo pozo, y mirando á la criolla con ternura, prosiguió bajando las gradas poco á poco, para que le siguiese aquella sin peligro.

—Qué crimen, continuó diciendo, habian cometido nuestros padres? El haber sido demasiado buenos y felices. Sin duda que un hombre, solo tiene el derecho de ser bueno, porque para él, es una verdad indudable el que debe padecer sobre la tierra; pero un pueblo entero carece de ese derecho, porque se compone de muchos hombres, y basta que muchos individuos sean semejantes, para alejar el infortunio. Entonces el

grande espíritu hizo venir otro pueblo que no tiene ese defecto, para hacerlo entrar en la ley comun à todos los que habitan la tierra. El pueblo que vino à nuestro pais era el de Antonia, y los ascendientes de Tahiba padecieron mucho, sufrieron grandes tormentos de los del marqués de Roverdá... Pero llegó un dia en que el último de los Tabibas, relegando en el fondo de un abismo, vió caer ante él y desde lo alto de las peñas al último de los Roverdás...

Estas palabras, dichas en voz sonora que aumentaban los ecos de aquel horroroso pozo, bajando à un tenebroso precipicio, podian tomarse, lo mismo en sentido de que terminarian por un acto de salvacion, como por el de una cruel venganza; pero era la hermosa jóven de un tacto esquisito y grande penetracion, y las solemnes palabras de su padre moribundo, la conducta del caribe, la muerte de Munko, todo hacia que predominase en su espíritu la primera de aquellas ideas. Así es que sin dudar un momento en seguirle, dijo con fria tranquilidad à Tahiba:

—¿Y cómo vives en el fondo de este abismo?

—La señorita verá pronto que no es tan horrible habitacion: Tahiba cultiva el algodón, el bambú, el café, y aun algo de azúcar. Dos negros cimarrones trabajan con él, pero son enteramente libres. Tiene casa, jardines, árboles: nada le falta, y hace ya tiempo, desde que no esclavizan à los hombres de color, pasa por hombre libre. Nadie le pregunta donde vive cuando vá al mercado de Santo Domingo, ni indagan si viene de Méjico ò de la Trinidad: lo

compran sus cestos, sus esteras, sus frutos, y le venden lo que necesita. Su padre y su abuelo establecieron esto así despues de la llegada de los negros; y eligieron este asilo para sustraerse del trabajo mortifero de las minas.

—Y al fondo de una mina es adonde fueron á esconderse?

—Si señora! pues qué, no era acaso el asilo mas seguro, estando ya explotada y abandonada? dijo Tabiba con voz sonora y suave, pero mezclada con acento irónico.

Calló la jóven, pero esta contestacion la hizo reflexionar sobre las sospechas que la habian asaltado al principio, y que desechó su generoso corazon.

Seguian bajando á las entrañas del abismo, y el caribe, vestido con su casaca blanca, internándose lentamente con tranquilo paso, en medio de aquella interminable noche con la luz en la mano, cuyo resplandor reflejaba en las paredes del antiguo pozo, parecia á los ojos de la hija del último marqués de Roverdá un ser fantastico, caprichoso, y cada vez mas alarmante. La jóven criolla sentia disminuirse la firmeza de su corazon, perdia su tranquilidad: el aire que se iba condensando, que se hacia cada vez mas pesado; la monotonia de aquella descension tan prolongada, la reciente memoria de la muerte de Munko; el cansancio de su cuerpo; el de su imaginacion, todo principiò á obrar como era natural en su cabeza de doce años, corroborando cada vez mas sus sospechas.

Calló, sin embargo, por mucho rato; seguian bajando siempre, aunque pausadamente, y cuanto mas bajaban, se hacia mas difícil la respira-

cion, y temia mas hacer una pregunta que pudiera ser la última.

Tahiba bajaba silencioso y esta bajaba al centro del globo; tomaba ya un aspecto terrible; se hacia interminable, y parecia que habian pasado ya del nivel terrestre. Qué significaban la casa, las plantaciones, el jardin, los árboles del caribe? Si serian alguna lúgubre ironia? No es este el modo que se usa para engañar á los niños, cuando se les separa de la luz del sol que los protege?

Estas tristes reflexiones principiaban ya á dominar en la hermosa criolla; pero hizo un violento esfuerzo para sobreponerse, y pudo decir á Tahiba con voz bastante firme:

—En ese caso, cuando el marqués de Rovedá, mi noble padre, cayó moribundo de lo alto de las peñas á los pies de Tahiba, no pudo menos Tahiba de alegrarse?

Apenas pronunciò estas palabras, la antorcha del caribe que bajaba con lentitud delante de ella, se apagó, y quedò sumida en una horrosa oscuridad.

Se detuvo la jóven; notó en él una conmocion eléctrica, y sacò varonilmente de su pecho el puñal de su padre.

CAPITULO III.

La venganza.

Pocos momentos duró el susto causado por la acción de Tahiba; Antonia miró debajo de sus pies y distinguió, no á grande distancia; una luz opaca pero bastante á señalar en el final del pozo una abertura parecida á una portena, en cuyo punto vió que la estaba esperando el caribe muy tranquilo: conoció que habia llegado al fondo, y bajando las cinco ó seis gradas que la separaban de su guia, vió que le señalaba con la mano una cosa que habia fuera: siguiendo la direccion de la mano, distinguieron los ojos de la jóven una porcion de terreno frente á la estrecha salida, alumbrado por el débil crepúsculo de la mañana, y tan solo separado de aquella unos cincuenta pasos: solo pudo distinguir al pronto

una colina que interceptaba la vista de lo restante. Se veían en aquel corto terreno aloes, naranjos, rosales de varias clases, y en la cumbre de la colina cuatro cruces plantadas á dos pasos distantes una de otra.

Entonces principiaba á apuntar el día, y su reflejo, que bajaba hasta el fondo del precipicio, causaba el vapor de que hemos hablado, que impedía ver la pared opuesta al lado por donde descendían.

—Señorita, dijo con voz grave el caribe señalando las cruces, hé aquí la respuesta de Tahiba.

—Ah! ya entiendo, replicó muy alegre la jóven, Tahiba es cristiano.

—Desde la llegada de los españoles, nuestros padres comprendieron por qué se bautizaba, y los hijos han hecho lo que sus padres.

—Pero qué significan esas cruces?

—El sitio de otras tantas sepulturas: las tres primeras encierran el abuelo, el padre y la madre de Tahiba: la cuarta....

—La cuarta es la del padre de Antonia, dijo la niña aproximándose y poniéndose de rodillas.

—Hé aquí la venganza del cristismo, la igualdad! dijo detras de ella con su melosa voz el anciano caribe que la había seguido.

—Eso está muy bien hecho, dijo la jóven sin levantarse, pero tu venganza ha sido todavía mas noble, te has ofrecido y sacrificado por la hija de tu enemigo.

—Esa es la religion del caribe, dijo Tahiba sonriéndose; lo prometí á un moribundo.

La jóven se levantó y dió su manecita al anciano.

—Los viejos son mas cuerdos que los niños, dijo imitando impensadamente el acento grave del indio: ahora ya tengo confianza en Tabiba.

—Muy bien dicho, contestó el caribe en tono de un hombre perfectamente civilizado: á esas conclusiones era precisamente adonde os queria traer: temia vuestro orgullo y vuestra desconfianza: dejadme vuestra blanca mano: será la señal de una alianza á que ambos nos obligamos; alianza ansiada por el marqués; alianza posible, porque somos dignos el uno del otro, y nos entenderemos.

—Sí, sí, dijo con finura la hermosa criolla, y en adelante os ofrezco no cambiar los papeles.

—Tanto mejor, exclamó el excelente autrópago, y por eso me apresuré á deciros que hace mas de ochenta años que somos cristianos y españoles; pero que por un resto del instinto caribe, he querido quedarme en este sitio, donde descansan los huesos de mis padres, y reina una paz que me recuerda los tiempos antiguos en que gobernaban nuestros bondadosos caciques: y puesto que ya es de dia claro, venid á ver mi reino.

Efectivamente, se habia esparcido ya en el fondo de aquel abismo una claridad suave, que hacia tanto mas agradables los objetos que encerraba. En el corto espacio de tierra perfectamente cultivado, se encontraban producciones de toda clase: el arroz, el maiz, el ezúcar, el algodón, el café se distinguian entre otras muchas. La altas peñas que lo circulaban lo hacian parecer mas reducido á la vista, particularmente

mirando á la pared perpendicular que formaba el costado de la gruta, por el cual habían bajado. Su interior era mucho mas ameno que el terreno de la cima: presentaba varias cuevas frescas y pintorescas arregladas para cómodas abitaciones.

En un lado, á corta distancia por donde habían bajado, se encontraba otro de figura de un grande embudo, cubierto en algunas varas desde el suelo de arriba de arbustos, raices, maleza, y sobre todo de un número considerable de tatamacos, tan entrelazados y espesos, que obstruian completamente la vista del fondo de aquel profundo precipicio; pero en las horas mas calorosas del dia penetraban los rayos del sol hasta la mitad de aquel santuario, dando una luz suave y un calor moderado y fecundo.

Tal era el asilo de Tahiba, y ya se deja conocer que era tan pintoresco como los palacios submarinos de Nápoles, Règio y Tarento, cuya construccion ha sido tenuta por el non plus ultra del poder y sensualidad humanos.

—Señorita, dijo el caribe á la jóven criolla, despues de haberle enseñado minuciosamente todo cuanto encerraba la gruta: aunque esta morada sea digna de vos y conveniente para un hombre de mi clase y de mi raza, no estamos destinados á morir en ella, pero tenemos que vivir aquí largo tiempo quizás....

—Cómo! vivir mucho tiempo aquí!.... sola con vos!... exclamó Antonia recordando que habia dejado á Zegri paciendo en el bosque.

—Olvidais, señorita, que acabamos de hacer un tratado entrambos? dijo el anciano con tierna voz: no teneis confianza en Tahiba? puesto

que me veo precisado á deciroslo todo, sabed que os legò á mi vuestro padre, y que por voluntad espresa suya sois mi hija....

—Mi padre decis?...

—Si, señorita; pero puso sin embargo una condicion á ese legado, á saber, vuestro consentimiento; me parecia que poco hace lo habiais dado....

—Sin duda que si, pero habládme de mi padre, porque ya es tiempo que sepa....

—Poco á poco, hija mía, no puedo responder á todo á un tiempo: principiemos por una cosa, y luego irán siguiendo las demas: esta es una de las máximas que mas exactamente observamos los caribes, otras muchas por el estilo tendreis que disimularme. Decidme, Antonia; ¿de vez en cuando no ois un ruido sordo que gruñe en las peñas de las Mornes, y es semejante al trueno de lejana tempestad?

—Ya sé lo que es, dijo la joven; me lo han contado; es el estampido del cañon cuando se baten en las montañas de la parte francesa.

—Y quién se bate contra los franceses blancos del Cabo y de Puerto Principe?

—Los negros y mulatos sublevados, contestò desdeñosamente la española; todo el mundo sabe eso.

—Si; pero los negros de los franceses y los de los españoles son todos unos, replicò el caribe: ¿creeis que les sea difícil darse la mano, reunirse y entenderse en la cima de las montañas que los separan.

—Si: pero en Santo Domingo no se dejarán degollar como en el Cabo.

—No consiste en eso, repitiò Tahiba; no sa-

cede aquí lo que en la parte francesa, porque todavía no se nos ha dicho en Santo Domingo lo que á los del Cabo, que todos los hombres son libres é iguales; pero ya han esparcido esas ideas del otro lado de las Mornes; ideas que han venido de Francia, donde acaba de hacerse una grande revolucion que los negros y mulatos se han apropiado lo mismo que los blancos, porque tambien son hombres; por manera, que en este pais la cuestion está entre los blancos y los negros sin distincion de la nacion á que pertenecen; y como son estos en mayor número, en la parte francesa son ya los amos; por consiguiente, poco les falta para que lo sean tambien en esta, y entonces...

—Comprendo, dijo la niña; teneis noticia de lo que vá á ocurrir, los negros os aman, y este asilo es seguro...

—Ciertamente, eso mismo quise deciros.

—Pero quemán los negros las ciudades, los ingenios y todas las plantaciones?

—Sí, cuando se les opone resistencia; en esta parte española no atacarán á las ciudades, como habeis dicho muy bien, pero las plantaciones corren peligro.

—Y entonces?

—Precisamente eso es lo que conviene á doña Antonia de Roverdá....

—Explicaos pues sin tanto rodeo, dijo la jóven con impaciencia.

—Esta es la segunda parte de mi relato, replicó tranquilamente el caribe, y luego os hablaré de vuestro padre. Ahora vamos á almorzar.

Tamò Tabiba el camino de una linda casita

que se hallaba en el rincón más fresco y embalsamado de la gruta. Era entrado el día, y delante de la puerta, á la sombra de los árboles que entonces no era necesaria, habían puesto la mesa los dos negros cimarrones.

—Ya os he dicho, Antonia, que no son mis esclavos, dijo el caribe, pero como les proporciono los medios de que no lo sean de nadie sin morir de hambre, de cansancio, de tiros ó mordeduras de perros y de serpientes, me sirven gustosos; son los que en Europa llamarían mis criados; los abrigo, los protejo y los visto; ellos me obedecen; es un contrato. El caribe legalmente emancipado ha recogido al negro escapado de la esclavitud, es una misma causa. Además son excelentes cazadores, amigos fieles, y con ellos estaremos seguros todo el tiempo que tengamos que permanecer aquí.

—¿De modo que tendremos que instalarnos aquí? dijo la niña, á quien principiaba á fastidiar el caribe.

—Yo creía que la señorita tenía gusto en ello; me habré acaso equivocado?

—No por cierto, permaneceré gustosa, pero no por mucho tiempo, al menos encerrada aquí en las entrañas de la tierra: me falta la vista del mar de que gozaba desde los balcones de la casa de las Peridas, y también el magnífico horizonte que se ve en cualquier punto donde uno habita.

—Nadie impedirá á la señorita que suba cuando guste en compañía de Mas y de Caíga, que se pasee con su jaquita, por los Mornes, por los bosques que nos ocultan y defienden, y que disfrute á su placer de las hermosas vistas que des-

de ellos se descubren, del mar, del horizonte.

—Siempre me estais hablando de Mas, de Caiga... Conozco lo útil que nos son; tambien que se puede disfrutar desde la cima de este abismo del mar y del horizonte, pero...

—Qué mas necesitais pues, señorita? no hallais en casa de Tahiba todo cuanto deseais?

—Si tal, dijo Antonia principiando el almuerzo que le presentaban; son deliciosas vuestras frutas. Pero, señor Tahiba, yo necesito una esclava para mi servicio.

—Gulnar estará aquí antes de ponerse el sol, dijo el caribe.

—Gulnar! contestó Antonia levantándose y lanzando una mirada espresiva.

—Si señorita, Gulnar; pero Gulnar arrepentida. ¿No la quereis asi?

—Si, dijo la niña despues de un momento de reflexion; estoy conforme en un todo, con tal que al fin querais....

—Esplicaros todo, no es eso? pues bien, voy ahora mismo á daros gusto.

—Ya es hora! contestó la criolla mimada apoyando los codos sobre la mesa, y la barba en sus lindas manos: veamos, veamos.

El caribe la miró al soslayo, se sonrió tristemente, bebió el cordial que contenia una taza de coco engarzada en una asta de rinoceronte, se sentó á su lado, y habló de este modo:

—Hija mia, fácilmente comprendereis que mi padre ni mi abuelo no vivieron en este sitio con la tranquilidad que hoy disfruta el que tiene la honra de hospedaros. El riachuelo que corre á vuestros pies, servia hace mas de cien años para un taller de diamantes. Mi abuelo recordaba ha-

ber trabajado en él cuando era joven, y también que se habían abandonado estos sitios luego que no hubo más que explotar, pasando á emplearse en una mina de oro distante de aquí. Llegado á la vejez, en la época en que desaparecía nuestra raza, se refugió aquí con mi padre, pero mi padre no tenía muger. Todos cuantos sobrevivieron de los nuestros se habían dispersado por los montes, y finaron sus días tan miserablemente como hubieran acabado ya los negros cimarrones, á no haberles ocurrido la idea de ser peores que nosotros.

—Mi padre y abuelo estaban libres de la persecucion, porque conocido este sitio como mina enteramente explotada, ningun español se cuidaba de indagar ni procuraba conocer por donde se bajaba en otro tiempo á ella; pero vuelvo á repetir que aquel no estaba casado.

—En aquella misma época, una pobre joven portuguesa vino á Santo Domingo, á servir de doncella en casa de un caballero, que quiso apenas llegó, asemejarla á sus esclavas y exigir de ella lo que se tiene derecho de pedir á las esclavas.... La pobrecita, por huir de aquel hombre, se escapó á los bosques. Errante dos días con sus noches, sin comer, y espuesta á mil riesgos, salió al fin del bosque por el lado de las Morras un día en que mi padre estaba cazando para proveer la mesa de mi abuelo.

—Al fin, vámos: ¿por qué tanto rodeo para decirme que vuestro padre se casó con ella?...

—La señorita se impacienta al decir eso; contentó el oaribe, ya aprenderá á tener paciencia con Paliba!....

—Sí, sí, ya lo veis, principio á dar mues-

tras de aprovechar vuestras lecciones.

—Pues bien, no habeis acertado, replicó tranquilamente el buen caribe; tuvo que pasar mucho tiempo antes que mi padre pudiese casarse con una blanca. Esta tenia un hermano bien establecido en el pais, que se propuso perseguir á su hermana luego que supo habia desaparecido en los bosques, y en fuerza de buscarla, la encontró sentada junto á mi padre en un sitio solitario de las Mornes, y á una hora en que solo los cimarrones andan por los montes... hora de la noche fresca y voluptuosa...

—Era mucho tiempo despues? preguntó sencillamente Antonia.

—He dicho que fué necesario pasase mucho tiempo para que se uniésen; y como las gentes de vuestro pais, Antonia, tienen mas devocion al Cristo que nosotros, no pararon hermano y hermana hasta que encontraron un sacerdote para casar á mi padre, y obtuyeron del gobierno que los hijos que naciesen de este matrimonio serian españoles de color y libres.. El padre y la madre de Tahiba han muerto; pero su tio y el sacerdote que los casó, vivian, hace siete años todavia, y guardaban el secreto sobre este asilo, que juraron sepultar consigo en la tumba.

—En verdad, padre mio, dijo Antonia cansada de tanta dilacion, vuestra historia me interesa hasta el punto de que ya iba á preguntaros el motivo de ese juramento; pero casi me avergüenzo de ello, porque al fin, debeis tener que decirme cosas de muchisimo mayor interes para mí.

—Por lo que he relatado, ¿no ha comprendido?

do la señorita cuál es la causa de que haya podido encontrarse el testamento del marqués de Roverda, hecho en toda regla, á pesar de haberlo estendido despues de haber caido en el fondo de un precipicio?

La jóven se levantó, mordiéndose los labios.

—Es verdad; pero, amigo mio, teneis una calma!...

—Creia que la señorita...

—Cierito; pero tened presente que hasta hoy, ni conocia ni habia visto á ningun caribe, dijo Antonia.

Tahiba se sonrió, y la niña volvió a sentarse.

—Una tarde, prosiguió el anciano, á la hora en que el sol baña solo las dos cimas del monte cuyo seno habitamos, uno de mis negros oyó un tiro: los tres miramos hácia arriba, y vimos en medio de los zarzales y pendiente de los tatomacos un caballo; se detuvo pocos momentos, y el peso de su cuerpo, rompiendo las ramas que le sostenian, hizo que cayese precipitado y sin vida, desgarrado por las rocas salientes de este terrible pozo: apenas habiamos tenido tiempo de mirarlo, cuando llamaron nuestra atencion unos gritos lastimeros, y mirando por el agujero que habia hecho el caballo, vimos primero el cuerpo y despues la pálida cabeza y los negros cabellos de un hombre tendido entre la maleza, cuya mitad inferior colgaba ya para caer en el precipicio, y tan solo se sostenia por los vestidos, que se habian enganchado á las espinas de los zarzales.

Los tres juntos, y guiados del mismo ins-

tinto gritamos animándolo, y observamos con satisfacción que el hombre próximo á caer, se agarró espontáneamente con las dos manos á las puntas, haciendo un esfuerzo desesperado. Caiga y Mas se lanzaron por senderos bien conocidos, y no habian pasado veinte minutos, cuando volvieron trayendo en sus brazos...

—A mi pobre padre!... dijo Antonia sollozando.

—A vuestro pobre padre, señorita, contestó respetuosamente el narrador.

Siguió un momento de lúgubre silencio, pasado el cual dijo la niña.

—Y el marqués, vivió mucho tiempo todavía?...

—Cerca de veinte y cuatro horas, replicó el caribe: pero su primera orden fué que no se avisase al ingenio: su estado no permitia se le trasladase á su casa.

—Por qué prohibió que se avisase á su familia?

—Porque desde entonces todo lo habia comprendido y adivinado.

—Y me dejaba sola!

—Si señora, pero tomaba medidas más seguras para vuestra conservacion.

—Qué medidas?

—Vais á saberlo, señorita: cinco ó seis horas despues de puesto el marqués en mi cama, ya estaban aquí mi tio y el sacerdote de quienes os he hablado, traídos por Mas. El buen sacerdote vive en una ormita á dos leguas de esta gruta y en medio de las peñas, donde celebra misa y administra los Sacramentos á los pobres negros cristianos que se presentan... El sacerdote, el

papel, los testigos, todo estaba dispuesto... El marqués; mientras tanto aprovechó el tiempo para escribir, recogiendo las pocas fuerzas que le quedaban, en su libro de memorias: nosotros lo copiamos, y se firmó en toda regla el testamento..

—Antes de pasar adelante, interrumpió Antonia, decíme por qué vuestro tío y el sacerdote juraron guardar secreto sobre vuestro asilo.

—Por una razón bien sencilla, señorita; siendo ya esta gruta una propiedad, teniendo cierto valor, el gobierno...

—Ya entiendo, la falta de títulos se suple con el secreto, y solo protegido así pudierais vivir tan tranquilo en esta honita y extraña posesión: ¿y os lo han guardado fielmente?

—Doy á mi tío la mitad de los productos, y Mas y Caiga son cristianos, replicó con sencillez el caribe.

—Ya! ya! y eso me explica el silencio del sacerdote y del tío. Continúa, padre mio.

—Ante la ley estoy domiciliado en un lugar llamado la Gruta, pero no se cuidan los empleados del gobierno de si es en las cercanías ó en el fondo del mismo precipicio. El testamento del marqués no fué muy largo, pero sí bien redactado y en forma. Solarez fué desposeído de la tutoría, y anulada la cláusula que en el anterior testamento lo hacia heredero, caso de vuestra muerte: en su lugar fué nombrado el gobernador de la isla y encargado de protegeros hasta la edad de doce años, que se fijó para vuestra emancipacion, y mandó vuestro padre que en esa época se os instruyera de todo. De este modo se

ha evitado que Solarez atentase contra vuestra vida, como indudablemente lo hubiera hecho en caso contrario...

—Le notificaron, pues, el último testamento de mi padre?

—No, señorita, pero fué constantemente vigilado, y además, esa gente es siempre prudente.

—Efectivamente, dijo Antonia, lo ha sido durante muchos años, pero como le fué bien en el bosque, ha querido ensayarse de nuevo.

—Sí, y en el bosque es donde yo lo aguardaba y también á vos. Conocía vuestro carácter y tenía fe en la Providencia: figurando un riesgo, meneando el zarzal, estaba casi seguro de que os aproximaríais. Cumpliéronse mis provisiones; estáis aquí, tenéis la edad que vuestro padre prefirió sabiamente, la edad en que se comprende...

—Y la edad en que puede una vengarse! dijo con orgullo la joven criolla.

—Todavía no es llegado el tiempo. Por de pronto os he puesto en lugar seguro. En este mismo momento en que estamos almorzando con tanta tranquilidad, recibe Solarez la noticia de que jamás ha sido tutor vuestro. El gobernador recoge vuestros fondos y forma las cuentas, y mañana toda vuestra fortuna reducida á billetes seguros, se hallará en vuestras manos, aquí en la gruta. Quizás pasado mañana el ingenio y todas las habitaciones de las Peridas estén en poder de los negros que bajan hoy mismo de las montañas...

—Y Solarez?

—Como no tenía vuestro padre las pruebas necesarias para acusarlo ante los hombres, ha debido tomar estas precauciones... pero ha contado con

nosotros dos, que no dudamos.....

—Y qué venganza ha pedido el marqués de Ro-verdá? dijo la joven levantándose enardecida.

—La del plomo con el hierro! dijo gravemente el caribe.

—Ah! la espada, la espada de mi padre! ya me lo presumia yo; dónde está? dónde está? decidmelo!

—Venid conmigo, dijo Tahiba levantándose y tomándola por la mano.

La condujo hacia la entrada de la escalera, al pié de la colina, delante de la cuarta cruz de madera: arrodilláronse los dos, y reinò un silencio profundo durante algunos minutos.

—Señorita, dijo el caribe con voz solemne: ahora que habeisorado, qué hariais con la espada?

—Comprondo amigo mio, que nadie debe servirse de ella para matar á su semejante.

Y pasados unos momentos de reflexion, dijo con viva conviccion y mirando atentamente á la cruz:

—Si me fuera posible ceñirla con mi propia mano al costado del asesino, estoy segura de que la misma espada le mataria.

—El grande espiritu es quien os inspira, señorita, dijo el caribe con profundo respeto, precisamente eso mismo fué el último pensamiento, esa la última voluntad, la venganza de vuestro noble padre.

—Ah! mi padre y yo éramos una cosa misma, dijo la niña melancòlicamente; por qué nos habrá separado Dios?

—Muy extraño es esto: idénticas palabras salieron de la boca del moribundo marqués.

—Escuchadme, señorita, añadió despues de

un momento de silencio; voy á concluir la relacion de los tristes sucesos que os arrebataron el mejor de los padres. Luego que se hubo confesado el marqués, me hizo aproximar á su lecho y me dijo:

—«Los juicios de los hombres son dudosos, y comunmente erróneos: tomad esa espada; es lo que mas aprecio en este mundo, despues de mi hija: en ella hay grabada una preciosa divisa, la última de un caballero noble, señor Tahiba: la espada de un hombre honrado debe ser siempre fatal á su asesino; Dios me lo inspira, y aunque hace pocas horas que os conozco, me fio en vos: juradme que la guardareis, promettedme que velareis constantemente sobre la preciosa vida de mi Antonia: no deis mi espada sino es en cambio de mi hija; pero juradme tambien que algun dia hareis que ciña don Juan Solarez la espada del marqués de Roverdá.

—«Os lo juro, señor marqués; pero me parece Solarez mas bien un golilla que un caballero.

—«Pero es avaro, amigo mio!.. adios, dijo espirando vuestro padre.

«Estas palabras fueron un rayo de luz para mí, y me prometí no olvidarlas. Hoy, querida señorita, al mismo tiempo que descubre vuestra fuga, recibe Solarez dos avisos: la carta del gobernador que le noticia cuanto acabo de relataros, y otra carta de puño y letra de vuestro noble padre, y escrita poco antes de morir, en estos términos.

«Mi querido pariente: Voy á presentarme ante el tribunal de Dios; un negro que me habiais cedido me acaba de herir por la espalda,

en las Mornes, al borde de un precipicio llamado la Gruta... perdonad mis sospechas, pero temiendo seais vos mi asesino, os retiro la tutoría de mi hija y su herencia. Pero por si me equivoco, por si fuese injusto, recibid como reparacion de mi sospecha, y en recompensa de vuestros servicios, mi espada; es la de un noble caballero castellano. En una parte secreta de esa espada se halla grabado el nombre de un sitio conocido por mi solo y en mis dominios, donde hay una mina de oro que Dios no ha permitido pueda explotar. Creedme; la parte mejor y mas preciosa de mi herencia es esta espada.»

—Dios mió! será eso cierto? exclamó la jóven.

—Si señorita, contestò el indio.

—Y quién ha de revelar ese secreto al infame Solarez?

—Yo!...

—Vendrá, pues, aquí?

—No, señora. Hoy mismo será quemado el ingenio de las Pèridas por los negros sublevados; todo el pais se pondrá en alarma, y solo estas peñas serán asilo seguro; inaccesible. Solarez huirá, pero para volver mas tarde...

—Tiene acaso la espada?

—Si señora, no os lo habia dicho ya? la recibirá al mismo tiempo que la carta de vuestro padre?

—Oh! Dios mió, Dios mio! La espada, la espada!... no podria yo abrazar la espada de mi padre?

—Escuchad, señorita, me habia olvidado... tambien me dijo el noble marqués:

—«Sofarez no llevará mucho tiempo mi espada: el que sea digno de esta, lo será también de Antonia; y el que se presente con la espada, podrá pretender la mano de mi hija.»

—Poco me importa un marido! dijo la niña con un gesto de disgusto; con tal que se me devuelva la espada de mi padre!...

CAPITULO IV.

Los dos Franceses.

—Qué precipicio tan extraño, Fernando! ven, ven á ver el tipo más particular de todos los precipicios.

—Toma, cualquiera diria que es una gruta.

—Sí, pero gruta espaciosa en extremo; y sobre todo, muy profunda.

—Y tambien muy hermosa por cierto. Vaya unas ideas raras las que tienen en este pais!

—Conoces tú esos árboles?

—Esos de allá abajo, copudos y de figura de un quitasol.

—Cosa graciosa; vaya un chiste! ponen quitasoles bajo los pies, cuando de calor se quema uno la cabeza! Creo que son tatamacos.

—¡Ah, sí!...

—Pues bien, son árboles muy comunes en América, nada tiene eso de particular, y déjame en paz.

—Fernando, no creía haberte faltado al respeto por preguntarte su nombre.

—Pues te repito que son tatamacos, y cualquiera conoce su historia natural.

—Tata.... qué?

—Tatamacos, hombre!...

El lector no necesitará leer mas para adivinar que los dos interlocutores eran franceses. Usando del derecho que se dan los escritores para saltar meses y años en sus historias de un capítulo á otro, nos hemos trasladado á 1.802: Los individuos que se hallaban junto al matorral que cubria la boca del pozo por donde habia sido precipitado el desgraciado marqués de Roverdá, llevaban el uniforme de oficiales de ingenieros que entonces se usaba: casaca y pantalon ajustados, color azul oscuro, vueltas y solapas de terciopelo negro; charreteras de oro, botas negras á lo húsar, sombrero tricornio y pluma tricolor.

Los dos eran jóvenes bien formados, y de figura agradable; pero el que primero habló, escedia con mucho á su compañero, tanto por la nobleza de su fisonomía como por la distincion de sus modales, y al lado de este parecia aquel de familia plebeya, á pesar de pertenecer ambos á la antigua nobleza francesa.

—Fernando, dijo el primero, que haces ahí? hasta cuando piensas estarte contemplando esos tatamácos?

Fernando se movió.

—Hace mucho calor aqui, Fernando, prosiguió su compañero; la perspectiva no es nada

agradable, y no hemos almorzado todavía: Te has empeñado en hacerme salir del reducto para que demos un paseo á lo Robinson, hace mas de una hora, y va tomando un aspecto muy fastidioso: cansancio, calor insoportable, tristeza, hambre, riesgos &c. &c. sin contar ese inconcebible silencio en que te veo sumido. Hombre, en qué piensas?

—Vive Dios que lo sabré! exclamó Fernando sin hacer caso de lo que decia su compañero Emilio, pues ni lo habia sido.

—¡Ah! ¡ah! por fin has hablado, conque lo sabrás, ¿eh?

—Sí.

—¿Y qué?...

—Lo que hay en el fondo de este precipicio ó gruta.

—¿Estas loco? ¡Casi me das miedo, querido! lo que puedo asegurarte es que no encontrarás el almuerzo que tanta falta nos hace.

—Qué no? quien sabe? dijo Fernando cruzandose de brazos y mirando á su compañero. ¿Por qué dudas de la Providencia?

—Yo no dudo, contestò Emilio, antes al contrario, creo que allá abajo ha colocado cosas muy feas, horrorosas, y seres poco agradables, serpientes, escorpiones, rocas puntiagudas, negros precipicios, y lo mejor, gatos salvages.

—Pues bien, yo que no estoy seguro de ello, lo sabré.

—Fernando, vas á caerte y ser devorado, en cuyo caso me habré equivocado, porque habrá almuerzo, pero almuerzo horrible y no para nosotros, Fernando!

—¡Qué debilidad! y sobre todo, cuanta mez-

quinidad de cálculo para un ingeniero! Dime: de aquí á esas ramas, ¿no es la pendiente vertical?

—No, apenas forma con la horizontal un ángulo de sesenta grados.

—Medida antigua, pues bien, primero bajo arrastrándome.

—Hombre, que vas á hechar á perder el uniforme!... Y despues?

—Despues? Tu crees que hay un precipicio: no es verdad?

—Si.

—Bueno. Sigue, pues, bien mi demostracion, si los árboles tienen ramas, con mucha mas razon las ramas tienen árboles. Arboles se ven sin ramas, pero no hay ramas sin...

—Bien; bien, adelante.

—Estos árboles tienen troncos, y los troncos raices, luego el escape que tu supones, no puede ser un precipicio; por que este precipicio debe concluir al pié de esos árboles

—Concedo. Pero todavia tienes que dar un buen salto.

—No, porque los abrojos y las ramas que hay me serviran de escalera hasta el pié de los primeros tatamacos.

—Entonces, lo mas que habrás conseguido será salvar la primera grada de esta terrible escalera, pues debe haber varias lineas de tatamacos, unas sobre otras.

—Tanto mejor, eso es lo que necesito, y no pararé hasta que no encuentre mas.

—Y entonces?

—Entonces veré lo que hay allá abajo, y cuando menos estaré á la sombra.

—Vete pues, pero como volverás?

—No lo sé.

—Haz pues lo que gustes: tanto te empeñas, que al fin me haces creer que tienes razón.

Diciendo esto se sentó Emilio tranquilamente guardando el sombrero de Fernando, y este comenzó su temerario descenso. Al principio obró según lo había dicho, con precaución y agarrándose á las yerbas, ramas de arbustos y puntas de peñas en un terreno bastante pendiente, y cuando con esa ayuda llegó hasta los tatamacos, distantes de la cima como unas veinte varas, se detuvo, y mirando al fondo, gritó á su compañero alegremente.

—Emilio; no es cosa! unos diez grados mas y arbustos y zarzales á discrecion, adios!

Y se metió en aquella tenebrosa maleza para continuar bajando.

Emilio lo perdió de vista, pero al cabo de tres minutos oyó la voz de su amigo que con acento irónico que hacia formidable el eco reconcentrado, le gritaba.

—Querido, ya estoy á la sombra.

Estas palabras recordaron á Emilio que los rayos del Sol abrasador de las Antillas daban de lleno á todo su cuerpo, y miró en su rededor si habia alguna sombra, pero solo se veian zarzales y nopales movidos continuamente por el viento cálido de aquel pais

Uno solo, algo mas lejano, pero mucho mayor que los restantes, le dió alguna esperanza: parecia como hueco en su centro, y sobresalian en él las ramas bajas y copudas de un brasilio, que prometian algo de sombra y frescura. El oficial de estado mayor, distraido con el proyecto

y la descension de su compañero, no habia advertido el calor, pero el ardiente sol que caldeaba las peñas de aquel recinto cual si fuera un horno, le hizo levantarse con el sombrero de Fernando en la mano y dirigirse al brasilio. Júz-guese cual seria su sorpresa cuando descubrió bajo su sombra una abertura cuya profundidad era incalculable y de la cual salia una frescura deliciosa.

Para gozar mejor de esta felicidad, se sentó Emilio encima de las yerbas que cubrian el borde de aquel abismo por un lado, y tendiendose dejó colgar sus piernas por dentro, quedando el resto de su cuerpo á la sombra del brasilio y del zarzal; no hay cosa que reponga mas del cansancio, que dejar colgando las piernas al sentarse.

Pero al momento se levanta admirado, como si le hubiera mordido alguna serpiente. Acababan sus pies de tocar una cosa dura, lisa, ancha... Separò presuroso las yerbas y descubrió lo que mis lectores han adivinado sin duda; la primera grada de una escalera perfectamente labrada. A esta seguian otras que iban bajando en la oscuridad, y ocurriòle al momento que continuarian las gradas hasta el fondo, y que podia llegar antes que Fernando.

Siguió la egecucion al pensamiento, y era ciertamete aquella mucho menos temeraria que la de su amigo: teniendo cuidado de tentar con el pié cada grada, no habia mas que hacer que ir bajando mientras las hubiese; y segun lo supuso, llegaba la escalera hasta el fondo.

Escusado es decir cuanta seria su admiracion al ver el lindo terreno cultivado y tan pintores-

co que hemos descrito en el anterior capítulo.

Principiaba á recorrerlo estasiado, cuando unos gritos tremendos retumbaron en aquella inmensa jaula. Al momento se acordó Emilio de su amigo y de los talamacos: trémulo y temiendo ver algun espectáculo horroroso, corrió á la boca de donde se salian, y levantó los ojos á las rejiones superiores.

Al pronto no vió por la enorme altura que habia, mas que un punto negro y formado por las yerbas y los arbustos, pero luego una voz fuerte que se distinguia perfectamente, gracias a la forma acústica del lugar, atrajo sus miradas á un punto especial: esa voz ya no tenia el carácter alarmante de los gritos que lo habian asustado, sino que espresaba una admiracion estrordinaria, y las palabras llegaban huecas y atronadoras á los oidos de Emilio.

—Caramba! Emilio, eres tú?

Esto se rió mucho al conocer que era su amigo quien gritaba: á fuerza de mirar pudo distinguir muy alto y entre dos ramas entrelazadas, un pañuelo blanco, y junto á él una figura humana que pertenecia á un cuerpo invisible, sostenido sin duda en algun tronco ancho y robusto de algun árbol montañés.

Entonces, aunque apenas podian distinguirse uno á otro y en proporción muy diminutiva, entablaron los dos amigos la conversacion en aquella admirable bocina.

—Ah! ah! ah! exclamó Emilio, y su risa retumbó con admirable fuerza.

—¿Por donde has bajado? dijo la voz de arriba.

—Por la escalera.

Un juramento bien pronunciado, bajó como un trueno desde la esfera donde planaba Fernando.

—Estás bien ahí; repitió Emilio.

—Sí, pero estoy rabiando.

—¿Por qué has gritado tan poco hace?

—No era yo: eran una docena de monos que he ahuyentado: los pobres se quejaban porque les he tomado por asalto su habitación.

—Amigo, tu proeza ha lastimado sin duda su amor propio.

—Miren el gracioso! y tiene mi sombrero! Dime: ¿está habitado ese mundo? Si hay vivientes, mándame una escala para bajar.

—Luego te la enviaré, si es que las hay, pues aun no he registrado estos dominios subterráneos.

—Pues qué, no has visto ha nadie todavía?

—Mejor colocado estás tú que yo para verlo.

Como Emilio esperaba algun otro juramento en contestacion á su irónica réplica, se alejaba para ir en busca de la escala, cuando se estremeció al oír gritar á Fernando.

—Emilio, Emilio, mira detras de tí.

Recordó este al momento los riesgos que podia correr; conmovido por aquel grito, tiró el sombrero de su amigo, y echando mano á su espada se volvió no dudando tenia que haberse las con alguna serpiente ó algun monstruo... y vió que él monstruo, la serpiente, era una hermosísima jóven de diez y ocho años; inmóvil delante de unos bambúes, cuyas copudas ramas acababa de separar para llegar al frente de la gruta ó precipicio.

—Un vestido blanco, holgado y ceñido por una cinta azul, era todo su trage; su semblante demostraba estrañeza, pero no conmocion, y tranquila fijaba sus miradas en la mano de Emilio, que todavia estaba sobre el puño de la espada. Dejó este su mano, y entonces le miro la jóven.

—No tengais miedo, señorita, dijo en francés el oficial, todavia conmovido.

—No es el miedo el que me hacia mirar ahí, dijo la jóven señalando la espada y usando del mismo idioma, si bien con acento castellano. Bien me decia Tabiba al oir vuestros gritos, añadió con una sonrisa encantadora, que solo los franceses o los monos podian bajar á este abismo.

Emilio ya repuesto, se aproximó y le dijo en español.

—Y alguien me decia á mí, señorita, que esta mina contenia diamantes.

El mentiroso!... y hacia pocos momentos que aseguraba al pobre y ya olvidado Fernando, que solo se encontrarían cosas horrosas, serpientes, escorpiones &c.

—Podeis hablar en francés, caballero, dijo la jóven, aunque no lo entiendo muy bien. Efectivamente, esto fué mina de diamantes en otro tiempo; pero ya no los hay.

Emilio no quisó insistir, tenia despejado talento, tacto y finura, además, que al acercarse á aquella hermosa jóven su corazon conmovido oscurecia sus facultades intelectuales.

—Señorita, disimulad mi torpeza; dos palabras he dicho, y en ellas os he dirigido dos injurias. He creido que teniais miedo, y os he hecho un necio cumplido.

—Tan pronto arrepentimiento, replicó la jóven, merece mas que el perdon.

Callaron, y ambos se miraron mutuamente sorprendidos.

Entre tanto la voz atronadora seguia gritando, viendo que la hechaban al olvido.

—La escala, la escala!...

—Allá van contestó Emilio.

—Señores, dijo la jóven, no es mal ruido el que se oye hace rato!...

—Disimuladnos, señorita, pero es mi mejor amigo, que se encuentra en medio de ese horrible pozo, colgado de algunas ramas y espuesto à caer rodando en el precipicio, y....

La criolla le interrumpió sacando un silbato de plata y dando un sonido agudo: pero Emilio obsevó que al mismo tiempo se ponía pálida.

Al momento salió una mulata de entre los tamarindos y bananos.

—Gulnar, le dijo la jóven, llama à Mas, y que suba al momento en busca de ese caballero que esta colgado allí arriba.

Gulnar miró el punto que le designaba su ama; frunció el ceño en lugar de sonreirse, y fué à llamar à Mas. Se admiró el oficial francés de que ninguna de las dos se hubiese reido al ver la grotesca figura que hacia Fernando.

—Supongo, señorita, que mi amigo no corre peligro alguno, y con tal que vuestro criado...

—Oh! demasiado bien conoce Mas el camino, contestó la jóven con tal espresion de tristeza en su voz y semblante, que no se atrevió Emilio à hablar de nuevo de Fernando ni de los tatomacos.

La jóven le invitó á pasar á la casa, y tomó su brazo, mientras el negro se lanzó presuroso á socorrer á Fernando por un sendero facil, pero bien conocido de Mas, de Caiga y de Antonia, á quien supongo ha reconocido el lector en la hermosa jóven que se apareció en la gruta, tan á proposito para salvar á Fernando del peligro en que le habia puesto su imprudencia.

Ya hemos dicho que la superficie exterior de la gruta tendria unas dos mil varas. El fondo seria de poco mas de un cuarto de legua, y por consiguiente esa era la distancia que mediaba desde el sitio en que Antonia encontró á Emilio, á la casa donde los esperaba Tabiba. Llegaron al mismo tiempo que Fernando, pues la jóven pareja caminó despacio, y tanto Mas al subir, como al bajar con Fernando anduvo ligero.

Emilio se acercó á Fernando y le entregó su sombrero sin hablarle una palabra.

Era la hora en que comunmente se almuerza en toda la superficie del globo, y el almuerzo de los habitantes de la gruta parecia estar esperando á los dos franceses, cuyo cubierto se hallaba puesto, para que en todo se cumpliese la profecia de Fernando.

—Al lado de la mesa y en pie, se veia un anciano de fisonomía seria, pero dulce, inteligente, á quien la hermosa jóven se apresuró á decir con sonrisa maliciosa y presentando á sus huéspedes:

—Dos caballeros franceses, padre mio!..

—El capitán de ingenieros baron de Gurgi, dijo Fernando designando cortesmente á su compañero,

—El teniente de ingenieros don Fernando Mauvert de Amblois, contestó Emilio tomando la mano de su amigo.

—Señores, replicó el anciano, seais muy bien venidos á la casa de mi señora doña Antonia de las Péridas, marquesa de Roverda.

Los dos oficiales conocieron que el mulato solo era padre adoptivo de la linda jóven, y se inclinaron ante esta con respetuosa finura; mas esta circunstancia causó mayor y mas agradable sensacion en Emilio que en el jóven teniente.

—Caballeros, dijo Antonia, venis sin duda de lejos....

—De las posiciones que ocupa hace algunos dias el general Hardy, á cuyo estado mayor pertenecemos.

—Segun tengo entendido, está á dos leguas de aqui, replicó la jóven; ligeros marchad: ustedes, señores franceses!...

—Perdonad, milady.. digo, señora, interrumpió Fernando; no vamos tan de prisa, cuando nos ha costado tres horas llegar hasta aqui.

—Ligeros caminamos, es verdad, contestó Emilio, que comprendió el sentido de la indirecta; mas no será por mucho tiempo, porque ya se ha declarado la fiebre amarilla.

—Sí, replicó Antonia, y ademas los negros cuentan con que este clima abrasador concluirá con todo el ejército.

Pasado un momento de silencio, durante el cual siguió la jóven mirando á Emilio, continuó:

—Señores, la atmósfera de la gruta es muy saludable para los europeos, y puesto que han sabido ustedes encontrarla, espero no echen en ol-

vido que este asilo puede preservar de la terrible enfermedad, tanto mas cuanto mayor sea el número de veces que la honren ustedes con sus visitas. Por de pronto, gustan ustedes usar de su hospitalidad?

Y con un gesto gracioso y noble, les señaló dos asientos que habia a sus lados.

Emilio se halló colocado á la derecha. Mientras que se sentaba procurando arreglar su espada, Antonia, ya sentada, echó otra mirada extraña sobre la mano que cogia el puño, y ruborizándose, le dijo con una emocion que no pudo ocultar:

—Señor baron, lleva usted una espada muy singular....

CAPITULO V.

Amor filial.

—Es verdad, mylady.... digo, señora, contestó Mauvert sentándose á la izquierda de Antonia; me alegro mucho que haya chocado á usted. Encierra la historia de un rasgo caballeresco de mi amigo.

—¿Caballeresco? interrumpió Antonia volviéndose risueña hácia Fernando; ¿cómo es eso?....

—Perdone usted, señorita; no tenia presente que la patria de usted era....

—La patria de don Quijote? dijo con finura la criolla.

—No señora, la del Cid y del gran Gonzalo, contestó el galante teniente, pero en los campamentos, mylady, y sobre todo en nuestros dias,

todo es positivismo: se burlan de Emilio desde que solicitó, digo mal; desde que con tanto ahinco como si fuera la banda de general, arrancó del gobierno el permiso de llevar esa espada, que es enteramente diferente de las que prescribe la ordenanza.

—Efectivamente, la de usted es disinta en un todo de la del señor baron: podriamos saber?....

—Señorita, dijo Mauvert comiendo el primer bocado del almuerzo que tanto ansiaba; es el signo y el héroe de una grave y no corta historia esa espada, y....

—Me la contareis á los postres, no es verdad? dijo alegremente la hermosa criolla; suplico á ustedes me disimulen tan impertinente curiosidad...

—Si usted me lo permite, señorita, dijo Emilio, yo seré el narrador: mi amigo habla poco cuando está almorzando, y despues habla demasiado.

—Espero, contestó Fernando, que milady no hará caso de tu grosera chanza.

Y bajandose al oido de la jóven, le dijo en voz baja.

—Tiene sus razones para ello; pero yo me encargo, añadió en alta voz, del capitulo de las interrupciones.

—Ha pasado acaso el suceso en Inglaterra? preguntó Antonia con una sonrisa irónica y dirigiéndose á Mauvert.

—Sí, milady, contestó sencillamente y mirándola con atencion; pero como vuestra gracia habrá podido advertirlo fácilmente.... Hola!.... qué tiene ese zumbon de Emilio, que tanto se

rie?... Pero vos tambien os reis, milady... y mi lord Taliba tambien... Ah!.... ya caigo; esta maldita costumbre!.... perdone usted, señorita; pero hemos vivido tanto tiempo en Inglaterra!....

—Fueron ustedes emigrados?...

—Sí, señora, contestó Emilio; nuestras dos familias, que formaban una sola emigraron juntas: Fernando y yo hemos crecido y educádonos unidos; juntos tambien aceptamos de la emigracion tan solo los peligros, y no queriendo batirnos contra nuestros compatriotas, solicitamos venir á este hemisferio á hacer la guerra á los negros sublevados; con nosotros vinieron otros muchos emigrados. Entónces tendríamos sobre veinte años.

—Sí, interrumpió Fernando; pero estábamos bien aferrados en las matemáticas.

—Y eso nos valió los ascensos indispensables.

—Y eso tambien, dijo el locuaz teniente, ha hecho que no hubiese franceses en las filas enemigas.

—Felizmente, añadió Emilio, los ingenieros no matan en el campo de batalla.

—Observo, señores, dijo la señorita de Ro-verdá coamevida, observo que no almuerzan ustedes, y creo haber indicado que no se haria la narracion hasta que se sirvieran los postres.

Los dos militares hicieron justicia á esta observacion, demostrando la prontitud con que lo verificaron, su deseo en reparar la falta cometida.

Despues del almuerzo pasaron á un salon,

cnyas persianas medio cerradas daban paso á una luz suave y deliciosa, y los rayos del sol, tan abrasadores en aquel clima, estaban mitigados por la sombra de los muchos árboles que rodeaban la casa.

Se sentaron en un lindo divan tejido de juncos de aloes, y forrado de damasco carmesí: el salon era pequeño, y los interlocutores se hallaban próximos unos á otros: Mauvert fumaba junto á la ventana; Tahiba, no lejos de él, se levantaba de cuando en cuando para hacer los honores de la mesa, preparando sorbetes, dulces, limonadas, café, rom, ananas, bizcochos y licores, que ofrecia de cuando en cuando á sus huéspedes. Frente á él, Antonia tranquila como siempre, reclinada en el divan, vuelta la cara al jardin, con dos ó tres colchoncillos de plumas bajo sus lindas espaldas, miraba con amable sonrisa al buen Fernando, y seguia distraida el humo de sus cigarros.

Entre ella y Tahiba, frente á la misma ventana, estaba Emilio. Era este, aunque en el exterior modesto, de un atractivo tal, que nadie podia estar algunas horas en su compañía, sin experimentar la atraccion magnética que le granjeaba todos los corazones. Tenia la frente ancha y un poco saliente, los ojos dulces y vivos, prontos á inflamarse, con una espresion marcada de ingenio y de nobleza; el resto de su fisonomia, gracioso, regular, y una fina sonrisa vagaba con frecuencia por sus labios.

No sé si esta señorita, dijo con dulzura al principiar su historia, hace mucho tiempo que habita esta hermosa gruta subterránea.

—Desde el tratado de Bâle, ó poco menos,

contestó Tabiba; es decir, desde que la parte española de Haití pasó á ser francesa en 1795. En aquella época Toussaint Louverture, condecorado por vuestros comisarios el representante Santonax con el título de comandante general, cubria con sus veinte y cinco mil negros la isla entera, y se disponia á hacer de las dos porciones francesa y española una sola isla libre, la actual, que ni es española ni francesa, sino negra é independiente, asi como en otro tiempo fué caribe y libre.

—Padre mio, dijo Antonia, ya volvemos á vuestra historia? Deje usted que siga el baron.

—Hola! hola! exclamó el alegre Mauvert; esas palabras encierran alguna cosa digna de oirse. señorita, reclamo su relato.

Os lo ofrezco para otro dia, dijo Tabiba sonriendose de la observacion de su hija adoptiva.

—Pues bien, continuó Emilio, Fernando debe acordarse que entonces nos allábamos en Santo Domingo.

—Y tanto como me acuerdo! como que estábamos pésimamente! dijo Fernando; Toussaint nos tenia situados en el puerto de San Nicolas y en Puerto-Príncipe. Felizmente habiendo hecho él solo la capitulacion, y queriendo ganarse la benevolencia de los ingleses, permitió que todos nos amparásemos en la escuadra de la Gran-Bretaña, y nos retiramos con todos los honores de la guerra. Ingleses españoles y franceses emigrados, nos embarcamos todos juntos, y cada buque era una imagen abreviada del continente europeo; todas las naciones tenian allí sus representantes.

—Fernando acaba de explicar, señora, prosiguió Emilio, la casualidad que hizo nos reuniésemos en la misma fragata con un lord inglés y un caballero español, ambos entes muy originales. El inglés era lord Walton, personaje flamático, de semblante altanero, inmensamente rico, de edad avanzada y carácter tétrico: el otro se llamaba don Juan Solarez.... ¿Le conocia usted, señorita?

—Un poco! contestó Antonia, en las islas todo el mundo se conoce.

—Lord Walton seguia la expedicion como aficionado, y para distraerse del esplin que lo consumia. El otro buia de la colonia sin haber, segun creo, combatido mucho en ella, aunque vestia un traje semi-militar, y llevaba ceñida al lado la espada que tanto ha sorprendido á usted ver pendiente del mio. Nadie estrañaba entonces en toda Europa, menos en Francia, ver á los nobles no militares llevar espada. Sin embargo, á decir verdad, habia tal discordancia entre su figura y la espada, que á primera vista me chocó y repugnó.

—Y en verdad que no faltaban motivos para esa repugnancia, dijo Fernando.

Lo que me chocó todavia mas, fué la simpatía que su aspecto poco amable inspiró á lord Walton, quien durante toda la navegacion se hizo inseparable del hidalgo.

—Eso consistia, añadió el teniente, en que el colono arruinado sabia llevar el genio al rico inglés, á las mil maravillas.

—Tambien queria mucho á mi amigo Fernando, único entre todos los pasajeros, que logró el insigne triunfo de hacerle reir alguna que otra vez.

—Alto ahí!, esta es la primera interrupcion, exclamó Mauvert. Siendo lord Walton la persona de mayor graduacion, y su politica esencialmente británica, su sombrero de tres picos permanecia siempre para todos clavado á su blanca peluca, y aunque se paseaba y conversaba con intimidad en compañía de Solarez, era siempre calado el sombrero. Cuando yo me aproximaba, me daba la mano, apretaba la mia amistosamente diciendo: Qod morning nug son; pero seguia el impertérrito tricornio sobre la peluca; mas cuando el señor baron de Gurgi, aqui presente, se dignaba acercarse al grupo, lord Walton se descubria para saludarlo: con que ya veis que la asercion de mi amigo no es del todo exacta.

Se ruborizó la jóven Antonia y sintió en su cuerpo una conmocion eléctrica: tambien se sonrojò Emilio, pero se apresuró á continuar diciendo:

—No era á mi persona á quien se dirigia tanto honor, era al amigo intimo de sir Ricardo Walton, su sobrino, su heredero, lo único que amaba en este mundo, un jóven apreciabilisimo, á quien canocí en Inglaterra!...

—Ya empieza lo caballerezco de la historia, señorita, dijo Fernando, puesto en pié junto á la mesa y concluyendo un vaso de sorbete. Figúrese usted una amistad como la de Saint Preux y Mitor Eduardo; la de Niso y Eurialo, la de....

—Mr. Mouvert, es usted insoportable, interrumpió la criolla: ¿y la vuestra no es la de Castor y Polux? añadió con maliciosa sonrisa.

—Señorita! no quiero llamarme Castor: pro-

testo contra ese nombre; exclamó el jovial teniente. Emilio y yo somos hermanos, nos amamos desde la infancia, y hé aquí todo, repitió entre grave y enternecido, tendiendo sus dos manos á Emilio, que se levantó por un movimiento espontáneo y las apretó cariñosamente.

—Entiendo, dijo Antonia: es una amistad de camaradas que no causa nunca melancolía.

Y mirando á los dos oficiales sucesivamente, parecia querer decir al teniente: de tí no me extraña; pero de él sí, porque da mucho mas de lo que recibe. Concluida esta pequeña escena muda:

—Segun veo, ¿conocian ustedes á lord Walton antes de la expedición? dijo.

—Si señora, y mucho. Ibamos con frecuencia á visitarlo, y tambien él frecuentaba mucho nuestra casa á pesar de la mediania de nuestra fortuna: los hipocondriacos suelen tener muchas manías. ¿Seria compasion el móvil de su afecto, ó que le gustaban mi linda cara ó la de mi hermanita? eso es lo que no era fácil adivinar en un hombre de tan tétrico carácter.

—¡Ah! ¿tiene usted una hermana, Mr. d' Amblois? preguntó la jóven con semblante serio.

—Si señora, contestó sencillamente Fernando; una hermana muy bonita que se llama Carolina.

—Y no me ha dicho usted, señor baron, replicó Antonia con profundo acento volviéndose hácia Emilio, que las dos familias formaban una sola?

—Si señorita, dijo Emilio, que comprendió la estension de la pregunta, pero que sin saber

por qué, no se atrevió á ampliar mas su contes-
tacion.

—De tal modo unidas, señorita, continuó el atolondrado teniente, que mi hermana estaba prometida á ese señor que está tan serio, y ya iba á verificarse el enlace con recíproca satisfac-
cion, cuando!... pero callemos, porque este pe-
riodo pertenece á la continuacion de la historia,
y va usted á oirla muy lindisima.

—Veamos pues lo que sigue, dijo la criolla en tono al parecer indiferente, porque segun veo, esto se va complicando un poco..

—Aseguro á usted, señorita, que Fernando se está divirtiendo á mis espensas, porque no hay cosa mas sencilla que el resto de mi relacion. Dificil seria comprender, dijo el baron volviendo á tomar su fisonomia la noble espresion que le era natural, cómo Ricardo, que antes de nuestra vuelta á Londres era el corazon mas noble, el ca-
rácter mas austero, el ciudadano mas laborio-
so é ilustrado, bajó poco tiempo despues de nuestro regreso, del pedestal de honor y de vir-
tud en que se hallaba colocado, en el que le ro-
deaba el respeto de cuantos le conocian, en el cual todos le envidiaban y admiraban, y que le merecia la estimacion y el cariño del mas seve-
ro, del mas adusto de los hombres; y finalmen-
te, frecuentar los clubs, arruinarse en el juego,
vivir en continuas orgias, envilecerse con los
amores mas obscenos, mezclarse en las apues-
tas del puerto, de la City: dificil seria, repito,
comprender una trasformacion tan asombrosa;
si no se viese á su lado al genio del mal que lo
arrastraba á su pérdida, al hombre de la espada,
á ese Solarez, que despues de haber tenido

maña para embaucar al anciano, trabajaba con el fin de desviarle de su único heredero, dividiendo su vida entre los hipócritas cuidados que prodigaba lord Walton, y los groseros artificios (que por desgracia suelen ser infalibles), con que seducía á Ricardo, ayudado de ese grave esterior y de los estudiados sofismas que tanto aprecian los nobles ingleses.

Nuestras familias habian logrado ser amnistiadas: se hallaba próximo el día de nuestro regreso á Francia, y la realizacion de una union pactada hacia años por conveniencia de ambas, cuando la vispera de nuestra marcha, se presenta lord Walton, y delante de todos declara que acaba de desheredar á su sobrino por indigno de pertenecerle, y pide con toda formalidad la mano de Carolina. Hé aqui cómo el vil Solarez hacia mal á todos sin provecho suyo.

Salgo indignado de casa acompañado de Fernando, voy al club, y encuentro á Ricardo con Solarez: allí en presencia de un concurso numeroso, pido satisfaccion á este indigno caballero por su infame conducta respecto á mi amigo. No era aquella la vez primera que hablaba francamente á esto, pero como me faltaban pruebas, nunca me habia atrevido á dar un paso tan público. Hizo sin duda mella en Ricardo esta idea, porque á medida que yo hablaba, le veia ponerse pensativo, fruncir el ceño y dirigir miradas terribles á Solarez, como queriendo aclarar la verdad. Por lo que hace á este, como ignoraba lo que acababa de pasar, no se turbó, antes bien levantándose con altanería, dijo irónicamente:

—Que yo dé á usted satisfaccion, caballero? Es usted acaso tutor de sir Ricardo?

—¡Alto ahí! dijo este: autorizo al baron de Gurgi, para que pida aclaraciones en mi nombre.

—Sea, contestó amargamente Solarez; pero mientras este caballero justifica sus calumnias, le pediré cuenta de las maniobras que se ponen en juego entre su familia, para enlazar á lord Walton con la señorita d'Amblois.

—La justificacion de mis calumnias, exclamé yo, es que ahora mismo acaba de declarar lord Walton que desheredaba á sir Ricardo; y la reputacion de las vuestras, los esponsales que tengo contraidos con la señorita d'Amblois, que marchamos mañana para unirnos en Francia, y que no consentiré dé su mano á lord Walton, á pesar de que ahora mismo la ha pedido formalmente.

—Será cierto cuanto acaba usted de relacionar? dijo sir Ricardo.

Solarez se inmutó, pero reponiéndose replicó en tono insolente:

—Quizas reflexione el señor baron de Gurgi que lord Walton es muy anciano, y que el prometido esposo de la señorita Mauvert d'Amblois nada perdera casándose dentro de poco tiempo con la viuda del noble marqués.

—Miente usted, exclamé fuera de mí por la indignacion que escitaron tan viles palabras; mas luego asaltandome una idea que surgió de las últimas palabras de Solarez, dije: ó mas bien, no tiene usted razon, porque juro emplear todos los medios que esten á mi alcance para que la señorita d'Amblois acepte la mano de lord Walton.

—Ya va llegando lo mas caballeroso de la historia, interrumpió de nuevo Fernando; y puede usted suponer, señorita, qué figura haríamos

todos en tan estraña escena, y al oir la hermosa declaracion de mi amigo.

—Qué hay en ella de estraordinario? preguntó sencillamente Emilio; el afecto que profesaba á tu hermana era un cariño de costumbre, un cariño de infancia: no mediaba entre ambos sentimiento alguno profundo, y no pudiendo ofrecerle una suerte brillante, siendo su familia tan pobre como la mia, queria cederla lord Walton, para que ella devolviese algun dia á sir Ricardo la fortuna que le pertenecia.

—Y lo hizo como lo ha dicho, replicó Mauvert.

Enternecida Antonia, oprimido y conmovido su corazon, los ojos llorosos, no oyó á Fernando, pues miraba solo á Emilio, que con su dulce voz y noble semblante, espresaba unos sentimientos tan generosos, como si fuera la cosa mas natural y sencilla.

Para disimular su emocion preguntó al baron:

—Y qué respondió Solarez?

—Como ante un concurso tan numeroso no podia dar mas esplicaciones, continuó Emilio, triunfó el hidalgo á los ojos de Ricardo y de todos los concurrentes, y me dijo que no dejaba de haber destreza en enfadarse tanto al principio, para proclamar despues sin pudor una decision que yo tenia tomada hacia ya mucho tiempo. Entonces, acercándome á él lleno de cólera, toqué con mi mano el puño de esta espada, y le dije en voz alta que no era digno de llevarla y que se la arrancaria á pesar suyo.

—Quién inspiraba á usted para decir eso? preguntó Tahiba.

—Lo ignoro, pero me pareció que una voz interior me gritaba que la habia robado.

Estremecióse la bermosa española y cesó por un momento de mirar al gentil narrador.

—Pero lo que no podria pintarse, continuó Emilio, fué la espresion de terror, de cólera y de odio que apareció en la fisonomia de aquel hombre: se retiró algunos pasos, y apretando convulsamente la espada, me dijo con voz abogada:

—Venga usted pues á tomarla!..

—Al instante, respondi; marchemos.

—Si, marchemos, repitió con un tono decidido que me admiró en él.

—No, señores, interrumpió entónces sir Ricardo; esto no puede concluir así!..

—Ahora! ahora, esclamó Fernando frotándose las manos, va usted á oír lo mejor! esto es propio de una imaginacion inglesa!...

Emilio continuó:

—Señores, dijo sir Ricardo en alta voz; se trata de una espada que ha jurado el uno tomar, y el otro conservar. Una cuestion semejante no puede recibir su completa solucion en un duelo, porque el vencido no podrá ser prisionero del vencedor. Es preciso que estos señores se encuentren sobre el campo de batalla. La idea debia parecer, en efecto, brillante á aquella reunion de jugadores, y fué acogida con bravos frenéticos. A mí solo me pareció rara, por la dificultad en la ejecucion; pero sir Ricardo lo habia previsto todo: estábamos en principios de agosto de 1799.—Mañana, prosiguió sir Ricardo, marchan las tropas inglesas para desembarcar en Holanda: no hay mas que atravesar

el estrecho; tambien vuelve mañana á Francia Mr. de Gurgi: Linston, supongo dirá usted, empleo en su estado mayor al señor de Solarez y á su padrino. Los contrarios no dejarán de conseguirlo tambien en el ejército del general Bruoe: las dos partes podrán comunicarse fácilmente de uno á otro campo, y cuando la ocasion se presente, segun el plan de batalla, podrán convenirse sobre el momento y lugar del encuentro. Deberán batirse en medio del fuego, con todas las reglas del desafio; pero el primero que sea puesto fuera de combate, habrá de dar á su adversario la vida ó su espada. Parece á ustedes justo, razonable y posible? queda aceptado?

—Sí, sí, exclamaron todos á porfia entusiasmados: Solarez era el único que quizás no queria un resultado tan escéntrico, pero su orgullo no le permitió demostrarlo delante de tanta gente, y convinimos en las condiciones del cartel, que se estendió y firmó en el acto.

—Emilio, me dijo entonces sir Ricardo con acento noble, á menos que no me expliques tu conducta, seré padrino de Solarez.

—Está bien, le contesté; si dudas de mí, nada tengo que explicarte, y si no dudas, toda explicacion está por demas.

—No me es posible adivinarte, replicó, y las cosas quedaron así.

—Mi segundo fué Fernando, y tuvo lugar el encuentro en la batalla de Almaar en Holanda. Mientras retumbaban los cañonazos en nuestro rededor, nos dábamos silenciosamente de estocadas en presencia de los dos testigos: no referiré á ustedes los pormenores: Solarez, gravemente herido en el brazo, fué declarado fuera de com-

bate y obligado á darme su espada.

—Tómela usted, me dijo con rabia, pero jamás diré el misterio que en sí encierra, y juro por el infierno que volveré á recóbrarla.

—Pues yo juro por el cielo, le contesté, que no se separará jamás de mi lado; por consiguiente, me hallará usted con ella, y en todas partes dispuesto á disputarla de nuevo.

Con arreglo á las condiciones pactadas, pasó Solarez prisionero al campamento francés y Ricardo me dijo conmovido.

—Emilio, ya no dudo de tí, pero tu prometi-da es la esposa de mi tío, y mi mano no tocará la tuya hasta que sobre ello te hayas justificado á mis ojos.

—Ricardo, le respondi haciendo un grande esfuerzo para no declararle todo lo ocurrido, esperaré!...

—Esta es, señorita, toda la historia de la espada, que parece ha causado la admiracion de usted. Ignoro cuál sea el precioso secreto que encierra, pero lo que sé es, que mi honor me prohíbe separarme de ella ni entregarla á nadie.

Calló Emilio, y escusamos describir la impresion que causó su narracion tan extraño en el caribe, y sobre todo en la hermosa hija del marqués de Roverdá, así como los comentarios que sobre ella hizo el alegre Fernando.

Como es de presumir, los dos oficiales hicieron frecuentes visitas á la gruta, y quizás debieron á la salubridad de aquellos sitios, haberse libertado de la fiebre amarilla, que destruyó casi todo el ejército francés en setiembre de 1802.

Pero llegó el día de la marcha; era ya el noviembre de aquel mismo año, y Emilio sumamente

conmovidó, lo anunció á la hermosa criolla, que se inmutó como si nunca debiera haber sucedido esta sensible separacion. Quiso hablar, pero no se lo permitió su emocion, tendió la mano hácia la espada del oficial, y tan solo pudo articular estas palabras:

—Guárdela usted!, Emilio!... guárdela usted bien; y corrió presurosa á ocultar su turbacion y pesar en las habitaciones de la gruta.

—Hola! hola! dijo para sí Fernando.

Emilio nada dijo; era preciso partir: llevaba en su corazon una herida profunda, pero al mismo tiempo una alegria interior y tal confusioa de ideas, que le parecia hallarse delirante.

Cuando Antonia se vió sola de nuevo con el caribe, le dijo.

—No veis que se marcha y se la lleva?

—Pues bien, contestó el malicioso Tahiba; era preciso pedirselá y contarle!...

—No ha jurado conservarla? replicó impacientándose la joven.

—Sí, pero podía!... Vuestro padre dijo!...

—Y yo he respondido ya á ello otra vez, repuso Antonia poniéndose encendida como la grana.

—Qué harèmos pues? dijo el caribe cruzándose de brazos.

—Puesto que ha llegado el dia, replicó con exaltacion la jóven, en que Solarez no la posee; el dia en que ha servido á la venganza, y que la Providencia me la devuelve, no debo ni quiero perder de vista la espada de mi padre!....

—En hora buena; estoy dispuesto a seguir á usted por todas partes, señorita, repuso gravemente Tahiba; hé aqui lo que se llama un verdadero amor.... filial.

CAPITULO VI.

La Ciudadela.

A su regreso de Santo Domingo enfermó el baron de Gurgi en Paris; pidió licencia por algunos meses y se retiró á su casa.

Era el principio de la época del Imperio, y en ese mismo tiempo se veia frecuentemente en las paradas, en el Carrousel, en todas las funciones de la catedral y aun en Frascati, á una familia compuesta de tipos muy singulares. El padre, anciano, de color verdusco y casi bronceado; la hija parecia muy jóven y atraía todas las miradas por su completa hermosura, tranquila, altiva, pero modificada por la voluptuosidad inherente á las hijas de las Antillas; la criada era mulata y los criados negros. Solo en público se les encontraba, y todo el mundo ignoraba sus nom-

bres, pero la curiosidad parisiense observò muy pronto, que sea que saliesen a pié, sea en carruaje, se les veia de preferencia en los sitios donde habia espectáculos ò reuniones de militares, y esto llegó á ser cosa tan marcada, que los oficiales ya no paraban su atencion en ello.

Un dia entró gritando Fernando Mauver en la habitacion de su amigo Emilio, á la sazón convaleciente.

—Una noticia, querido, una noticia te traigo, y por cierto bien extraña.

—Cuál? dijo el baron indiferente á la locucidad de Fernando.

—El padre Tahiba se halla aqui.

—En Paris! exclamó el jóven conmovido.

—Si, sí, en Paris! no podian ser otros!...

—No estaria solo supongo?

—Para eso era preciso que hubiese muerto la hermosisima Antonia: pero nada de eso, estaba con él (si es que era él), y Gulnar, y Mas, y Cai-ga tambien.... en fin, toda la gruta en cuajo, querido.

—Si nos habrá seguido?... pensó Emilio procurando ocultar su emocion. ¿Pero estás bien seguro que son ellos?

—Yo no les he visto todavia, pero todo Paris habla de ellos, y los describen con sus pelos, colores y señales, de tal modo, que ya no dudo: sin embargo, pronto los veré, porque se les encuentra en todas partes donde hay charreteras, uniformes, espadas....

—¡Espadas! dijo Emilio con tono melancólico.

—Y lo mas particular es, que segun dicen, tan solo frecuentan esos sitios. Pero ahora re-

cuerdo, exclamó Fernando dándose una palmada en la frente: ¿si será que no puedan vivir sin nosotros en su abismo? (y eso que es sumamente delicioso.) ¿Si nos buscarán, Emilio?

—Loco! loco! contestó este en tono indiferente; y aun suponiendo que sean ellos, que hayan abandonado aquella isla donde no corrían peligro alguno, ¿por qué supones tú que nos buscan?

—Primero: porque somos amables; y segundo, porque no deben conocer á nadie aquí.

—Se embarcarían en su caso para España, donde el marqués de Roverdá tenía bienes cuantiosos, donde se habla su lengua...

—Bah... y sin duda vienen á Paris para perfeccionarse la linda criolla en el francés!... Verdad es que por todas partes se vá á... Madrid.

—Pues bien, lo primero es asegurarnos de que son ellos; vé, informate antes que marchen á España.

—Tienes razon; voy al momento; y pronto, verás, que no me engañé.

—Y luego, dijo Emilio fingiendo no poder comprimir la risa, les preguntarás qué nos quieren.

—Vamos, vamos, caballero burlon, vuelva usted á su poltrona, que aun no hemos olvidado los amigos la despedida de Santo Domingo.

Y desapareció despues de lanzar esa pulla. Si el alegre Fernando hubiese visto el efecto que causó en el enfermo, le hubiera dado mayor importancia, pero apenas habia llegado á la calle, solo pensó en buscar y reconocer á los ame-

ricanos, mas por curiosidad que por otra causa.

Volvió á la tarde á ver á su amigo, y sin calcular el golpe que le daba, dijo con su acostumbrada verbosidad:

—Ahora sí que estoy bien seguro.

—Son ellos? preguntó Emilio presuroso, si bien conteniéndose mas que por la mañana.

—Los mismos en cuerpo y alma: acabo de verlos.

—Y les has hablado?

—No: porque iba el carruaje desempedrando las calles.

—Luego se han marchado?

—En el momento que yo salia de Frascati, salian ellos del parador de Castilla, y el tuno de Mas sentado en el pescante con su librea encarnada; mientras que Caiga iba en la zaga, gritó el cochero sin duda para hacerme rabiar:—Francisco, á galope, camino de Burdeos, listo, listo.

—Ya ves, dijo tristemente Emilio, que no nos buscaban.

—Quién sabe? contesto su amigo, quizas hayan marchado por no habernos encontrado.

Este fatal incidente impresionó de tal suerte el ánimo del baron de Gurgí, que tuvo una recaída á la mañana siguiente; su licencia se prolongó, paralizándose sus ascensos, y solo dos años despues, sobre la época de las conferencias de Tilsit, es cuando, completamente restablecido, pudo volver al servicio.

Se hablaba ya entonces de la próxima guerra con España, y esto contribuyó no poco á la mejoría de Emilio, y le dió valor y esperan-

za, al mismo tiempo que recobraba sus antiguas fuerzas.

Como tenia muchos amigos en los ministerios, le fué fácil obtener colocacion para él y Fernando en los cuadros del ejército invasor. Pero pasado un año de estancia en la Peninsula, y despues de haber sostenido su esperanza todo ese tiempo con la idea que le habia movido á venir á España, á medida que adelantaba hácia Gibraltar ó Cadiz, volvió á caer en su habitual melancolia, y solo pensó en el descanso. Hasta la sociedad de su jovial amigo perdió la influencia que tenia de distraerle de su tristeza.

¿Seria motivada esta por el recuerdo de los dias felices pasados en la gruta de Santo Domingo? Pero no parecia natural que en tan poco tiempo se hubiese arraigado su pasion tan profundamente. ¿O bien la causaba la declaracion de Antonia en la despedida de ambos? Tambien pudo entrar en parte de su melancolia el espectáculo de aquella guerra, que prolongandose se hizo tan atroz y sanguinaria como heróica.

Escusamos trazar las marchas, contramarchas, combates y batallas que presenciaron los dos amigos, los horrores de que fueron testigos, las pérdidas que sufrió el cuerpo de ejército á que pertenecian, por la inalterable constancia de los españoles en una lucha, que cubriéndolos de inmarcesible gloria, fué de vez en cuando empañada por atrocidades que desgraciadamente hemos presenciado todos.

Un fuerte destacamento de que hacian parte nuestros dos amigos, se hallaba de guarnicion en la pequeña poblacion de L**, distante pocas leguas de Cadiz, y en ella se veia bastante pro-

legido contra los ataques de los enemigos de fuera, por un fuertecillo exterior muy bien situado, al que se daba el nombre de ciudadela, aunque distaba mucho de merecer esa calificación. Poco había que temer respecto á riesgos interiores, atendido el carácter pacífico que demostraban los habitantes desde que se apoderaron los franceses de la ciudad.

Hacia ya tres meses que estaban posesionados de ella y de los pueblos vecinos las tropas del ejército, cuando recibieron la orden de regresar á Francia; y acababa de amanecer el día en que había de marchar el destacamento, y por consiguiente Fernando y Emilio.

La ciudadela, según hemos dicho, era pequeña y de forma antigua, pero susceptible de resistir un golpe de mano, si bien no podía sostener un sitio, y hasta hubiese servido de posición militar á haber tenido capacidad para alojar más de un escuadrón. Para llegar á ella desde la población era preciso atravesar un río poco caudaloso, y la única comunicación entre aquella y la ciudadela era un puente de piedra estrecho y de solo dos arcos. Había que subir una pequeña pendiente haciendo frente al río la puerta principal, que se reunía á la esplanada con un puente levadizo: un ancho y profundo foso rodeaba la ciudadela. Su construcción consistía en cuatro murallas iguales formando un cuadro perfecto, y el espacio contenido entre ellas se denominaba el patio: en los dos ángulos que miraban al campo, en los cuales había unas casernas ó cuarteles, se veían dos garitas de piedra colocadas sobre la plataforma, que así como en todas las fortificaciones, estaba un po-

co inclinada hácia dentro, y otra parecida, aunque mas baja, entre los dos ángulos, pero que miraba á lo interior del patio; y finalmente, en los costados que daban á la ciudad habia dos cuerpos de fábrica desiguales en su forma y separados por otra plataforma á la que salia la escalera principal que servia al mayor de esos dos edificios; este, colocado sobre la izquierda, tenia la forma de una torre cuadrada, y solo contenia una sala grande: el otro edificio mas bajo se componia del cuarto que servia para el oficial de semana.

— Hombre! ¿estás delirando? contestó Mauvert abriendo los ojos como quien ve visiones; de esa clase de seres, solo conozco una, la de los perros podencos!.. ¡Pobre amigo mío! ¿quieres que te diga de una vez lo que tienes?... pues estás echizado! ¿y quieres que te muestre la causa del encanto?... Aquí la tienes; y puso la mano en la espada del capitán.

La sala servia para comedor y para las reuniones del consejo; una mesa grande en medio y dos docenas de sillas componian todo su adorno. Una tronera abierta en toda la altura de la muralla daba luz por el lado del foso frente á la ciudad, y un balcon grande se habria por el del patio. La puerta construida en una pared lateral estaba cerca de la escalera principal, y daba como hemos dicho sobre la plataforma intermedia, en frente de la puerta del segundo cuerpo mencionado; finalmente, ademas de esa entrada principal, habia en uno de los ángulos de la pared opuesta una puertecilla que daba comunicacion á un gabinete entre esa pared y la muralla exterior, y detras de esa puertecilla, una escalera espiral

conducia al terrado que cubria la sala. Estos pormenores son necesarios para la inteligencia de las ocurrencias subsiguientes.

Los primeros rayos de la luz alumbraron en la sala un espectáculo alegre sobremanera. En la mesa se veian todos los elementos que hacen espléndido un almuerzo de camaradas que van a echar juntos el trago de despedida; hallábase cubierta de fiambres variados y abundantes, y los intermedios llenos de flores, frutas, copas y botellas que contenian todas las clases de vinos generosos de que abunda la Península.

No se hallaban en la sala todavía mas que dos oficiales, ambos llevando insignias de capitán de ingenieros. Abrió el uno el balcon, y silbando una marcha, parecia complacerse observando, recostado, el patio desierto todavía, pues aun no se habian levantado los soldados. El otro se paseaba por la sala pensativo, las manos cruzadas detras de la espalda, y dando de cuando en cuando señales de impaciencia: en fin, aproximándose al balcon, pegò un golpecito en el hombro de su compañero.

—Fernando, le dijo, me parece que tardan en tocar diana.

—Que tarda la diana hoy!... Pobre Emilio, ¿no adivinas por qué? Los músicos están levantados hace ya mas de una hora, ya tienen arregladas las maletas, pero la orden se diò para las seis, y aun faltan cinco minutos en el reloj de la iglesia de San Juan. A la primera campanada verás cómo no se descuida nuestro músico mayor Gilbert; apostaria cualquier cosa á que está allá debajo del postigo con la trompeta en la boca.

—Sin embargo, dijo Emilio, mas de dos horas há que he oido tocarla en la ciudad y en los cuarteles de madera.

—Es verdad; pero los otros escuadrones han debido marchar á las cuatro para tomar la delantera hasta la primera etapa, con los enfermos y equipajes; nosotros vamos de retaguardia.

—Pero no hay ningun peligro?

—Caballero, dijo Fernando en tono de burlesca indignacion y midiendo á su amigo con la vista; ¡un escuadron y una ciudadela para un pueblo desarmado!

—Cuántos somos para el almuerzo?

—Tranquiliza tus irritables nervios, no será trece nuestro número: seremos lo menos quince, porque tenemos tres ó cuatro buenas tigras de los otros escuadrones que han faltado á la llamada, el ayudante gordiflon que no deja pasar ocasion de bromear, y todos nosotros.

—No sé por qué, pero quisiera haber marchado ya!

—Con mil demonios, hombre, dime que es lo que tienes desde que estuvimos en Santo Domingo. ¿Te enamoraste de la linda criolla?... ¿como se llama? ya no me acuerdo de su nombre.....

—Tambien yo lo he olvidado, con que....

—Bah! eso no es muy seguro, pero en ese caso ¿qué mosca te está atormentando desde entonces?

—Fernando! le contestó sombrío su amigo; ¿no crees que hay ciertas almas que á consecuencia de fuertes conmociones, pueden espiritualizarse y elevarse á conceptos sobrenaturales,

y que cuando dos espíritus semejantes se llegan á encontrar, se asocian por una poderosa atracción, sin que medie entre ellos una verdadera pasión? ¿Qué estas almas en su mundo excepcional, gozan de revelaciones extrañas aunque sencillas, y que se conoce la proximidad del peligro, la aproximación del objeto amado y del ser aborrecido? Que cuando....

Se estremeció Emilio, porque el tronera había tocado la llaga.

—Estoy seguro de ello, prosiguió Fernando; desde que aquel infernal Solarez....

—Solarez!... intercuipio Emilio con voz alterada y agarrando convulsivamente el brazo de su amigo; estás seguro de que se halla lejos de aquí?...

—No quedó prisionero?

—Si, pero ha podido escaparse.

Cuando iba á contestarle Fernando, dieron las seis; al mismo tiempo todos los clarines de la ciudadela rompieron diana, y el eco alegre de su sonido resonó por todos los ámbitos de la antigua fortaleza.

—Vamos, vamos, querido, despiertate, exclamó el buen Fernando, y si quieres tranquilizar y dar elasticidad á tus irritados nervios, ven sobre la plataforma: oyes ese baruyo?... mira ese buen pueblo á quien tu suspicacia calumnia: hay lo tienes, en pie desde las cuatro de la mañana, para despedirse de los primeros y decir adios á los últimos. No tengas cuidado por nosotros; la orden que se ha dado es terminante: ningún soldado puede pasar las estacadas, y aquellos cuyas quietudes sean perezosas y no vengán aquí á verlos, tendrán que escribirles cuando lleguemos á Paris.

Diciendo esto tomó del brazo á Emilio y lo llevó hacia el parapeto que daba á la esplanada. Miró el barón en aquella dirección, y vió la plaza de la ciudad enteramente llena de gente, sin embargo de ser solo las seis de la mañana. Hombres y mugeres engalanados con sus mejores vestidos subian en grupos hácia el fuerte. En aquella molrugadora turba que venia para despedirse de los franceses, habia músicos, mercaderes de toda clase, flores, banderines, castañuelas: junto al puente levadizo se habian colocado aguatojeras que bajo sus tiendas improvisadas como por encanto, tenian piramides de naranjas, granadas y pastelillos, con sus lindos cestitos llenos de vasos para despachar los helados que contenian las relucientes garapiñeras. Las saladas cantineras paseaban entre el pueblo sus botas llenas de Jerez, Alicante, Malaga y Valdepeñas... Tambien se veian algunos frailes que con su capucha calada se paseaban entre los grupos de aquella gente medio ebria ya.... era una verdadera fiesta popular española!...

Etolavía no se habia quebrantado la ordenada por los jefes: ningun uniforme se columbraba fuera de la linea demarcada en el puente, cuya entrada guardaban dos centinelas rescostados en sus garitas de madera; pero por encima de las estacadas tardaron poco en entablarse comunicaciones.

Aqui fraternizaba un soldado frances por última vez con tres ó cuatro matones, buenos muchachos, que le obsequiaban frecuentemente con la bota; más allá, cinco ó seis luchaban broméando con un grupo de sirenas de ojos negros, pié miñon y gesto provocativo, que los desafiaban

detras de las trincheras; otro, mas atrevido, y sentado en el balaustrado, rodeando con los brazos el cuello de su querida, daba y recibia despedidas llenas de misterio y voluptuosidad.

Varios miraban con envidia los alegres y sensuales bailes, recordando con placer las consecuencias de los a que habian concurrido con frecuencia. Todos sentian la cruel prohibicion de mezclarse por última vez con aquel pueblo tan ardiente, tan hospitalario y tan inteligente en materia de placeres, á quien debian los franceses una cordial acogida en todo el tiempo que habian ocupado la ciudad.

Se conocia claramente que los dichos graciosos, las frecuentes libaciones y los desaflos de las muchachas irritaban sus deseos, y que las flotes que les tiraban, las músicas, la algazara de los hombres, y las escitaciones de las mujeres, los enardecia y seducia.

—Emilio, qué tal? qué te parece? dijo Fernando.

—Esto me parece algo mejor, contestó aquel.

—Por dios Baco! es preciso que vaya del todo bien, caramba! y para completar la fiesta, no falta ya mas que nuestros compañeros.

—Aqui estamos, aqui estamos! gritaron á un tiempo varias voces en la escalera principal.

Y entrando todos tumultuosamente en la sala, exclamaron:

—A la mesa! á la mesa, y viva la alegria!

Se sentaron, y principió el almuerzo.

CAPITULO VII.

Quince en la mesa.

Poco mas de media hora hacia que se hallaban almorzando. Era el momento en que la atmósfera de la sala ya caliente, aumentada por el perfume de las aromas que se desprendian de los fiambres, de los vinos y las flores; el murmullo de las conversaciones variadas y alegres, las risas, las exclamaciones, el contagio magnético, la escitacion irresistible del placer, se comunica como un incendio.

Estos hablaban de guerra, aquellos de amor: unos elogiaban los placeres variados de que se disfruta en las ciudades, otros los que se gozan en el campo: los había que solo hablaban de fiestas y de orgías, relatando sus aventuras amorosas, cuyos episodios escitaban tal hilaridad, que

los demas suspendian sus conversaciones para saber la causa y tomar parte en la órcoma que animaba á sus compañeros; algunos, los menos, solo se entretenian de sus familias, del pueblo de sus residencias y de los tiernos sentimientos que experimentaban: se vaciaban las copas con rapidez, y en medio de la algazara propia de un almuerzo de jóvenes militares, se levantó un teniente, y dijo:

—Silencio, señores; ¡Viva el Emperador!.... ¡Viva Napoleon! porque han de saber ustedes, que no nos llama para hacer la parada en el Carrousel, ó pasear por Frascati, nos llama sin duda para ir á alguna buena guerra, á una guerra en campo raso y con enemigos bien educados!..... A mí me gustan las batallas y combates á cielo descubierto y en línea! Los regimientos formados como murallas, derechos, arma al brazo, haciendo frente impertérritos á un fuego horrible que quema las guedejas! La artillería á galope tomando posiciones!..... ¿y la carga?..... ¡la carga, amigos míos, la carga á muerte!..... Caramba! verse uno en medio de dos, tres, cuatro ó cinco mil caballos, que juntos, envueltos en fuego, en humo, en polvo, á galope, sable en mano y tendidos los jinetes sobre el cuello de sus caballos, arrastran un coloso cual si fuera una pluma; sufrir un fuego granado sostenido, atravesar innumerables bombas y balas, romper batallones enteros, hacer en ellos una carnicería, una pepitoria infernal, sablear, escachar, correr por las filas que se abren, pisar las banderas, los hombres que resisten! oír gritar, jurar, renegar, y pedir cuartel en todas las lenguas, idiomas y dialectos! menos en francés, se entiende...

Eso, eso es lo bueno, eso es lo que me acomoda. Me lleve el diablo sino estoy harto de correr tras de esos mendigos que huyen y vuelven la espalda para venir á las calles á asesinarnos con sus navajas.

—Tienes razon: dijo otro teniente, pero ya la guerra se concluyó por allá. Ya no hay reyes en Europa, solo hay prefectos y sub-prefectos; ¡Viva la paz! ¡Qué hermoso debe estar Paris ahora! nunca ha sido lo que hoy es. ya no hay barro, calles sucias ni casas feas: todo está radiante. De un cabo del mundo al otro puede venir cualquiera á Paris, y con ver la gorra de un aduanero, ó desde lejos la linterna del Panteon, puede volverse á su pais y decir: ¡Ya he visto la capital del mundo! Paris, señores, data de hoy; tiene un imperio, una corona universal.

—Sí, sí, una corona y una tiara, repitió otro; porque han de saber ustedes que el Papa va á hospedarse dentro de poco al antiguo palacio del arzobispado. El sacro colegio, la penitenciaría, las misiones, los archivos, todo se instala al redor de la iglesia de Nuestra Señora y en la isla de San Luis; está ya eso decidido; Roma se traslada en cuajo á Paris.

—A Paris, á Paris, señores, esclamaron todos, y juremos reunirnos todos en Fraseati.

—Lo juramos! dijeron los convidados levantándose, y siga la broma!

Cada uno echó su arenga; siguieron vaciándose las botellas, y principiaban los brindis, cuando de repente se abrió con violencia la puerta principal de la sala, y en el umbral apareció una muger vestida de negro, pálida, pero de una tan peregrina hermosura, que la admiracion que cau-

só, hizo que nadie se atreviese á romper el silencio. Sus movimientos eran tranquilos, su porte noble; pero en su fisonomía se descubria la grande agitacion que la oprimia. Recorrió rápidamente con la vista el circulo de oficiales, la fijó en el baron de Gurgi, que se habia levantado apenas apareció, y designándolo con su mano, le dijo en voz clara, pero conmovida,

—Usted, señor de Gurgi, usted solo... ¡era Antonia!

CAPITULO VIII.

Solarez.

Emilio la siguió maquinalmente.

Al atravesar la plataforma, nada extraordinario vió: el mismo alegre tumulto en el patio y en la esplanada, y solo observó que la consigna ya no contenía á los soldados, pues en uno y otro lado se veían iniformes franceses enlazado con los brazos de las mugeres, ó amistosamente apretados en medio de los grupos que bebían ó cantaban en rededor de ellos: no vió mas.

Antonia le condujo al cuarto del edificio, frente á la sala del convite, la cerró, y quedaron solos.

Sorprendido Emilio, no dando crédito á sus ojos, y dudando de lo que pasaba permanecia silencioso mirándola.

—Señor baron, le dijo la jóven, no me conoce usted ya?

—Señora, apenas puedo creer!...

—Tranquílicese usted y sentémonos, si es que hay dónde en el cuarto de un oficial. Yo soy, Emilio! ¿Ha olvidado usted acaso á Santo Domingo?

—Olvidarlo!.. Oh! jamás, jamás! si, usted es, usted, cuya encantadora imágen no se ha apartado de mí un solo instante; usted, á quien ya no esperaba volver á ver....

—Hemos pasados algunos dias en Paris! dijo Antonia ruborizándose.

—Estaba enfermo desde mi regreso de América, y no salia de mi habitacion.

—Como! enfermo?.. lo ignoraba.

—Supe la llegada de usted á Paris, al mismo tiempo que salieron ustedes para España. Esto agravó mi enfermedad, pues me causó una recaída peligrosa, y no logré reponerme completamente hasta el dia en que pude obtener venir á la peninsula; pero despues de haberla recorrido en todos sentidos, mi mal ha vuelto á aparecer, y..... ahora poco me contemplaba sumamente feliz regresando á mi patria!... ya habia perdido la esperanza de encontrar!...

—Es que, dijo la jóven bajando los ojos, deseaba saber si segun habiamos convenido, conservaba usted siempre esa espada!...

—Siempre la espada, y nada mas que la espada, dijo para sí y con acento sombrío Emilio.

—La relacion que me hizo usted en la gruta, continuó la jóven, me causó mucha impresion, y desde entonces he estado en continua zozobra

temiendo por ella, y... por usted, baron, á ese malvado Solarez.

—Qué dice usted? Solarez!... acaso Solarez persistiría aun!....

—Emilio, replicó Antonia entornecida; y si Solarez se hallase en este país, donde por desgracia se multiplican las traiciones, los asesinatos, ¿vituperaría usted el paso que diera una joven, atreviéndose á?...

Emilio se estremeció: había cesado repentinamente el murmullo de afuera, y Antonia trémula, no se atrevió á espresar las últimas palabras que iban á salir de su boca; pero haciendo un esfuerzo violento procuró sonreírse y hablando rápidamente continuó:

—Es decir, baron, que todavía se acuerda usted de nuestro asilo de Haiti; de aquella gruta tan profunda, tan linda, tan fresca; de la sombra de los cocoteros plantados en las márgenes del riachuelo que la atraviesa, de los tamarindos que hay en la cima, de nuestras palmeras, de nuestras cavernas, nuestras flores, y de aquel tan hermoso cielo! no lo ha olvidado usted, amigo mio? Pues bien, hemos tenido que abandonar todo: no podíamos seguir bajo la autoridad de Toussaint y del feroz Dessalines, y nos hemos visto obligados á venir á establecernos á España; pero también este es un país hermoso, no es verdad, Emilio? El sol y los corazones son ardientes, los palacios de mármol, los naranjos dan flores y frutos como en América, y lo que falta á la naturaleza para igualar en feracidad al suelo de las Antillas, lo suple con exceso la energía europea; aquí!...

—Perdone usted, Antonia, interrumpió agi-

tado y poniéndose en pié Emilio; ese discurso es tan extraño, y veo á usted tan turbada!.

Efectivamente, la pobre jóven, que se hallaba en una posicion tan singular, hablaba de todas esas cosas con el acento y semblante de uno que habla de la muerte, pálida y temblorosa, su mirada espresiva pero llena de asombro y de terror, sus ojos errantes sin cesar, y su pecho palpitante y agitado en extremo, movia fuertemente el negro velo de su trasparente mantilla. Estaba hermosa así, pero su belleza era una belleza trágica, y á pesar de la volubilidad de su lenguaje, de sus esfuerzos para sonreirse, en lugar de agrader al corazon ò á la imaginacion del capitan, que la miraba absorto y fascinado, le causaba un estremecimiento involuntario.

Una idea súbita surge de su mente, se repara de Antonia y corre á la ventana, mira á la esplanada.... Cuando volvió al lado de la jóven, la palidez de la muerte cubria su fisonomia, sus cabellos estaban erizados!...

Lo habia comprendido todo!...

Un silencio horroroso reinaba fuera, y sin embargo, el mismo concurso llenaba la plaza, pero en aquel concurso parecian enteramente distintos todos los semblantes. Habian desaparecido las tiendas, las flores, los tragos variados, las mugeres. Solo quedaban hombres, y hombres del pueblo bajo, mal vestidos, pero armados todos. Por encima de aquella masa imponente se distinguian fusiles, se veian brazos blandiendo puñales. Ni un solo uniforme francés. Poco ha dispersos entre aquel concurso, los soldados habian desaparecido hasta el último, cual si los hubiese

tragado la tierra. Ningun defensor de la ciudadela, ni uno que guardase la entrada; cerca y lejos, no se veian mas que enemigos armados: en el puente levadizo, una multitud apiñada é inmóvil probaba que lo interior ya estaba lleno de gente, y en medio del silencio sepulcral que reinaba en el fuerte, se distinguian las risas y las voces de los alegres convidados que seguian brindando en la sala del festin!..... Nada mas se oia!... Iba sin duda á seguirse alguna escena espantosa!...

El baron miró á Antonia con ojos asombrados. La jóven, en pié como una estatua, tambien lo miraba, aguardando su primera palabra, pálida aun, respirando apenas; pero resuelta y decidida.

Despues de un breve rato, el desgraciado Emilio, oprimiendo su cabeza con las dos manos, exclamó con voz ahogada:

—Oh Dios mio! mis pobres compañeros!...

Y corrió á la puerta; pero la enérgica jóven, mas pronta que él, se lanzó á la cerraja, dió dos vueltas á la llave, la quitó y arrojó por la ventana al foso.

Fuera de sí Emilio, se paró.

—Qué hace usted? qué hace usted, señora? lo sabia usted! podia preveniros, salvarnos á todos, y ahora me impide usted que...

—Cuando he venido á buscar á usted, ya estaban todos perdidos, dijo en voz baja la jóven; imposible era salvarlos: la ciudadela se hallaba ocupada, la escalera tomada. Seguia el ruido, el movimiento, pero acababan de separar á las mujeres. No tenia mas medios que para libertar á uno, y he elegido á usted, Emilio!...

—Pero al menos, exclamó acongojado, que puedan defenderse!...

Y volviendo á la puerta, empezó á forcejear para tirarla.

—Es escusado, baron: sin salvarlos, se perderia usted... mire usted por las rendijas de esa puerta.

Mirò el capitán. El populacho silencioso llenaba la plataforma y la escalera, aguardando la señal.

—Por aquí, Emilio, le dijo Antonia señalando la puertecita que daba á la muralla.

Corrió á ella, y la jóven dió gracias al cielo, creyendo consentia en fugarse. Salieron juntos, y se encontraron sobre el techo de una de las casernas que servian de cuarteles. Nuestros lectores no habrán olvidado las tres garitas que habia en los ángulos de las murallas: en cada una de ellas se habia colocado un centinela. El capitán, guiado por Antonia, seguia agachándose por el parapeto interior que daba al patio.

Al aproximarse á la primera garita, viò al pié tendido el centinela boca abajo, á su lado una bota y varios vasos. Conociò el medio de que se habian valido para desembarazarse de los soldados.

El centinela dormia profundamente, y el vino de España habia servido de cómplice fiel á la traicion; pero no desesperó Emilio de poderlo despertar, y hallar dos ó tres auxiliares en los centinelas. Hay cosas y circunstancias que ponen cuerdos á los mas borrachos!...

Se bajó hácia el soldado, y sacudiéndole del brazo con fuerza.

—Hola! húsar, le dijo al oído con enérgica

voz, duermes mientras estan degollando á tus jefes!

Y como esta interpelacion no bastaba á despertarle, levantó violentamente al dormido y lo puso derecho: el soldado, sostenido por el brazo del baron, abrió sus ojos blancos, lívidos y fijos; hizo un esfuerzo para hablar, pero solo pudo exhalar un profundo suspiro, y al mismo tiempo Emilio horrorizado, vió correr por debajo de su dormán y á lo largo de su pantalón azul celeste, un chorrillo de sangre: observó que en el pecho y al lado del corazón, entre los galones de la chaqueta, tenia una herida hecha con un puñal, y que la palidez del semblante no procedia de embriaguez; era el velo de la muerte. Dejó caer el cadáver, y entonces conoció de veras el medio pronto y seguro con que los paisanos se habian desembarazado de los soldados. No le quedó valor para ir á despertar á los otros dos centinelas que vió tendidos junto á sus garitas y tambien dormidos.

Antonia se aprovechó de su abatimiento, y señalándole la entrada de una escalerita practicada en el muro que bajaba hasta el foso y se hallaba próxima:

—Por aqui, Emilio, le dijo: procurando arrastrarlo, por aqui!...

—No, no, por alla, por allá!...

Y teniendo demasiado valor para huir, hallándose agitado lo bastante para no pensar en su compañera, se volvió por la muralla que hacia frente al campo y conducia á la sala donde continuaban los descuidados oficiales: caminó siempre cubierto por el parapeto hasta la garita de enmedio: pegada esta al muro interior se abria

por fuera, y daba la espalda al patio; pero en la parte superior tenía una tronera que permitía al centinela ver su interior y los dos edificios de que hemos hecho mención. Entró Escilio en ella esperando que alguno saldría al balcón de la sala y que podría dar el grito de alarma.

Tenía entonces, a un lado los horribles preparativos de la traición, y á otro la imprevisión mas completa. Sobre la plataforma de la escalera principal, en la misma puerta de la sala, un grupo apretado, siniestro, silencioso, de feroces semblantes, brazos desnudos apoyados en los cañones de los trabucos, fusiles y carabinas; manos inmóviles que apretaban en los cintos agudos puñales y navajas de desmesurado tamaño, ó culatas de las pistolas, entre ellos mezcladas armas de todas clases, sables, hachas, hoces, barras de hierro.... y todo ello dispuesto á caer sobre los infelices oficiales, aguardando la señal convenida, del último suspiro de los soldados, ahogados por aquella masa ébria de sangre y enardecida con la que acababa de derramar.... Allá por aquel balcón abierto se oían ruidos, conversaciones y risas alegres, brindis y canciones báquicas que se unían al relincho de los caballos atados todavía en el patio, y cuya impaciencia nadie podía contener, porque ese mismo patio poco hace tan animado, se hallaba ahora enteramente desierto. Los soldados que habían obedecido la consigna y permanecido en sus puestos, dormían del mismo sueño que los centinelas, los demás habían desaparecido... La casualidad, favoreciendo el plan de los paisanos, era contraria á los ardientes deseos del capitán: nadie se asomaba al balcón. El tiempo urgía, y aunque apenas habían

pasado ocho minutos desde que Emilio y Antonia habian salido de la sala, cada segundo era un siglo para el baron en la horrible posicion que se encontraba.

Por fin vió asomarse al balcón á un oficial. Precisamente era el capitán Mauvert, su amigo. Su risueño y animado semblante, su marcha poco segura, auunciaban que necesitaba refrescar su cabeza, y que no se hallaba en estado de conocer la novedad que se observaba en el patio.

Efectivamente, sus turbados ojos tan solo distinguieron los caballos, porque sin volverse, dijo riéndose:

—Hola! hola! señores; habrá que arrestar algunos soldados, porque segun las muestras, no son pocos los que han ido á almorzar con las muchachas de la poblacion.

Nadie oyó su voz de cuantos se hallaban en la sala; poco le importaba eso á Fernando, pero mirando por casualidad enfrente, vió á Emilio que se deshacia haciéndole señas desesperadas, y cuya espantada cara se descubria metida en la tronera de la garita. Al pobre Fernando se le figuró que le hacia momos, y volviendose á los de adentro les gritó desafortadamente:

—Mirad, mirad á Emilio de centinela en una garita: señores vengan ustedes á ver el desertor que nos está haciendo visajes por la tronera.

No pudo contenerse el baron por mas tiempo; lo olvidó todo y era el lance demasiado horroroso para aguantar mas, así es que con toda la fuerza de sus pulmones, exclamó:

—Defendeos, defendeos!.... la pequeña es-

calera está libre, todos nuestros soldados se han!....

No pudo concluir; un tiro que le dirigieron, dió en una piedra á la altura de su cabeza, el ruido apagó su voz, y el polvo y tierra que se desprendió delante de sus ojos, no le permitió ver el efecto que habian producido sus palabras. La bala salió de la plataforma que cubria la sala, y pegó á tres pulgadas de su frente, haciéndole conocer que tambien estaba tomada la escalera pequeña. Ya recordará el lector que esa era la única comunicacion de la sala con el terrado.

El tiro fué la señal de degüello: Quando Emilio, á quien el instinto de la propia conservacion habia hecho poner á cubierto, volvió á mirar lo que pasaba, vió la reja abierta y varios grupos armados que se esparcian por el patio. El balcon cerrado, y un profundo silencio reinaba en la sala. Los desgraciados oficiales se hallaban rodeados por todas partes; no habia recurso humano de salvacion para ellos.

Siguió Emilio con una ansiedad terrible los primeros detalles de la inevitable catástrofe; fuera de sí, erizados los cabellos, cubierto de un sudor frio, aguardaba la primera demostracion de sus amigos, y no pensaba en otro que en el modo de introducirse en la sala para defenderlos y morir con ellos.

El grupo que habia en la plataforma principiò el ataque. Cayó muy pronto la puerta principal hecha pedazos con los maderos, hachas y barras de hierro, y en el acto veinte trabucos dirigieron sus bocas al interior de frente, mientras por los dos lados varias hileras de puñales y sables

enarbolados estaban dispuestos para despedazar al que se atreviese à salir.

¿Qué era lo que pasaba en aquel sepulcro? Esta idea estremecía al baron. Todos vivian entonces, honos de juventud, de valor, de esperanza, y dentro de pocos momentos, todas aquellas vidas, glorias y porvenir, iban à caer envueltas en sangre y escombros, juntas, pero lejos de su pais, sin defensa, sin auxilios!.... ¿qué pasaba en aquella sala aislada, rodeada y sin medio alguno para guarecerse de los puñales asesinos? ¿qué se decian unos à otros sus infelices compañeros en aquel instante supremo? Absorto Emilio en estos horrorosos pensamientos, solo volvió en si al oir dos gritos fuertes, unisonos, que retumbaron en la bóveda de la sala.

—Viva el Emperador, viva la Francia!...

—Muera!.... Contestaron mas de cuatro mil voces à un tiempo desde afuera.

Y una descarga general de todas las armas de fuego que habia frente à la puerta, completò la respuesta. Sin duda fué porque las victimas habian querido al mismo tiempo lanzarse fuera de la sala, pero Emilio no los vió pasar la entrada fatal que se cubrió de una nube de humo. Uno solo saltó como vomitado por el turbion de fuego, furibundo, terrible, sable en mano y cabeza descubierta. Hizo retirarse à las primeras filas, y cada vez que descargaba el brazo, un hombre dejaba de existir; pero no podia durar mucho tiempo lucha tan desigual, poco tardó en verlo el baron caer atravesado con veinte puñaladas, y luego arrastrado por los pies y tirado al patio, donde fué recibido en las pun-

tas de los asadores y bayonetas, y pisoteado y hecho trozos por el populacho. Era el valiente teniente que tanto gustaba de las cargas de caballería.

Disipado el humo, se oyeron durante pocos momentos algunos tiros aislados dentro de la sala, lo cual dió á conocer á Emilio que quedaba ya poco que hacer al pueblo para completar su venganza.

No pudo el baron sufrir por mas tiempo este espectáculo. Se lanza fuera de la garita, pasa al parapeto, y quiere saltar al patio, arrancar el arma á uno de los asesinos, rodearse de cadáveres y morir sobre ellos..... Pero lo detiene con fuerza una mano; vuélvese, y ve á una muger arrodillada junto á él, una muger que habia olvidado, Antonia, en fin, que lo habia seguido y ocultádose á su lado; que trastornada y casi moribunda, le dijo con acento desesperado.

—Emilio, sálveme usted!.. juro que si se queda usted aquí, me quedo yo tambien y pereceremos juntos.

Vuelve en sí el baron al oír una voz tan grata á su corazón. Las palabras de Antonia le devuelven la esperanza y lo recuerdan un deber. Duda, sin embargo, y lucha unos instantes entre este deber y los generosos impulsos de su pecho, pero al fin, la criolla venció.

—Levántese usted, señora, le dijo, y guíeme usted si conoce alguna salida.

—Oh! venga usted, venga usted entonces... pero agáchese usted que pueden verlo.

Volviéron atrás hasta la escalerita construida en el muro.

Antonia guiaba al capitán y no se detuvo hasta llegar á la última grada. En un rinconcito oscuro y debajo de los últimos escalones, una trampa ignorada de los habitantes de la ciudadela dejaba ver la continuacion subterránea de la escalera. Siguieron bajando por ella despues de haber levantado la trampa, y se dejó guiar Emilio maquinalmente, pues creia hallarse soñando: su hermosa conductora se paró cuando hubieron bajado unas treinta gradas mas: se hallaban en una completa oscuridad.

—Estais ahí? dijo en voz baja.

—Si señora, contestaron junto á ellos del mismo modo.

Vieron entonces luz por una puerta baja que se habia entreabierto á nivel del mismo foso. Emilio salió detras de Antonia. Un hombre, sencillo pero noblemente vestido, se hallaba detras de la puerta, que cerró inmediatamente: era Tahiba.

Apenas lo vió el desgraciado capitán, sintió despedazarse su corazón, y no siendo ya dueño del dolor que le abrumaba, se echó en los brazos del caribe llorando como un niño, y apoyando su abatido frente en el hombro de Tahiba; exclamó sollozando.

—Y mis pobres compañeros?...

No halló el anciano contestacion que dar á tan noble dolor. Levantó los ojos al cielo, abrazó al joven capitán, y aguardó silencioso á que se calmase un poco aquel desahogo involuntario.

Pasados unos momentos, y haciendo un grande esfuerzo, se levantó Emilio algo mas tranquilo, pero sumamente abatido; trastornado el semblante, la cabeza baja, sostenido de Tahiba,

y apoyado por el otro con el brazo de la joven americana que lo cuidaba con muda y tierna compasion, caminò penosamente sin cuidar de preguntar adónde lo conducian.

CAPITULO IX.

Aclaraciones.

Pasaron dos dias despues del trágico suceso que hemos referido, antes que pudiese el baron de Gurgi lograr la coordinacion de sus ideas. Al salir de la ciudadela anduvieron hasta el cercano bosque donde los aguardaba un carruaje. Subió, se sentó y se dejó llevar á tres ó cuatro leguas de la ciudad maldita, sin queja, sin abatimiento, pero sin poner cuidado alguno en las personas ni en las cosas que le rodeaban, no pronunció una palabra ni levantó los ojos; su corazon decidido, pero sumido el pensamiento en un horroroso ensueño.

Cuando se despertó no fué en la cama, no: habia obrado durante aquellos dos dias en todas las acciones ordinarias de la vida, lo mismo que los

demas. No despertó de un sueño físico, sino del sueño de una enajenación moral que había sojuzgado su espíritu durante esos dos días.

Era una hermosísima tarde de otoño, de esas tardes que solo se disfrutaban en la bellísima Andalucía. Hallábase sentado en un terrado rodeado de un balaustrado de mármol blanco, desde el cual se veía el Guadalquivir, y aunque lejanas, distinguíanse también las montañas de Granada. Este terrado y los jardines que le rodeaban, sitos en las márgenes del río, pertenecían á un magnífico palacio, cuya columnata doraba el sol con sus ponientes rayos. ¿Sería el aspecto encantador de aquel panorama delicioso, la apacible tranquilidad de la tarde, la voluptuosidad de los perfumados ambientes, la hermosura del cielo y los alegres cantos de los pajarillos, lo que le volvía á la vida? O mas bien fué la voz de Antonia, que sentada á su lado frente al caribe, decía á este mirando con ternura á Emilio:

—Los franceses, padre mio, acaban de ganar la batalla de Almonacid. Dentro de pocos días volverán á ocupar á Sierra-Morena. No tenemos pues tiempo que perder.

—Es decir, contestó Tahiba con su voz siempre grave, lenta y armoniosa, que insiste usted en!....

—Lo que una vez he dicho y resuelto, replicó la jóven con orgullo é impaciencia, lo sostengo siempre.

—Como usted guste, hija mia! El caribe es paciente: aguardará!....

—Señor Tahiba!... dijo la criolla encolerizada... y hubiese continuado marcando su disgusto, si en aquel momento, despertándose Emilio,

segun hemos dicho, y hablando por primera vez despues del horroroso suceso, no hubiese esclamado:

—Asesinados todos!... Allí estaban, Mallars, fuerte y valeroso! D'Elfond, que entraba á la carga sin bajar la vista! Berbilier, tan leal y hermoso! Jacquemin, tan alegre! El indiferente Ruggiero! Saint Liger, á quien está esperando su prometida! Y Fernando!... Oh! pobre y valiente Fernando!....

Un torrente de lágrimas salió de sus ojos y desahogó su oprimido corazon.

—Ya vuelve en sí, dijo Tabiba, hable usted, hija mia...

Conmovida Antonia, se levantó derramando lágrimas y se acercó al desgraciado jóven. Pero en el momento de irle á hablar, dejandose llevar del tierno movimiento que la impulsaba, el orgullo se apoderó de su corazon, inspiró su gesto y contuvo la emocion de su voz. Pegó un golpecito en las charreteras del capitán, y se contentó con decirle;

—Vamos, vamos, baron de Gurgi, valor; sea usted hombre, cristiano y guerrero.

Emitio se levantó al oírlo: sus lágrimas se enjugaron; volviéronse tranquilas y nobles sus miradas, y contuvo el último de sus suspiros.

—Pero, señora, dijo, usted que me ha salvado y que solo á mi ha libertado de esa atroz traicion, ¿no podia haber acudido antes?

—No señor. ¿No recuerda usted, baron, que en el campo de batalla de Almará, sobre el terreno donde se verificó aquel extraño duelo de que nos tiene usted hecha relacion, un hombre... Solarez, juró por el infierno volver á recobrar su espada?

—Ah! sí, sin duda se escapó y me ha seguido, no es verdad?... me lo tenía y lo presagiaba mi leal corazón.

—Ha seguido á usted hasta aquí, sí señor.... y tambien nosotros; mas él se ocultaba, y nosotros nos dábamos á ver de todo el mundo. Incógnito y disfrazado, nadie le ha visto, y solo antes de amanecer el día triste cuyo recuerdo tanto nos atormenta, me envió un billete concebido en estos términos: «Dentro de dos horas, sin que nadie lo estorbe, poseerá Solarez la espada.» Como estábamos enterados del sitio donde usted se hallaba, hemos acudido, y ya era tiempo: un cuarto de hora mas tarde, perdíamos para siempre á nuestro amigo.

Y viendo que preocupado Emilio con sus tristes pensamientos nada le contestaba, dijo:

—Señor baron, gusta usted darme el brazo? volveremos al palacio, porque tenemos que comunicar á usted cosas de suma importancia.

Obedeció Emilio sin hablar, y entraron en las habitaciones.

Como si fuese la vez primera que se hallase en ellas, observó el capitán los ricos y elegantes muebles que las adornaban, y admirado, recorría con la vista cuanto le rodeaba. Lo notó Antonia, y le dijo con amable sonrisa:

—Emilio, tambien aquí está usted en su casa, como en Santo Domingo, solo que esta es algo mas hermosa, y está adornada con mayor lujo.

—¡Mas hermosa, no!..... dijo tristemente el baron.

Llegaron á un salon desde cuyos balcones se disfrutaba de la misma deliciosa vista que

del terrado, sentáronse, y Tahiba tomó la palabra.

—Señor capitán, le dijo, ¿se siente usted con fuerzas bastantes para marcharse al momento?

—Marcharme!... contestó admirado.

—Si señor, y marcharse usted como proscrito, como fugitivo, ocultándose de día y caminando solo de noche.

—Pero qué razón hay?... qué nuevo peligro amenaza?

—Dentro de tres días el ejército francés habrá pasado la sierra: antes de quince se habrá apoderado de Córdoba, y al siguiente ya estará aquí....

—Y no sería lo mejor esperar su venida?...

—Para usted sí, pero no quizás para nosotros.

—Pues qué, también ustedes piensan marcharse?.....

—Si señor, y al mismo tiempo ó pocas horas despues que usted.

—Y van ustedes á dejar abandonado este palacio, esta hermosísima hacienda!...

—Los franceses no devastan el país si no encuentran resistencia, y además, si huimos es con razón, porque no nos acomoda la ocupacion militar.

—Efectivamente, ya han experimentado ustedes sus consecuencias; pero yo puedo permanecer aquí, supuesto debemos separarnos, y cuando llegue el ejército, me incorporaré en él y me veré salvo.

Miró Tahiba á la jóven, que le contestó con un movimiento de impaciencia.

—Y Solarez, Emilio? dijo Antonia.

—Cierto, repuso Tahiba; no recuerda el señor baron que siendo Solarez, aunque invisible, el autor de la horrible catástrofe del dia pasado, y no habiendo impelido á los haditantes de L** á cometer ese crimen por otra causa que el juramento que todos conocemos, buscará con afan lo que no habrá encontrado entre aquella sangre derramada á traicion?

—Si, si, la espada!... dijo Emilio mirando á Antonia.

—Y que antes de la llegada del ejército francés pudiera suceder que...

—Entiendo á usted, señor Tahiba, replicó el capitan llevando su mano al puño de la espada; estoy dispuesto á marchar; y... á conservarla á todo trance, añadió mirando á Antonia.

—Conservarla! dijo esta levantándose inadvertidamente con espontáneo movimiento.

Mas luego volviéndose á sentar, continuó titubeando:

—En nombre del cielo, señor caribe, hable usted, digaselo usted todo!..

—Bien está, contestó este; señor capitan, no puede usted, no debe usted guardar esa espada.

—Por qué no? exclamó atónito Emilio.

—A menos que lo exija usted absolutamente... replicó Tahiba; pero antes suplico me escucheis. Debe usted partir ahora mismo y secretamente para Cadiz. Toda la Andalucia está insurreccionada, y los ejércitos franceses se hayan hoy mas allá de Badajoz, de Sierra Morena y del Júcar. No es pues como oficial francés como debe usted viajar.

—Cómo pues? preguntó Emilio.

El caribe se volvió, y le enseñó tendido en el sofá un uniforme de capitán inglés.

—Un uniforme enemigo! dijo el baron desviando la cabeza con desprecio.

—Mucho ha variado usted de ideas desde que ha pasado los Pirineos, replicó con severidad Tahiba; si no ha llevado usted ese uniforme, ha combatido al menos en las filas de los que lo usan.

—Lo hemos preferido, dijo Antonia bajando los ojos, en memoria de sir Ricardo Walton.

Conmovido Emilio, la dió gracias con una mirada que era ya un consentimiento.

—Así pues, repitió Tahiba, el señor baron se conforma, y va á quedarse solo para vestir este uniforme; tomará estas armas y...

—Pero no necesito la espada, pues tengo la mia, dijo bruscamente Emilio.

—Ahora toca á usted hablar, hija mia.

—Emilio, dijo la hermosa Antonia con ternura, usted marcha esta noche, y nosotros partiremos para Niza, en donde esperaremos. Fácil será á usted, merced á su nuevo uniforme, embarcarse en Cádiz en algun buque neutral que pueda tocar en las costas de Provenza; de este modo nos volveremos á ver antes de quince dias.... pero hasta entonces...

—Que? preguntó con ansiedad.

—Como pudiera suceder que cayese usted prisionero, y le quitasen á la fuerza lo que suplicamos á usted nos deje de buena voluntad...

—Eso mas!... dijo Emilio bajando la cabeza; qué extraño misterio!... Pero no sabe usted, Antonia, que le jurado no separarme nunca de ella?.....

—Usted sí, pero no será el baron de Gurgel el que llevará ese uniforme; se llamará sir Lionel Bridge. Además, añadió con energía, ¿no es mejor depositarla por algunos dias en manos amigas y seguras que se la devolverán á usted, que perderla ó tenerla quizas que entregar á?...

Emilio cedió; se desciñó la espada, y entregándosela á Antonia:

—A usted la entrego, señorita, dijo con una espresiva mirada, pero á usted sola, y hasta el dia en que pueda pedirla sin temor á perderla en alguna emboscada ó por traicion.

Antonia se apoderó enternecida de la espada del marques de Roverdá: su accion y la espresion tan noble de su fisonomia conmovieron á Emilio; pero el recuerdo de cuanto habia padecido su corazon, volvió á apoderarse de él.

—Y ahora, señorita, ahora, Antonia, que lo he perdido todo, hasta el derecho de poder decir que he cumplido mi juramento, ya no me queda mas que usted, exclamó echándose á sus pies..... perdóneme usted, Antonia; perdone usted á un desventurado que no puede contener por mas tiempo la voz de su corazon: hace ya mucho tiempo que este corazon es de usted; hoy se hallan mi vida y mi honor en sus manos, prométame usted pues, que la volveré á ver en Niza.

Es seguro que si Tahiba no se hubiera hallado presente, otra fuera la respuesta de Antonia; pero de cuán poco penden los mas graves destinos! Desde Santo Domingo tenian cierta especie de guerra la criolla y el caribe, guerra cuyo objeto es fácil conocer y en la que Antonia creia no ha-

ber sido vencida hasta entonces, su orgullo se lo hacia presumir así. Por ello tan solo respondió al capitán las siguientes palabras, si bien con tierna voz y profundamente conmovida:

—Emilio, nos volveremos á ver en Niza!

—Por supuesto que solo para el negocio de la espada, dijo con malicia Tahiba, poniendo el dedo indice sobre su nariz aguileña.

—Por Dios, Antonia, replicó Emilio levantándose, hable usted; dígame usted qué es lo que debo creer!...

—Pues bien, amigo mio, ya que es preciso no tener reserva alguna con usted, le diré que esta espada es... la de mi padre.

—La espada de su padre de usted? y es esa la sola causa?

—¡La única! dijo la española con gesto altanero.

—Siendo esa la sola causa que se la hacia á usted desear, contestó Emilio un poco resentido, ¿por qué no me lo dijo usted en Santo Domingo?

—No podia decirlo antes de tenerla en mis manos, y creí señor baron, que un francés, y francés de noble cuna, debia adivinar los miramientos que contienen y deben contener á las mugeres. Además, añadió con voz más dulce, ¿no habia usted jurado defenderla? ¿no es siempre de usted? ¿y duda Emilio que se la devolveré cuando pueda de nuevo llevarla y servirse de ella, para castigar al asesino de mi padre?

—Para vengar á vuestro padre, Antonia! dijo Emilio.

—Sí, Solarez fué el asesino del viejo marqués de Roverdá, repuso con calma Tahiba sen-

tándose en una poltrona. Si la señorita permite, contaré al señor baron!...

—Si, amigo mio, lo deseo, y ya es tiempo, dijo la jóven sentándose tambien.

Y el caribe relacionó brevemente al capitán la historia de la trágica muerte del marqués.

Concluida que fué, dijo Emilio.

—Conque eso misterio de que hablaba Solarez, es?...

—Un tesoro, contestó Tabiba; una mina de oro ó de diamantes: ¿quién sabe? en fin: alguna cosa parecida cuya indicacion existe en un sitio secreto de esa espada. del cual yo solo tengo conocimiento.

—Adios, señora! replicó Emilio con voz severa y levantándose; ignoraba que retenia en mi poder parte de la herencia de usted!...

Antonia, siguiendo el impulso de su corazon, tambien se levantó: lágrimas afectuosas caian de sus ojos; el rubor sonroseaba su dulce semblante, iba á hablar!... pero estaba delante el impassible caribe, y no hacia movimiento para salir!... no se atrevió, y el adios de España fué poco mas ó menos igual al de América. La hermosa jóven salió del salon presurosa diciendo con voz conmovida y mirando al baron con ternura.

—Adios Emilio, hasta dentro de quince dias en Niza.

—Si, sí, capitán, dijo Tabiba siguiendo á su pupila y despidiéndose apretando con cariño la mano de Emilio, vaya usted á Niza, y esta vez, añadió con su sonrisa maliciosa, bien puede usted tener buena esperanza.

CAPITULO X.

La fuga.

El caballo que montaba el baron de Curji, era el de un oficial inglés gravemente herido en la batalla de Talavera, y que murió en el palacio de Roverdá á resulta de una recaída. En su equipage se hallaban los papeles y la licencia de ese oficial, cuya filiacion cuadraba bastante bien á Emilio, quien hablaba el inglés con tanta pureza como su idioma natal. Estas circunstancias y el disgusto conque la soportaba la vida en aquel momento, no dejaban duda de que llenaria exactamente las instrucciones que se le habian dado para el viage, de cuyo éxito respondia su natural serenidad.

Pronto llegó al término de sus nocturnas etapas. Una hermosa mañana fué cuando dejando Puerto Real á la izquierda, vio de lejos al ama-

necer los reductos del Trocadero y las murallas de Matagorda; mas allá, en un horizonte claro, inmenso, se extendian las dos bahias llenas de velas, de mastiles y de fuertes: aqui Santa Catalina, Chiclana, San Sebastian; allá Matagorda, Luis, Puntales, y en medio de ellos sobre un promontorio de 60 piés, suspendida en los precipicios, con su caprichoso circulo de bastiones, sus hermosos edificios y magnífica catedral, descollaba en vaporesos perfiles, la hija de los fenicios, la antigua y orgullosa Gades....

A medida que se aproximaba á aquella ciudad, la primera entonces, y la última tambien del reyno de Sevilla, Emilio, con secreto criterio, apreciaba mejor la nacionalidad, las instituciones y el carácter del pueblo español, á quien creia odiar.

Por mas orgulloso y entusiasmado que estuviese de su país, no pudo menos de hacer comparaciones y confesar que la España encerrada en sus sierras, llevaba un periodo de gloria de otra naturaleza, mas difícil y mas oscura si se quiere que la de la Francia, pero por lo mismo mas heroica, y que no eran capaces de llevar á cabo las demas naciones.

Cadiz era entonces la verdadera capital de España. La junta central, cuyas fundaciones quedaron casi enteramente paralizadas, por la invasion de los ejércitos franceses que se iban apoderando del centro de Andalucía, habia dimitido su cargo y devuelto sus poderes á la nacion. Al verificarlo decretó la convocatoria á Cortes generales en Cadiz, único punto de la Peninsula donde no hubiese penetrado la bandera tricolor. Cuando llegó á la ciudad el héroe de nuestra historia, se verificaban las elecciones por todas

partes, aunque lentamente y en medio de las mayores dificultades, con paciencia, determinacion y buen éxito. Reinaba en toda la poblacion un movimiento y una efervescencia muy favorables al proyecto del fugitivo. Por un lado se preparaban para sostener un ataque que preveian próximo; por otro se organizaba aquella Asamblea constituyente, destinada á principiar sus deliberaciones en medio de un sitio memorable, seguir las durante dos años al ruido de las bombas y granadas, y terminarl as con la espulsion de los ejércitos franceses, saliendo de aquella plaza con un plan de campaña para la guerra, y una constitucion para la paz. ¡Admirable rasgo de heroismo y de nacionalidad! ¡Obra generosa revestida de alto carácter, muy digna por su maravilloso origen de imponer al pueblo tarde ó temprano el respeto y la obediencia, pero que debia sufrir seis años de proserpcion antes de desplegarse de nuevo en 1820 y en el mismo Cadiz en las manos de Riego y de Quiroga!

Llegó Emilio sobre el medio dia, al inmenso puente de setecientos pies de ancho que une la isla de Leon al Continente. Se presentó en las puertas con confianza. Los ingleses eran muy bien quistos en Cádiz, y el capitán que representaba su papel á las mil maravillas, ademas de los documentos que aseguraban suficientemente la identidad de su persona, demostró una desicion á toda prueba en favor de la causa nacional, y aseguró que á pesar de su herida y de su licencia se consideraria dichoso si le permitian quedarse en la plaza, y contribuir á su defensa, fué pues recibido sin sospecha, y con toda clase de miramientos.

Sin embargo, no las tenia todas consigo. Po-

dia muy bien encontrarse entre los muchos oficiales del ejército de tierra ó de la marina inglesa que habia en Cádiz, alguno que conociese á sir Lionel Bridge, y no solo descubrirlo todo, sino hacer encerrar al baron en los calabozos donde se encontraban los prisioneros franceses que de todos los puntos de la península enviaban á Cádiz. Así es que desde su llegada y sin buscar posada, tomó el camino del Puerto y recorrió con la vista los buques de guerra que surgian en la bahía. Entre las banderas de todos colores que ondeaban en la rada, le admiró ver una tricolor puesta en el palo mayor de un bergantín de casco largo, bajo y oscuro, anclado debajo los fuegos de las baterías del fuerte de San Sebastian. No dando crédito á sus ojos y suponiendo que la distancia que lo separaba del buque causaba su ilusion, se dirigió al primer marinero que pasó á su lado:

—Digame usted, amigo, qué bandera es aquella?...

—Cuál, caballero? la bandera tricolor?

—Sí; pero cómo es eso?... bandera tricolor aquí?

—Ah! ya se conoce que el caballero oficial no está al corriente... Esa bandera es la del «Francés.»

—Del «Francés?»...

—Si señor; ese es el nombre del bergantín que usted me señala.

—Pero y su bandera?...

—Su bandera?... su bandera es la de un corsario, y ya sabe usted que esa gente las tiene de toda clase, colores y hechuras; pero el «Francés» casi siempre iza la tricolor, porque toda su tirria la tiene con los franceses,

y solo ataca á los buques de aquella nacion.

—Y por qué es eso?

—No lo sé; pero parece que el capitan Black solo es cruel con los gabachos.

—Ah! ah! dijo pensativo Emilio; he aqui lo que me conviene: de buena gana haria conocimiento con el capitan de ese buque.

—Si su señoria gusta, replicó alegre el marinero, le conduciré abordo del «Francés.»

—Corriente, dijo Emilio; arrima el bote, y pon mi caballo al abrigo: si me arreglo con el corsario te lo doy, porque me habrás hecho un servicio muy señalado.

—Proporcionando á vuesa señoria medios de hacer mal á los franceses, no es verdad? Juro por Santa Maria del Puerto, que su señoria es un buen inglés! .. No tardaremos mucho en llegar.

Efectivamente, despues de las formalidades necesarias para el embarque y pasados pocos momentos, llegaba el bote al bergantin. Al subir al puente observó que todo se hallaba corriente para hacerse á la vela; todos los marineros estaban en sus puestos, unos en los cabrestantes para levar áncoras, otros en las vergas aparejando, y los artilleros junto á los cañones de proa, mecha encendida para saludar á los fuertes. Derecho sobre el banco de cuarto y el portavoz en mano, estaba el comandante del buque corsario: no se movió viendo subir tan sin ceremonia al capitan, pero le miraba atentamente acercarse. Se presentó Emilio resueltamente, sin embargo de que el aspecto de aquel personaje era propio para hacerle dudar: lo saludó á la inglesa y le dijo:

—Partis, comandante?

Una señal afirmativa fué la única respuesta que recibió.

Era una especie de marino muy particular el capitán Black. Figúrese el lector un hombre alto, delgado, cuyo traje no tenía relación alguna con su profesión, y que más que comandante parecía un empleado de la aduana inglesa trasplantado desde su oficina al buque armado en corso. Una levita azul oscuro abotonada hasta el cuello, un cinturón negro de cuero, pendientes de él dos pistolas, y un puñal, y botas hasta las rodillas, hé aquí el uniforme del capitán corsario. Su único distintivo era la bocina que tenía bajo su brazo: el sombrero tricornio estaba á su lado, y su cabeza calva tan solo tenía dos mechones de cabellos grises que daban á su fisonomía un aspecto sorprendente de autoridad. Lo único que parecía vivir en él, eran sus ojos; por lo demás todo su porte era comun, y aunque su exterior presentaba un tipo original, y su aspecto causaba un estremecimiento involuntario, se conocía luego que aquella apariencia accidental, mas bien procedía de causas escepcionales que de una naturaleza superior, ni de una maldad nata en su corazón.

—Regresa usted á Inglaterra? preguntó de nuevo el barón.

—Segun! contestó lacònicamente el corsario.

—Entiendo!... No va usted directamente?

—No!...

—Y ea el camino, piensa usted hacer alguna expedición por las costas de Francia, ó sobre algun buque francés?

—Por lo comun asi sucede, mas hoy ya es otra cosa.

—Lleva usted alguna comision de la re-
gencia?

—Sí, contestó el inglés mirando fijamente al
baron.

—Comandante, dijo Emilio, deseo embarcar-
me en este buque, siempre que en ello no haya
inconveniente: la ruta que lleva usted está en
conformidad con mis intenciones, y....

—Quién es usted, caballero? preguntó Black.

—Sir Lionel Bridge, natural de Hentloy en
el Berkshiro, oficial de S. M. británica, herido en
la batalla de Talavera y con licencia temporal.
Sírvese usted tomar conocimiento de estos pa-
peles.

Esperò Emilio con ansiedad mientras el
corsario examinaba minuciosamente sus pasa-
portes.

—¡Ah! ¡ah! Está usted herido, ¿y herido
por los franceses? le dijo devolviéndole los pa-
peles.

—Por los franceses, si señor, exclamó Emi-
lio aliviado de la zozobra que le abrumaba, pe-
ro bien me lo han pagado, y me lo pagarán
mas todavía en la primera ocasion que se pre-
sente.

—Bien! muy bien! dijo Black, cuya fisonomía
se puso risueña apenas oyó las últimas palabras
del baron.

—Todavía tengo el brazo bastante fuerte, con-
tinuó este; y aunque con licencia, no he querido
perder la buena ocasion que se me presenta de
dar algunos sablazos á los enemigos de la Europa.

—Bien! muy bien! repitió el corsario dando la
mano á Emilio.

Y sin añadir una palabra mas hizo la señal al
contramaestre; que aguardaba sus órdenes. Sonó
el silvido de marcha, crujieron los cabrestantes,
se hincharon las velas, dos cañonazos anunciaron la
salida del bergantín, y Emilio se encontró muy
pronto en alta mar.

CAPITULO XI.

A bordo.

Dobló el corsario la punta de San Sebastian, y puso la proa al estrecho de Gibraltar, que atravesó felizmente aquella misma noche.

A la mañana siguiente, al subir Emilio á cubierta, tuvo la satisfaccion de ver desaparecer á su izquierda las costas de Málaga. Calculó que el bergantín navegaba hácia Francia, y hasta le pareció que en direccion á Niza, punto á donde le llevaba su anhelo.

Estaba sumergido en profundas reflexiones sobre los acontecimientos últimos, cuando sintió que le tocaban en el hombro, y volviendose vió el austero y flemático semblante del comandante Black.

—Buenos dias, sir Lionel, le dijo en su
T. 1.º

tono lacónico habitual. En que está usted pensando?

—Pienso, comandante, en que tomamos el rumbo opuesto á Bristol.

—Y no le acomoda á usted eso, verdad?

—Antes al contrario, porque veo que vamos de frente al país enemigo, y que no podemos menos de dar caza á algun buque francés.

—Tiene usted razon, dijo el corsario; pero por qué odia usted tanto á los franceses?

—Cómo por qué los odio?... Porque soy inglés.

—Y no hay otro motivo?

—Pues qué no es bastante? no lo cree usted así?

—Bien! muy bien! dijo Black volviéndo á su fórmula favorita; odio nacional!... pero si se llegase á firmar la paz, tardaria usted muy poco en ir á Paris, frecuentar sus reuniones, concurrir á sus teatros!... y así debe ser...

—Sin duda que sí, comandante; qué otra cosa puede uno hacer en tiempo de paz?... No está bien matar las gentes fuera del campo de batalla.

—Sí, sí; buen soldado: buen inglés! mereco usted todo mi aprecio, sir Bridge.

Y el comandante corsario apretó cordialmente la mano del supuesto gentleman.

—No es usted acaso de mi misma opinion en este punto, mister Black? dijo Emilio con toda intencion.

—No del todo, contes'ò el comandante.

—Habrán hecho á usted los franceses alguna injuria particular?

—Tampoco: aquel dia hicieron conmigo lo

que con todos, fueron lo que siempre son los soldados de todas las naciones... Pero yo no soy como los demás.

—Aquel día, dice usted...? qué día?

—El de la toma y saqueo de Oporto. Yo me hallaba domiciliado en aquella ciudad con mi esposa y mi madre: estaba recién casado. La casa que habitábamos era de tres pisos y un entre-suelo.... en este tenía mi despacho, en el primer piso mis almacenes, en el segundo la habitación de mi madre, en el tercero la mía.... Furiosos y exasperados los soldados por la resistencia que se les hizo, entraron en mi casa: los esperaba solo y en mi despacho; las mugeres se habían encerrado en sus cuartos. Abri mi caja, mis bodegas, mi almacenes, y entregué de buena gana cuanto poseía, á fin de libertad lo que tenía arriba. A pesar de eso quisieron subir, estaban borrachos: tiraron la puerta de la habitación de mi madre: quise oponerme, y me ataron al balaustrado de la escalera; al hacer esto fui un loco, porque no calculé que nada podían hacer á una muger de ochenta años. Cuando la vieron se quedaron corridos, y la mayor parte de ellos salió y subió tumultuosamente á mi habitación. Los que quedaron quisieron divertirse!.. tomaron á mi pobre madre que se debatía y temblaba, pero sin quejarse, y la tiraron por el balcón á la calle...

—Qué horror!... exclamó Emilio.

—Bien! muy bien! continuó Black; cuando todos abandonaron la casa dejándome atado, vi bajar á mi esposa.... estaba sumamente pálida, y me dijo:

—Mátame, Black!... voy á desatarte si me juras darme la muerte!...

—No tenia fuerza para pronunciar una palabra! estaba loco!... sin embargo, le hice un signo negativo.

—Pues entonces, véngame! exclamó.

—Y corriendo al balcon, todavia abierto, se tiró, y quedó muerta en las piedras junto al cadáver de mi madre!...

Aterrado Emilio calló. ¡Cuán terribles lecciones da la guerra!...

—Y desde entonces, prosiguió el corsario, apretando enérgicamente el brazo del baron, no he cesado de vengarlas, matando cuantos franceses he podido.

Estremecióse involuntariamente Emilio, le parecia que aquel hombre tomaba posesion de su persona; sin embargo, se repuso pronto, y siguiendo su papel dijo:

—¡Dios me perdone, comandante! no tenia motivo particular para odiaer á los franceses, pero la horrorosa catástrofe que acaba usted de relacionar, me da ganas de hacerle mal de otro modo que en una batalla.

—Quiere usted que le de ese gusto?

—Lo apreciaría mucho.

—Antes tiene usted que adivinar qué cargamento llevo en la cala.

—Regularmente serán fardos de muselina que va usted á desembarcar en las costas de Provenza. Si desembarcamos, si hay ocasiones de batirnos, riesgos que arrostrar y franceses que combatir en su propio pais, soy vuestro hombre.

—Bien! muy bien! se hará como lo desca usted, pero lo que llevo por lastre es algo mejor que eso.

—Pues entonces ya no puedo adivinar!

—No recuerda usted que al salir de Cádiz, dije que llevaba una misión de la regencia española?

—Efectivamente.

—Ve usted algo allá en el horizonte?

—No veo nada.

—Tome usted mi anteojo!.... ¿distingue usted ahora?

—Veo un grupo de montañas azuladas y puntiagudas.

—Pues bien; ahora con una palabra tan solo comprenderá usted perfectamente: lo que se ve allá es una isla, y esa isla, sir Lionel, se llama Cabrera,

—Cabrera! exclamó Emilio.

Con efecto, esa palabra sola bastó para que lo comprendiese todo, pero tuvo bastante serenidad para no inmutarse.

—Bravo, mi querido comandante, ya estoy, ya, le dijo: lo que tiene usted en la cala, son prisioneros franceses.

—¡Bien! ¡muy bien! Si señor, hay treinta. Esta tarde al poner del sol anclaremos en Cabrera y tendrá usted la diversion que le he ofrecido.

Pronto llegó el momento. Hacia rato que sumergido el baron en sus meditaciones y atormentado con lo que padecía, ni siquiera reparaba en el movimiento y marcha del buque, evitando volver los ojos hácia aquellas rocas que le causaban horror, cuando vió que pasaban bajo la sombra inmensa del pico mas elevado, y luego anclaron en un arrecife.

Entonces dirigió sus miradas á aquella tierra maldita.

—Siempre pensativo, caballero oficial, dijo el comandante; qué parecen a usted nuestras determinaciones?

—¡Magnificas! contestó con ironía el capitán.

—No es verdad?... Cuando llegan aquí, recuerdan que son hombres; pero cuando los hemos desembarcado, lo olvidamos nosotros.

—La idea no es mala, pero desearia ver desembarcar á esos infelices.

—Se ha retardado algo esa operacion por tener que botar la chalupa al agua, y tambien porque no ha concluido todavia el fraile.

—El fraile? exclamó Emilio atónito.

—Sin duda. Han hecho que los acompañe un reverendo encargado de darles la absolucion en los últimos momentos, pues debe usted suponer que en esta isla lo mismo se escasea á los prisioneros el alimento del cuerpo, que el del alma.

Se estremeció el baron, pero dijo en tono natural:

—No he visto todavia á ese digno religioso.

—Su obligacion hace que esté casi siempre á fondo de cala. Sin embargo, es justa la observacion de usted, sir Lionel. Ese fraile me es sospechoso. Cuando está desocupado, no sale de su camarote, y aun no le he visto levantada la capucha. Añada usted a eso que tengo orden de desembarcarlo en alguno de los puntos de la costa de Provenza, y creo, Dios me perdone, no solo que es un espia que va á Francia con comision del gobierno, sino que hasta trae encargo de vigilar mis operaciones durante la tra-

vesia; lo cual, añadió Black, es por cierto bien inútil.

—Cosa singular! dijo Emilio.

—Y por qué? preguntó el corsario con aire extraño. Pero ya abren la escotilla: quédese usted á mi lado, les pasaremos revista, y verá usted el personaje misterioso de que hablamos.

En efecto, y ya era tiempo de que Emilio reuniese todas sus fuerzas para la solemne prueba por que iba á pasar. No consistia todo el valor en dominarse: era preciso ademas que la casualidad no le diese á conocer á alguno de los que tan de cerca le verian; el temor era incierto, pero terrible, por las consecuencias infaustas que previa. La ansiedad de Emilio habia llegado á su colmo, y de cuantos lances criticos le habian ocurrido, este era sin disputa el mas terrible y en el que mas riesgo corria.

Salieron los prisioneros uno tras otro, lentamente, las manos sueltas y la cabeza baja; á medida que llegaban sobre cubierta, seguian al compañero que les precedia sin levantar los ojos, y bajaban á la chalupa cual sombras descendiendo al sepulcro. Su exterior causaba compasion: casi todos llevaban descubierta la cabeza, y la barba y bigotes desmesuradamente largos.

El clima de las islas Baleares es muy particular: aunque en otoño hacia mucho frio, y lo único que llevaban aquellos infelices era un pantalon y una camisa, hechos giras y llenos de fango; alguno que otro tenia un capote militar en malísimo estado; serian sin duda jefes de quienes se habian compadecido los soldados. Los habia heridos, que llevaban el brazo colgado de un pañuelo ó marchaban apoyados en un baston. Uno de ellos,

sin camisa y con las espaldas al aire, pies descalzos, temblaba de frío, y sus carnes estaban amoratadas.

Emilio, que hasta entonces había podido contener su emoción, no pudo ya ver con serenidad tal extremo de miseria, y quitándose la capa con un impulso que no le fué posible dominar, se la echó sobre los hombros, si bien al mismo tiempo tuvo la fuerza necesaria para decirle en inglés:

—Toma, perro francés.

El corsario le miró al pronto sorprendido, mas luego dijo entre dientes:

—Bien!... muy bien!... es un buen soldado... un buen inglés. En el campo le mataría, y aquí le da su capa... así debe ser.

Carácter particular era el del comandante Black. En nada se parecía á los demás, pero tenía el suficiente buen juicio para no pretender que los otros fuesen como él, y por ello no dió importancia alguna en el momento á aquel incidente, á pesar de su mucha penetración.

No así el soldado francés: miró un momento al que tan generosamente cubría su desnudez, y creyendo por su esterior, lenguaje y presencia en un buque enemigo, que era inglés, cogió la capa, la dobló, y tirándola orgulloso á los pies del barón.

—Aun no tengo bastante frío, le dijo, para cubrirme con la capa de un inglés.

Fue necesario todo el dominio que sobre sí tenía Emilio, y el pleno conocimiento del riesgo que corría para contenerse y no abrazar á aquel fanático diciéndole en su lengua natal; «Tómala, tómala que soy francés!...

Se oprimió en extremo, pero calló, y haciendo un solemne esfuerzo se volvió al comandante, y le dijo:

—Estas gentes son incorregibles. Hé aqui uno que esta noche perecerá de frio, pero ha hecho su gusto delante de sesenta personas, y morirá contento.

Black se sonrió, y el francés bajó á la chaluza, donde sus compañeros lo rodearon, apretándole las manos sin pronunciar una sola palabra, y uno de ellos se despojó de una mala manta de mulas que llevaba, para cubrir al heróico soldado que les habia proporcionado un momento de venganza y de triunfo nacional.

Ya no podia mas Emilio: su valor estaba al cabo: contaba angustioso las últimas victimas que pasaban por delante de él. Ya iba á concluir el fatal número! un momento mas y quedaba libre del atroz suplicio en que hacia rato se hallaba! Sus desgraciados compatriotas marcharian, y ya no tendria que hacer otra cosa que pensar en desembarcar en las costas de Provenza. Adios, tierra funesta que ha tocado apenas en su fuga; escollo que ha evitado, momentos de crisis y peligros, cuyo recuerdo conmoverá su corazon hasta en los años mas remotos de su vejez!....
Adios.

Al fin pareció el último de los prisioneros y respiró Gurgi con fuerza. Era un jóven vestido con un pantalon de caballeria, cuya gastada elegancia y galones que adornaban sus costuras, hacian un triste contraste con el estado actual de aquel harapo militar, lleno de barro, de polvo, de brea y sangre; agujereado en veinte puestos, atado á la cintura con una cuerda de esparto, y

á las piernas por las trenzaderas de unas sandalias, limosna sin duda de algun fraile mendicante. Una camisa fina, pero destrozada, una gorra de cuartel y una mala chaqueta, componian todo su traje: se adelantaba con los brazos cruzados, baja la cabeza, la frente cubierta por los cabellos, y la boca y barba oculta bajo unes enormes bigotes; pero apenas habia andado la mitad del trecho entre las dos filas de marineros, cuando Emilio se retirò dos pasos haciendo una exclamacion mal comprimida y fijando atónito en él su vista. El prisionero tambien se habia detenido; mas no dijo una palabra ni hizo gesto alguno, pero somñrio é inmóvil, consideraba al capitan con la serenidad de la virtud desgraciada.

Los dos se habian reconocido..... El prisionero era Fernando Mauver, que se salvó milagrosamente del asesinato de la ciudadela de L.**., pero que no pudo evitar los calabozos de Cádiz.

Emilio dudó, pero fué solo un momento, un instante!... ¡aun era tiempo!... su exclamacion habia llamado la atencion de la tripulacion del corsario, pero bien podia interpretarse como causada por el horror de aquella miseria, pero ni siquiera pensó en ello. Tantos sacrificios, tantos esfuerzos hechos, tantas apotiasias cometidas para salvarse!... el pais, la familia, la hermosa Antonia que lo estaba esperando!... todo lo olvida!... Se lanza al prisionero, lo estrecha una y mil veces en sus brazos, y volviéndose á la tripulacion admirada, le dice con orgullo:

—Soy francés! son mis hermanos!

—Desgraciado, le dijo Fernando, te has per-

oído: todo lo había adivinado; pero hubiera seguido guardando silencio.

Emilio no le contestó. Tomó su brazo, dirigió una mirada desdeñosa á los marineros que murmuraban contra él, y caminaron ambos hacia la chalupa. La severa fisonomía del religioso, espresó al pronto cuando vió á Emilio una profunda admiración; luego se echó este en los brazos de su amigo, la alegría reemplazó aquel afecto; mas al examinar, como lo hizo rápidamente, el uniforme y armas del baron, se apoderó de él la mas terrible cólera.

—¡El es! se dijo el fraile en voz baja..... ¡Oh! ¡bien calculé yo!..... ¡Sin duda quedó en poder de la que hace poco se puso en camino para Barcelona! Maldición!... No puedo menos que se hayan citado para reunirse en la Provenza ó en Paris!... Y aproximándose á Emilio, le dijo al oído:

—El baron de Gurgi ha faltado á su juramento, es un villano!

—¡Solarez!..... exclamó Emilio al reconocerlo.

Pero ya el fraile había bajado la capucha, y Fernando tampoco le dió lugar para cerciorarse, pues le arrastró hacia la chalupa diciéndole:

—Ven, ven, querido, abajo hablaremos.

Cuando ponian el pié en la escalera para bajar al bote los detuvo Black, quien con su stemático y severo semblante dijo á los dos amigos:

—¡Bien! ¡muy bien! pero siganme ustedes ambos.

Y marchando delante los condujo á su cámara. Siguiéronle sin temor, aunque el conocido

carácter del comandante no les dejaba duda sobre la suerte que le aguardaba. Tampoco pasó desapercibido para el fraile este incidente.

—Van á decirselo todo al corsario, pensó en sí mismo, pero tanto mejor, porque Black es honrado, se encargará de la comision que le den, y una vez que desembarque, no necesitaré mas que seguirlo sin que lo sospeche para enterarme de todo.

Efectivamente, apenas se encerró el comandante con ellos, dijo al baron.

—Ha jugado usted una buena pasada al capitán Black, pero no le quiero mal por ello, tanto mas cuanto que usted mismo me ha hecho favor descubriéndose, no puedo menos de odiar á usted, porque es francés, y por consiguiente seguirá usted la misma suerte que sus compatriotas: está decidido.

—Y solo para decirnos eso se ha dignado usted honrarnos con una conversacion particular? le contestó Emilio con acento altanero.

—Qué te estraña eso? repuso Fernando, que conservaba su genio burlon aun en las mas criticas circunstancias; no sabes que este caballero es verdugo? Pues bien? ahora se divierte con nosotros.

—No señor, no me divierto: es verdad que soy verdugo para los franceses; pero su amigo de usted podrá decirle si me faltan motivos para ello!... á él solo es á quien me dirijo. Acaba de hacer una accion heróica, y tambien usted debe tener algun merito habiéndola motivado. Propongo á ustedes dos el único servicio que me es posible hacerles, servicio que hasta hoy no he ofrecido á ningun francés. Aquí hay tinta y pa-

pel; si tienen ustedes en Francia amigos bastante poderosos para que puedan lograr un cange, escriban ustedes. Un cuarto de hora doy de tiempo, y aseguro bajo mi palabra de honor, que llegarán las cartas á su destino.

Concluidas estas palabras, saludó el comandante; quiso salir, pero deteniéndole Emilio:

—Yo no puedo escribir á nadie, le dijo; pero supuesto nos quiere usted dispensar algun favor, le suplico oiga dos palabras.

Segun la prevision de Solarez, habló un rato Emilio con el corsario, y este, cuando se concluyó la relacion, le dijo:

—Bien! muy bien!... Tambien eso?... Cuente usted con el capitán Black.

Fernando en el interior estuvo reflexionando, y recordando alguna idea, se sentó y escribió con rapidez una carta.

Cuando la terminaba, concluyó Emilio su conferencia. Entregó lo que habia escrito al comandante del buque corsario, quien saludándolos con frialdad, les dijo.

—Buen viaje, señores...

Y la fúnebre chalupa condujo á las rocas de la isla de Cabrera un pasajero, una victima mas!...

CAPITULO XII.

En Niza

Los cruceros franceses y los vientos contrarios obligaron al buque corsario del capitán Black á permanecer en alta mar mucho mas tiempo del que hubiera querido y habia pensado.

Pocos meses despues de los sucesos que acabamos de referir, se hallaba en una magnífica habitacion del piso principal del parador mas concurrido de Niza una hermosa jóven débil y pálida, reclinada en un sofa frente al balcón que miraba al muelle. Apenas era entrado febrero; pero en aquel país privilegiado de la naturaleza, se gozaba ya de todos los encantos de la primavera, unidos á las alegrías del carnaval. La pureza del cielo, el perfumado ambiente, la hermosura de la tarde, la vista variada de los innumerables bu-

ques anclados en el puerto, el inmenso concurso de máscaras que á pié, á caballo y en caruaje llenaba la plaza donde estaba situado el hotel de Levante, y las abundantes papeletas de dulces que se distribuían y tiraban á los balcones, adornados con las beldades mas seductoras, no eran atractivo suficiente para la melancòlica jóven, que ni el mas leve deseo demostraba por ver tan brillante espectáculo.

No le sucedia así al personaje que le acompañaba. Era hombre de alta estatura, fria fisonomía, y cuya edad avanzada se suponía por las arrugas que surcaban su frente. Estaba de pié en un ángulo del balcon, dando la espalda á la plaza, puesta la mano izquierda en los hierros, y la derecha metida en su chaleco blanco; la cabeza unas veces baja, otras volviéndola placetero para mirar aquella turba bulliciosa, de cuando en cuando dirigia maliciosamente su vista al semblante de la jóven.

—Quiere usted, la dijo, que aproxime mas el canapé al balcon?

—No, contestó la jóven, estoy bien: gracias.

—No quiere usted ver el hermoso espectáculo que presentan la plaza y el puerto? Es en extremo divertido.

—Prefiero mirar ese magnífico cielo, dijo meneando débilmente su linda cabeza, que descansaba en una de sus manos.

—Y en verdad que tiene usted razon, porque ya no nos queda otra cosa que hacer. Me temo que el señor baron de Gurgi esté cuando menos prisionero.

—El baron de Gurgi prisionero?.. y nada mas? dijo la jóven impaciente.

—Perdone usted, señorita; olvidaba que ha logrado usted poseer á costa de tantos sacrificios...

—Señor Tahiba, es usted un hombre cruel y de mal corazon, replicò aquella llorosa.

—Cruel yo? repuso el anciano y por qué?... Sin duda porque he permitido que se haga usted á si misma todo el daño posible... quizás tenga usted razon... pero, hija mia, no entra la violencia en mi carácter.

—Si, si, es usted un hombre cruel, un verdugo, exclamó Antonia con desesperacion. Se ha unido usted á mi vida para perseguirme, para martirizarme, para estar continuamente, hai, con esa figura, ese aire insoportable, siempre dispuesto á espiar todos mis pensamientos, á hacer suposiciones erròneas, á burlarce sin cesar de los sentimientos y deberes mas sagrados... ahora mismo, me ve usted enferma, abatida; necesitaria algun consuelo, un poco de amistad, porque me veo yo sola, sola en el mundo; y en lugar de darme lo, se complace usted en atormentarme... Cuán desgraciada soy!...

Y la pobre niña derramaba preciosas lágrimas.

Tahiba se sonrió, pues conocia que la activa Antonia hablaria y al fin descubriria los pensamientos que la agitaban.

—Señora, dijo gravemente, si tan solo es usted desgraciada por mí, fácil es proporcionarle el consuelo; me velaré á Santo Domingo con Mas y con Caiga... La gruta habra sido respetada, y á buen seguros que las cuatro cruces de madera no habrán sido holladas; iré allá y postrándome ante una de ellas, diré: „Marqués, todos vues-

ros deseos están cumplidos, he llenado mi deber
Antonia es feliz....”

—Dios mio, Dios mio! qué hombre tan malo
es usted!...

Sin embargo, Antonia se sintió aliviada y confortada con esa maliciosa salida del caribe. Se sentó, y volviendo á él su mirada cariñosa, le dijo conmovida y sonriéndose:

—Veamos, señor Tahiba. ¿Si el baron hubiese caído prisionero, no seria una desgracia haciendo tanto tiempo que lo esperamos?

—La desgracia seria para él: respecto á nosotros, lo único que haria su prision seria contrariar nuestras ideas; á fé mia que no veo otra cosa en esa acurrencia.

—No, no, diga usted la verdad, yo se lo suplico.

—¿Soy yo acaso quien debe hablar? dijo Tahiba.

—Piensa usted, pues, que me corresponde hacerlo? exclamó ruborizándose la orgullosa heredera de los Roverdás.

—En ese caso, no hablaremos ninguno de los dos.

Y el caribe se puso de codos sobre el balcón, mirando las máscaras que paseaban por el muelle, pero pasados algunos minutos y cuando la jóven conoció por última vez que ya no era el orgullo el sentimiento que predominaba en su pecho, dijo con voz suave:

—Señor Tahiba.....

—Me hablaba usted, hija mia? contesto esto volviéndose hácia ella.

—Si señor, le hablaba á usted.... queria preguntarle.... si hay mucha gente en el muelle.

—Si señora, muchísima: está la plaza muy vistosa. Aquí cerca hay una máscara que....

—Señor Tahiba, queria decir á usted... queria confesarle...

—A mí, señorita? contestó el caribe volviendo á su lado admirado.

—Si, si; queria decir que hace tiempo echa en falta mi corazon alguna cosa....

--La señorita padece eso mal desde que Tahiba la conoce.

—Efectivamente; desde que me conoce usted, siempre es el mismo bien el que me falta, pero á medida que he ido creciendo, he conocido mayor vacío en mi corazon....

—Lo que le falta á usted es su padre, señorita?...

—¡Mi padre! dijo la jóven bajando los ojos avergonzada, conociendo que el perspicaz caribe leía en su pecho.

—Bien conozco que entre el señor marqués y su hija habia mucha simpatía. Sé tambien que esa conviccion predominó en aquel desde que cumplió esta tres años ... Pero usted, Antonia....

—Pero yo.... amaba.... sí, amaba y comprendia ya entonces á mi noble padre, y sino, ¿cómo explicar el continuo conato que he puesto en vengarlo? ¿Cómo el que haya hecho tanto empeño para obtener?...

—Lo que ya no la satisface á usted, no es verdad? Hija mia, no me es posible devolver á usted á su padre, pero en defecto de este apoyo, otras jóvenes saben descubrir, atraer á su lado en esta miserable vida, al hombre que pueda comprender y ejecutar los planes conocidos

por los autores de sus días para labrar su felicidad, al hombre que haga lo que quieran hacer aquellos y que los represente; al hombre....

—Sí, sí, es verdad, y Emilio era así cuando nos hallábamos en Santo Domingo, cuando nos contaba sencillamente su vida tejida de acciones tan bellas; y aseguro á usted, amigo mio, que cuando veía á su lado la espada de mi padre, me parecia ver tambien en sus ojos, el alma, el corazón, el valor del noble autor de mi existencia.

—Vamos, vamos, ya principia, dijo para sí el caribe.

—Me parecia entonces al mirarlo..... pues bien, sí, Fabiba, continuó sollozando la jóven, me parecia que debíamos habernos hablado antes.

—Pobre niña! ¿pues no le habló á usted en España? dijo el antropófago enternecido.

—Si no respondi, usted tuvo la culpa, y ahora ¿qué va á ser de mí?...

—Será preciso, contestó el anciano, volverle la espada, diciéndole al mismo tiempo que no nos queremos separar de ella.

—Pero hicimos muy bien en pedirsela? dijo con un poco de impaciencia Antonia, porque seguramente se halla prisionero!... sino, no dudo que....

—En ese caso tendremos la jóven y el anciano que conservar cuidadosamente y defender como podamos hasta su vuelta, lo que supo adquirir y guardar tan bien, porque Solarez es siempre un enemigo muy temible.

Apenas concluyó de decir el caribe estas palabras, cuando dió Antonia un grito de espanto.

Lanzado de la plaza con brio, vino á dar un diablotin de dulce en el cielo raso de la sala, se rompió y cayó hecho pedazos en los vestidos de la jóven. Recogió los trozos, y de uno de ellos se desprendió un billete, que contenia estas solas palabras:

«Huid! Solarez se halla en Niza...»

Aquella misma noche salia de la ciudad una silla de posta con direccion á Paris, por el camino de la Provenza: en ella iban el anciano y la jóven.

Caminaron sin cesar ni detenerse para otra cosa que mudar de caballos: ya se hallaban á algunas leguas de Nizar, seria sobre la una de la madrugada; la luna á la mitad de su carrera diurna, iluminaba el camino, y la silla corria velozmente.

—Alto ahí!... gritó una voz terrible reproducida por los ecos de las montañas, entre las que corria el camino.

Paró el postillon, y Tahiba, que habia mirado al momento, se estremeció viendo el peligro en que él y su hija adoptiva habian caido, sin esperanza alguna de poderse librar de él. El sitio donde habia sido detenida la silla de posta, era un puente de piedra sobre un barranco muy hondo: en las dos cabezas del puente vió el caribe una treintena de hombres que cerraban el paso, y los viajeros se hallaban cercados de ambos lados por el precipicio, delante y detras por los salteadores, que todos apuntaban sus carabinas al carruaje. Un hombre vestido con un capote militar, amenazaba al postillon poniéndole una pistola en el pecho.

Ni Tahiba ni Antonia tuvieron lugar de comunicarse sus temores, ni hablar una palabra,

porque en el momento en que fué detenida la silla, se abrieron las portezuelas, y tres bandidos en cada una, les señalaron para que bajasen al momento. Quiso tomar el anciano sus armas, pero conoció que toda resistencia era inútil, y aun que podía ser perjudicial, y meditando otro proyecto, obedeció, aunque de muy mala gana.

Cuando hubieron bajado, el hombre que había detenido los caballos y amenazó al postillon, mandó á este que adelantase el carruaje hasta mas allá del puente, de modo que los viajeros quedaron solos y libres en medio de este. Tabiba había guardado escondido en su pecho un puñal, y tomando de la mano á Antonia, fueron á apoyarse en una de las barandillas del puente. En medio de este conflicto, mostraba la jóven la serenidad y firmeza de carácter de que tantas pruebas tenia dadas. Pálida, pero silenciosa, adivinaba fácilmente lo que haria el caribe si su honor se viese amenazado, y como Virginia, no teniendo que temer mas que la muerte, estaba tranquila.

El jefe de los bandidos se había quedado junto á ellos, y parecia pensar en lo que había de hacerse de los viajeros. Tabiba, á quien extrañó por de pronto el traje de aquel hombre, se admiró mucho mas cuando pudo distinguir el de los salteadores que de ambos puntos del puente seguian apuntando al centro sus carabinas: parecianle vestidos de marineros y creyó serian contrabandistas, aunque conocia que en ese caso, no era natural atacasen á unos viajeros inofensivos.

—De rodillas! les dijo el jefe con voz atronadora: vuestra hora ha llegado si ahora mismo no obedecéis las órdenes que voy á daros.

No obedeció Tahiba, y contestó con firmeza:

—Solo me arrodillo ante Dios. Si quieres el poco dinero que llevamos, tómalo...

Para eso no necesito vuestro permiso, dijo el bandido señalándole la silla de posta custodiada por su gente.

Este dialogo se dijo en un francés chapurrado por ambas partes, y el acento de Tahiba era distinto del de su interlocutor.

—Si atentas contra el honor de esta jóven, dijo el caribe sacando el puñal y poniéndolo en el pecho de Antonia, ese precipicio la poseerá antes que tú.

—Bien! muy bien! fué la única respuesta del jefe de los salteadores; y despues de una pausa.

—Eres español, le dijo, ¿cuál es tu nombre?

—Tahiba.

—Ah!... ¿y adonde vas?

—A Paris.

—Bien! muy bien!... puede uno fiarse en tu palabra, pero en caso que faltases á ella, ya sabria yo volverte á encontrar.

—Y si no doy esa palabra?

—Entonces vas á morir ahora mismo con tu hija: elije.

—Habla pues ¿qué hemos de jurar?

—Renunciar á todo proyecto personal: no ocuparos del objeto de vuestro viaje. cualquiera que sea; dejar vuestros negocios aunque por este retraso debieseis perder toda vuestra fortuna, ó dejar morir á vuestro mejor amigo sin cerrarle los ojos; no descansar ni desviaros, ni pensar en vosotros, antes de haber entregado ea propias manos esta carta á la persona á quien va dirigida.

El anciano y Antonia se miraron asombrados.

—Cómo? dijo Tahiba ¿para salvar nuestras vidas se trata solo de...

—De jurar que ahora mismo ireis derechito y sin deteneros, al punto que indica esta carta.

—Es algun pais lejano ó enemigo?

—No; es en la Turena.

—Es Francia! exclamó Antonia, ¿y el que ha escrito esa carta es....

Los que han escrito son dos franceses que se hallan prisioneros en la isla de Cabrera.

—Oh! démela usted, démela usted luego... sí, sí, juramos: jure usted, padre mio, haga usted el juramento que se le pide.

—Con mucho gusto, respondió Tahiba: sino es menester mas que eso, desde luego doy mi palabra de que esa carta será fiel y prontamente entregada.

Entonces, á una señal del jefe, dejaron de apuntar las carabinas, y entregó la carta á Tahiba.

Apenas la cogió Antonia, miró el sobre al resplandor de la luna, y exclamó.

—«A mylady Walton, por Amboise, en Fier-val.» No hay duda, padre mio, es letra del capitán Fernando.... pero son dos.... y sin dificultad, el otro es Emilio!... mas Fernando, cómo se pudo salvar?...

Cuando Antonia y el caribe, apenas recobrados de la sorpresa que les causaba tan extraño acontecimiento, se volvieron para dar gracias y hacer preguntas al personaje que tan oportuno asalto les habia dado, no vieron á nadie. Corsarios y capitán habian desaparecido entre las rocas. Los viajeros se vieron libres, solos, y el

postillon y los criados esperaban con el carruaje en la estremidad del puente. Marcharon pues para su destino, y á cumplir el encargo que habian tomado.

Ya habiamos prevenido á nuestros lectores que el capitan Black no solia hacer las cosas como los demas hombres.

CAPITULO XIII.

Carolina.

Entre los castillos y casas de campo de que abundan los confines de la Turena y de la Beauce, á pocas leguas de la ciudad de Amboise y á las márgenes del Loira, existia una en la época que vamos narrando, conocida con el nombre de Casa Grande, situada á la entrada de uno de los valles que se hallan próximos á aquel rio. En tiempos fué castillo feudal, hoy es cabeza de una brillante senatoria, es una dotacion imperial concedida por Napoleon á titulo de recompensa é indemnizacion al anciano conde de Gurgi, diplomático conquistado á la emigracion por la nueva corte. Mas no es en la Casa Grande donde pensamos detenernos.

Siguiendo uno de los caminos que penetra-

ban en el valle, cuya mayor parte era propiedad del conde de Gurgi, y junto al parque de la casa principiaban las posesiones del castillo de Fierval, castillo aunque pequeño muy bonito y elevado, sencillo, pero pintoresco, cuyo gótico exterior agradaba á la vista, y cuyo interior se hallaba arreglado al estilo moderno, con cuantas comodidades podian apetecerse.

Un poco mas lejos habia una casita muy arreglada, denominada la Ermita, sita en medio de un bosque melancólico, rodeada de jardines, y al finar de aquel, se encontraban á un lado un grande estanque y un molino; al otro varias habitaciones de los colonos de Fierval. Era sin duda alguna el sitio mas delicioso que se veia en muchas leguas al contorno, y por ello la daban el nombre de Santuario del valle.

La Casa Grande pertenecia, como hemos dicho, al conde de Gurgi: Fierval y la Ermita estaban habitados hacia cerca de dos años por lady Walton, persona que no nos es enteramente desconocida.

Al castillo de Fierval es pues adonde se encaminaba velozmente la silla de posta de nuestros viajeros, llevados por los deseos de sus corazones y por el cumplimiento de la palabra que dieran al comandante corsario.

Acababan de apearse en el patio, y entraron en el salon preguntando por lady Walton. Eran los primeros dias de Marzo y la primavera, aunque mas tardia que en Niza, principiaba ya á mostrar su lozanía. Sentáronse cerca de una ventana entreabierta que descubria una hermosísima perspectiva.

La castellana de Fierval gozaba de aquel buen

tiempo paseándose por el parque. Fue preciso tocar la campana para avisarla que había llegado una visita, y mientras regresaba, tuvieron los dos viajeros el tiempo necesario para examinar cuantos objetos los rodeaban, para conocer que en aquel castillo reinaba la elegante y verdadera opulencia, y que sus habitantes pertenecían á la clase mas distinguida. Pero por buena que fuese la idea que se formaran de la señora á quien buscaban, no pudieron menos de sorprenderse al verla entrar en el salon.

Un poco mas pequeña que nuestra Antonia y algo menos jóven era Carolina Mauvet de Walton, graciosa y bonita como la mas linda parisiense, y al mismo tiempo cándida y fresca como una campesina; sus dulces miradas, su risueña fisonomia expresaban la sencillez y abandono de un alma á quien jamás atacó la desgracia. Vestia una druzleta de merino forrada de pieles de marta de Korasan, y sus brazos cruzados sostenian un magnifico chal de cachemir blanco; sus manos cubiertas; pero su cabeza no llevaba otro adorno que los hermosísimos bucles de su pelo castaño, que desordenados por las ráfagas del viento, hacian mas atractivo y gracioso su expresivo semblante.

Se llegó á sus huéspedes, que se levantaron al acercarse, y los saludó con la mayor amabilidad; pero Antonia ya no se sentia propensa á usar de la politica indiferente que facilita las primeras relaciones. La gracia, la hermosura de Carolina, de una muger rica, y libre quizas, que se encontraba proxima á las posesiones de Emilio, la causaba una tristeza involuntaria. Presentó pues muy conmovida, á lady Walton,

la carta que le era dirigida, diciéndole con timidez:

—La importancia, señora, de este pliego que traemos para usted desde muy lejos, esplicará la libertad que mi padre y yo nos hemos tomado de....

—Pero, interrumpió Carolina, sin conocer á ustedes todavía, la suplico no me hable así... Desde luego son ustedes muy bien vanidos á esta su casa. Como estrangeros y viajeros, poseen títulos bastantes para que se tenga con este caballero toda clase de miramientos; pero en cuanto á usted, señorita... ó señora, aunque no tuviera usted mas recomendacion que el ser hermosa como un ángel... pero no se ruborise usted... la suplico me perdone; soy indiscreta, aturdida; y por ello debe obrar conmigo todo el mundo sin ceremonia alguna.

Hizoles seña para que volviesen á sentarse, y añadió:

—En el acento conozco que vienen ustedes de España, y ademas, lo adivinaria por la letra de esta carta!... Es de mi hermano... un oficial de estado mayor!... un calavera, pero excelente fondo!... Si ustedes me permiten.

Y rompió la oblea.

—Es de vuestro hermano, señora? dijo Antonia poniendo una mano sobre la carta, queriendo impedir que la abriese es vuestro hermano?....

—Si señora, no le ha dicho á usted el capitán Mauvert que lady Walton era hermana suya? ó acaso tenia usted reparo?...

—Mylady, interrumpió Tahiba, no conocemos al que ha escrito esa carta.

En el camino habian determinado los viajeros seguir un plan de disimulacion, al cual se opuso fuertemente Antonia; pero tuvo que ceder á las sólidas razones que dió para ello el caribe.

—Cómo, no conocen ustedes á mi Fernando? Y usted, señorita? añadió con una sonrisa maliciosa, pero tan graciosa al mismo tiempo, que no daba margen á incomodarse.

—Mi hija, señora, no ha visto jamás al caballero de Mauvert.

—¿Es posible? pues entonces, cómo es que...

—Señora, puesto que es usted hermana del autor de esa carta, no la lea usted tan pronto. ¡Está usted tan alegre! ¡es usted tan dichosa!...

—Qué me quiere usted decir, caballero?.. Oh! Sin duda contiene esta carta alguna mala noticia, y quiero saber!...

—Permitame usted que antes la explique el modo con que se nos ha impuesto la obligacion de entregar esta carta. Su relacion hará á usted menos sensible la lectura, revelando de antemano lo que puede contener.

—Y tambien hará conocer á usted, señora, añadió Antonia acostumbrándose ya á su papel, que somos desconocidos al que la ha escrito.

—Hable usted pues, hable usted, dijo Carolina con precipitacion y dirigiéndose á Tahiba.

Contó el caribe la estraña aventura que habia variado la direccion de su viaje. La imponente fisonomia del anciano, su gravedad, el carácter de horandez, de sinceridad y firmeza que reinaba en sus acciones y miradas, la sencillez de sus palabras no permitieron á lady Walton sospe-

cha ni duda alguna sobre su relato. Le penaron las primeras ideas que le habian ocurrido y dejado percibir, y quedó convencida de que sus huéspedes eran gentes honradas, desviadas de su camino por tan singular ocurrencia, y cuya escrupulosa obediencia demostraba un candor y buena fé dignos de los tiempos caballerescos. Les estuvo agradecida, sobre todo, cuando el viejo indio pronunció la palabra «prisionero.» Sin embargo, la primera impresion que sintió fué dolorosa.

—Prisionero de guerra! exclamó; él!... mi pobre hermano! Prisionero de guerra, Dios mio! y entre esos crueles, esos horribles españoles!... Ay! perdonenme ustedes, continuó procurando contenerse.

El caribe y la hermosa criolla se sonrieron tristemente.

—Si solo fuesen prisioneros de los españoles! dijo la criolla.

—Oh! qué quiere usted decir, señorita? dónde está pues?

—En Cabrera, señora, contestó Antonia con voz trémula y bijando los ojos, persuadida de que bastaba esa palabra para que Carolina lo comprendiese todo.

—Pero qué es Cabrera? preguntó sencillamente lady Walton, es algun fuerte, alguna cárcel, un presidio, ó qué? Digame usted por Dios, señorita.

—Es un sepulcro, señora! dijo la voz solemne de Tabiba.

Carolina se estremeció y se levantó pálida, agitada.

—Pero no lo es siempre, se apresuró á decir

Antonia levantándose tambien, aunque es un lugar terrible, una roca desierta, una isla funesta, en donde se amontonan los miserables y desgraciados prisioneros franceses, que en su mayor parte mueren de hambre y de miseria, á no ser que sean pronto libertados, lo cual es muy difícil, porque solo arriban á Cabrera buques ingleses cuando van á dejar nuevas victimas en la isla.

—Buques ingleses, dice usted? Oh Dios mio! entonces...

Y aproximándose á la ventana, se puso á recorrer velozmente la carta.

—Eso es, eso es; se decia leyendo; ha tenido el mismo pensamiento que yo... El medio es seguro... Sí, no hay duda, se salvará... Tres semanas y ya está libre... ¡Mas qué veo! exclamó leyendo con mas atencion: No está solo...

—No señora, interrumpió el anciano; son dos prisioneros.

—Suponiamos que el otro le era á usted desconocido, añadió Antonia, cuyo corazon latia violentamente al provocar una revelacion que tanto temia.

—Desconocido! exclamó impensadamente Lady Walton... pero se contuvo y repuso: Conozco mucho á Mr. de Gurgi, es el amigo de mi hermano.

—Ah! se llama Mr. de Gurgi! dijo el caribe siempre sobre sí.

—Si señor, replicó con aire admirado Carolina, pero luego añadió: Dios mio, yo estoy loca. Es verdad que no podian ustedes saber su nombre, pero no sé por qué me he empeñado en que han debido ustedes conocer á los dos en España.

—Es que, señora, no somos enteramente españoles.

—Ah!...

—No señora. Esta señorita es de origen español, pero nacida en Santo Domingo, y huérfana.

—Pobre señorita! exclamó la sencilla Carolina, apretando afectuosamente las dos manos de Antonia, ¿De modo que usted no es su padre?

—Milady no ha reparado en mi color, contestó el anciano. No soy mas que sucesor de su padre, depositario de su última voluntad, su postrer confidente, su último amigo, el padre adoptivo de esta señorita.

—Oh! eso está muy bien, caballero, y aseguro á usted que ahora me gusta mucho el color de usted.

Y volviéndose hácia Antonia ya del todo tranquilizada, le dijo:

—Quiero conocer toda la historia de usted, porque me parece muy extraño que siendo jóven, hermosa y rica, permanezca usted todavía soltera. Eso debe encerrar un misterio interesante.

—Si señora, contestó Tahiba; hay casi una novela, por eso es larga.

—Tanto mejor, replicó la amable Carolina. No dudo necesitarán ustedes descansar, pues vendrán fatigados del viaje. Es cosa decidida, se quedan ustedes en Fierval, serán mis huéspedes, mis amigos, y yo daré buen fin a lo que tan noblemente han dado ustedes principio. Mientras tanto se estrechará mas nuestra amistad, en lo cual seré yo la gananciosa.

Era el momento llegado para que Antonia

aclarase una duda que la atormentaba hacia tiempo, y de cuya aclaracion pendia tomase una determinacion trascendental para su porvenir. Por ello, dijo, aunque con temor:

—A usted, señora, la conocemos casi, ¿pero á lord Walton?...

Carolina la miró como asombrada, pero en seguida contestó sonriéndose tristemente:

—Lord Walton, hija mia, murió hace dos años... ¡Qué cabeza la mia! ¿pues no se me figura siempre que los demas deben estar al corriente de cuanto me concierne?

El cruel golpe estaba dado á la pobre Antonia.

—Me quedaré, pensó, sí, me quedaré aquí.

—Con que vamos: preguntó con aire agasajador y risueño la linda viuda á Tabiba, ¿aceptan ustedes?

—Pero, señora... dijo el malicioso viejo, fingiendo dudar y mirando á Antonia, que le hizo una señal afirmativa, no podemos consentir...

—En quedarse en mi casa? dijo riéndose Carolina; pues no ve usted que es un deber que tienen ustedes que cumplir? y puesto que yo me encargo de concluir lo que por ustedes se ha principiado..... que ademas tengo un proyecto casi casi infalible.... ó mas bien dos quizas... no es una obligacion para ustedes esperar aquí á las personas cuya libertad han emprendido tan generosamente? Tengan ustedes entendido que aquí soy yo quien se halla en rehenes con ustedes, y que estan ustedes en su propia casa, porque así es efectivamente; por consiguiente no hay excusa.

—Cuánta bondad, señora! dijo el caribe convencido.

—Qué gracia! qué amabilidad! pensó la triste Antonia.

—Ademas, miren ustedes, añadió lady Walton, amo á ustedes ya, aunque ignoro quiénes sean, y hasta sus nombres.

—Me llamo Tahiba, replicó el caribe; pero el padre de esta señorita era el marqués de....

—Eso importa poco, interrumpió la criolla.

—Es verdad, y seria ofenderme, señor Tahiba, entrar por hoy en ningun por menor: mejor hará usted en decirme el nombre de su amable hija adoptiva; deseo llamarla sencillamente.....

—Antonia, señora, dijo con modestia la hermosa extranjera.

—Antonia? repitió afectuosamente lady Walton; nombre delicioso... cuanto anhelo que me llamo usted Carolina! quiere usted, Antonia?

—No me atreveria tan pronto, dijo esta sonriéndose ruborosa.

—Es verdad: debe usted darme una leccion y reñirme porque soy demasiado ligera; pero soy muger y no con todos obro de este modo: sin embargo, no han comprendido ustedes todavia el grande y señalado servicio que me ha hecho su venida, prescindiendo de que para apreciar á ustedes basta su presencia en el castillo...

—No hay gran mérito, señora, en lo que hemos hecho, dijo Tahiba. Dejamos la España, viajábamos, por decirlo así, á la ventura, sin direccion fija, y buscábamos un retiro seguro...

—Razon mas para que se detengan ustedes en Fierval. Mucho celebro que al hacer esta súplica no perjudique ni contrarie ninguna de las miras

que ustedes tengan, y siéndoles indiferente el punto de residencia, no creo se me niegue este favor, á no ser que no acomode á ustedes este país...

—Oh! al contrario, este mejor que otro alguno, contestó Antonia.

—Hé aquí, querida mía, una palabra que merece un abrazo, dijo lady Walton abrazando á su hermosa huésped; señor Tahiba, vaya usted prontito á despedir el carruaje, porque queda convenido que se establecen ustedes aquí por una larga temporada.

CAPITULO XIV.

Confianzas.

Al caer la tarde y despues de comer, dejaron las dos jóvenes á Tabiba en el salon leyendo el «Diario del Imperio,» y dándose el brazo bajaron al parque. Principiaba entre ambas una dulce familiaridad, sin embargo de los motivos que en la imaginacion de Antonia se oponian á ella; pero estos motivos no pudieron menos de ceder al interes que mutuamente se inspiraban.

Apesar de esto, la española se propuso no descubrir los sentimientos de su corazon, y aun no habia pasado media hora, cuando la francesa, siguiendo el impulso natural de su carácter:

—Estoy segura, querida Antonia, le dijo, que ha formado usted de mí el concepto de que soy muy indiscreta.

—Por qué?... Juzga usted acaso?..:

—Si, si, usted es sensible, amable, tierna, pero al mismo tiempo seria y reflexiva; lo he conocido desde luego, y es imposible que la ligeroza con que me he espresado esta mañana haya dejado de causarle cierta estrañeza.

—Si he de decir la verdad, un poco me ha admirado; pero. ..

—Ah! lo ve usted?

—Pero ha sido admiracion que ha redundado en favor de usted, porque esa franqueza ha hecho que conociese á usted antes y la apreciase mejor.

—Mis maneras parecian efectivamente raras; pero era porque usted no sabe ni puede saber cuán grande es el servicio que me han hecho ustedes.

—Al pronunciar estas palabras apretó Carolina la mano de Antonia que tenia entre las suyas, y la miró con ese aire de felicidad, de misterio y de rubor que suelen tener siempre las mujeres cuando mutuamente se descubren los secretos de su corazon. La hermosa criolla entendió ese lenguaje, y procuró reunir todas sus fuerzas para soportar valerosamente la prueba que previa. Se sonrió, pero ni aun con los ojos se atrevió á solicitar la confianza del secreto que adivinaba: esperó conmovida que se explicase su amiga.

—A no dudarlo, dijo sencillamente Carolina, al pronto han creido ustedes esta mañana traerme una carta del hombre á quien yo amaba, y luego que se han cerciorado de que era mi hermano quien me escribia, habrán ustedes sentido el haberme calumniado; pero no hay que sentirlo,

porque he pagado en la misma moneda. Viendo que sin conocerme se apresuraba usted á traerme noticias de un prisionero, de un extranjero, de un enemigo á quien nunca han visto ustedes, me pareció mucha generosidad, mucho desprendimiento. Sin embargo; aun han hecho ustedes mas de lo que pueden pensar..... pero no sé cómo decir....

—Ya le ayudaré á usted yo, dijo Antonia, ese Mr. de Gurgi....

—Cuán buena y amable es usted, querida, adivinándolo, exclamó Carolina abrazándola con efusion.

Y como principiaba á oscurecer, no observó la palidez de la pobre Antonia, que á su vez tampoco vió ruborizarse á Carolina.

—Si supiera usted, continuó esta, cuán hermoso, cuán valiente es? qué talento, que gracia, qué corazon tan noble! Pero para que pueda usted comprenderlo todo; para explicar la felicidad grande, extraordinaria que me ha traído esa carta, felicidad que solo podría pagar con el sacrificio de mi vida....

—Crei, interrumpió Antonia, que habíamos sido portadores de una mala nueva, y aun ahora mismo me parece....

—Que son dos en lugar de una las malas noticias? es verdad? Pues bien, desengañese usted, amiga querida, y escúcheme. Eramos muy jóvenes Emilio y yo....

Antonia se estremeció; el nombre de Emilio pronunciado familiarmente por otra mujer, hirió su corazon.

—Se llama Emilio, dijo Carolina interrumpiéndose. Eramos muy jóvenes los dos, cuando

nuestras familias, estrechamente relacionadas hacia muchos años, emigraron por causa de la revolución á Inglaterra y se establecieron juntas. Espatriados como usted lo está hoy.... Oh! bien comenzo ese triste estado, y es un nuevo motivo que tengo para apreciarla, mucho mas porque usted se halla sola y nosotros estábamos reunidos... Eramos felices, sobre todo Emilio y yo: siempre juntos como hermanos. crecimos juntos tambien, él me enseñaba las cosas graves y serias que saben los hombres, yo le instruia en lo poco que sabia: le enseñé particularmente la música, y me vanaglorio de haberlo tenido por discípulo.

—Ah!... dijo Antonia, es músico?

—Yo lo creo!.... Figúrese usted el talento mas distinguido; pero es preciso hacerle justicia, porque el discípulo ha dejado muy atras á la maestra: fiolmente y para abreviar, diré, que cuando él tenia veinte años y yo rayaba en los diez y siete, nos amabamos.

—Se amaban ustedes?

—Si, pero lo ignorában os ambos. Ni él era capitán ni yo viuda, y nuestra inocencia duró lo bastante para que yo me encontrase casada sin saber cómo por su propio consejo, con lord Walton, un caballero viejo y rico, el mejor y el mas fastidiado de los hombres. El rango de nuestras familias nos daba entrada en las principales reuniones del pais: y mi carácter gustó á milord, quien solicitó y obtuvo mi mano sin que yo sospechase que era rival dichoso, y rival del hombre á quien yo amaba sin conocer todavía el sentido de la palabra amor. Como nuestro afecto nos parecia hijo del cariño fraternal,

solo sentimos algo de tristeza al separarnos; pero las ventajas que un enlace tan brillante proporcionaba á nuestras proscritas familias, hizo acallar facilmente las objeciones de nuestro corazon.

Al dia siguiente de mi enlace conocimos los dos el yerro que habiamos cometido; él por los celos; yo por los remordimientos. Entonces fué cuando nuestras familias pudieron volver á Francia, dejándome en Inglaterra sola y desterrada.

Por las cartas de mi hermano supe que él y Emilio habian sido colocados en el ejército: Mauvert me escribia que su amigo se esponia á los peligros de la guerra con premeditacion y frio valor; que dirigia los trabajos en medio del fuego de las batallas; con la misma calma que si estuviese haciendo un plano en su gabinete; que á todos los dejaria atras en su carrera; y efectivamente fueron rapidos sus ascensos. Digame usted, Antonia, la desesperacion que le hacia buscar la muerte, no era yo quien se la inspiraba? No era á mi memoria á quien debia el valor que le mereció sus ascensos? puedo dudar de ello? Y no soy yo quien le he hecho lo que era entonces y hoy es?... La tristeza que me causó el conocimiento del estado de mi corazon, tuvo un resultado que nadie podia prever. Sin duda lord Walton, que se consumia de spleen, seducido por la vivacidad de mi carácter y la esperanza de que mi sociedad prolongaria sus dias, casó conmigo; y como el matrimonio varió mi genio y abuyentó mi alegría cubriendo mi corazon de un velo sombrío y melancólico, en lugar de distraer á mi marido, parecia que él me habia comunicado su spleen. Esta idea que tambien se

apoderó de él, aumentó su mal, y despues de una union de largos años, murió en mis brazos, echándose en cara la triste suerte que me habia impuesto y dejándome heredera de su inmensa fortuna.

Era esta demasiado para mi, aun sin contar con la libertad que me devolvía: nunca he llegado á saber lo que poseia, ni tampoco he querido conocer á cuanto ascendia en su totalidad. Lord Walton tenia un sobrino baronet llamado sir Ricardo Walton, cuya conducta era entonces bastante disipada, pero de un carácter generoso, aunque algo original. Amaba y respetaba cordialmente á su tio, pero desde que el desarreglo de su fortuna pudo dar margen á que se creyese que era el interés el móvil de los asiduos cuidados que prodigaba á lord Walton dejó enteramente de verlo, sacrificando su porvenir á esa escesiva delicadeza, si milord no adivinaba el secreto de su aparente desvio.

Esto, lejos de conocerlo y apreciar tan noble conducta, se irritó tanto por ello, que quedó mi pobre sobrino desheredado. ¡Quizás conservaba siempre alguna secreta esperanza, y Dios sabe si me culparia á mi!.... Felizmente yo lo habia comprendido y no duró mucho tiempo su odio. Le cedi integramente á los pocos dias de haber enviudado, todos los títulos y fortuna de su difunto tio, reservándome solo una renta anual de tres mil libras esterlinas, ó sean quince mil duros de vuestra moneda, y me vine á Francia dejando al sir Ricardo arruinado, trasformado en un lord de la Cámara alta, en el propietario mas influyente de su condado, y finalmente, en consejero privado de S. M. británica. ¿Comprendo

usted cuál sería su sorpresa, su admiración?.....
 Hubiera dado por casarse conmigo, no solo las riquezas que yo le cedía, sino su vida, y ¡qué se yo!.... Pero lo que es esta vez, resistí mejor que la primera. Sin embargo, sir Ricardo era joven digno de hacer latir el corazón de una mujer, y su conducta posterior ha demostrado que no necesitaba más que volver á su rango, para hacerse un hombre recomendable, un hombre célebre como hoy lo es. Pero estaba tan harta de Inglaterra, que di gracias al cielo por la revolución ocurrida en mi vida. Emilio estaba en Francia, libre y siempre fiel, y me vine aquí, dejando en la persona de sir Ricardo un amigo poderoso y dispuesto á sacrificarse por mí á todas horas. Cuando llegué, acababa de partir para España el cuerpo en que servían los dos amigos, cuyo contratiempo no sentí mucho, en atención á que tenía que dejar pasar el tiempo del luto. La muerte de mi marido me causó una tristeza que necesitaba algunos meses para desaparecer, y finalmente, la maldita guerra de España me daba tiempo para arreglar con mi hermano una trama deliciosa. Fernando debía ocultar todo á Emilio, y á su regreso debían pedir licencia y venir ambos á Casa Grande. Yo he ido comprando todas las propiedades del valle que no pertenecían al conde de Gurgi, y en nuestras cartas arreglábamos una novela con todos sus episodios y pormenores, que debía terminar en una grata sorpresa.... Solo una cosa me ha tenido en continua zozobra, y es, que ignorando Emilio nuestros proyectos, cediese á los seductores atractivos de alguna hermosura española... Dícen que son tan bellas, tan sueltas, tan...

—Oh señora!...

—No, no, querida Antonia, no es usted quien puede justificar esa opinion, si no es en su primera parte ... y sin embargo, si Emilio hubiera visto á usted, mas riesgo hubiese corrido mi felicidad que con ninguna otra.

—Y aunque alguna travesura. .. sin consecuencia, hubiese ocupado algun tiempo al caballero de Gurgi, ¿no se halla ahora en la isla de Cabrera? Esto es mas que suficiente para cortar cualquier compromiso contraido.

—Tiene usted razon, pero lo ignoraba yo, y cuando dejé de recibir noticias suyas, ¡oh cuanto padecí de modo que apenas he sentido la desgracia que les ha ocurrido, porque me temia otra mayor....

—Y cree usted menor esta?

—Si, si.... Somos muy egoistas los franceses. Ademas de que esa desgracia tengo un medio de dulcificarla, y espero sesará pronto; con solo escribir á sir Ricardo...

—A sir Ricardo Walton? Es verdad.

—Y entonces me deberá Emilio su libertad, á mi sola, mi hermano se lo dirá, lo revelará todo y lo preparará. ¡Pobre Emilio! bien necesita este consuelo. porque en sus últimas cartas me decia Fernando que cada dia se aumentaba su tristeza. En su virtud, he tenido que variar mi plan apenas he recibido la carta que me han traído ustedes, desde el momento que he logrado el placer de conocer y adquirir una amiga tan hermosa y amable: ya comprenderá esta por qué, ¿no es verdad? ¿no es mejor esto que lo que antes habia pensado? Hé aqui, Antonia querida, los motivos de mi afecto á usted, y cuál es el grande favor que me ha dispensado.

—Sí, sí, ya lo comprendo todo, contestò en voz apagada la criolla.

—Esta noche misma escribiré á sir ricardo, le mandaré una carta por mi hermano, y antes de un mes estarán libres y aqui.

—Antes de un mes!...

En esta conversacion llegaron las dos jóvenes á una alturita que dominaba todo el terreno y las tierras y edificios de la Casa Grande.

—Ve usted, Antonia, aquel hermoso edificio iluminado por la luna? Es nuestro castillo, dijo sonriéndose Carolina, todo este valle es tambien nuestro, y solo para los dos será este dilatado horizonte.

La sombra nocturna de los árboles del Parque ocultò á la hermosa viuda con dos lágrimas que corrieron por las pálidas mejillas de la sensible española.

CAPITULO XV.

Amigas y rivales.

Apenas se separaron las dos amigas, salió Antonia al aposento que le habian destinado, y puesta de rodillas al pié de su cama exclamó acongojada:

— Dios mio, dios mio! ¿qué os he hecho? ¡Virgen Santísima de los Dolores, patrona mia! ¿qué culpas he cometido?... Padre mio, ¿en qué he faltado á tus designios?... ¿No fuiste tú quien me envió á ese extranjero con tu espada? ¿No son su coazon y sentimiento en un todo semejantes á los tuyos? ¿Se ilusiona Carolina, ó me engaña Emilio? Si á ella doy crédito, se aman de tal modo, que todas las prendas que á él adornan provienen de ese amor. En ese caso, otra mujer le inspiraba, otra era el movíl de sus accio-

nes, otra la que impulsaban su valor, talentos, glorias y virtudes que hicieron nacer mi amor.... Sí, sí, mi amor, porque al fin preciso es confesar que lo amo con toda la vehemencia de mi corazón, y que solo aspiro á unirme con él: bien puedo, Dios mio, decirlo sin rubor ante vos y ante mi buen padre que me mira desde las celestes regiones. ¡Sin duda su pecho ocupado con un primer amor, no ha podido corresponder al mio! Pero entonces, ¡me ha engañado en España! ¡me engañó en Santo Domingo!... ¡Y ahora esa otra mujer se halla aquí, libre, le ha sacrificado un partido brillantísimo, una fortuna inmensa, lo espera con confianza, y para colmo de mi desgracia, le deberá también su libertad!.... ¡Y yo soy la que he venido á traer este triunfo a mi rival!... ¡Oh, no, no le esperaré, huiré, y nunca, jamás le volveré la espada!... ¡Qué desgraciada soy, Dios mio, fortalecedme! padre mio, socorre á tu angustiada hija!...

—Eso está perfectísimamente hecho y mejor espresado, dijo una voz seria aunque suave, indulgente si bien con visos de buclona.

Y Tahiba, pues era él, se sentó en el rincón de la chimenea, cruzando sus pies y tendiéndose en un sillón.

—Ah! dijo la jóven levantándose y acercándose á él, no podía menos de ser usted. ¡Siempre espiando!.... siempre!...

Y un resto de altivez contuvo sus lágrimas próximas á dorrarse.

—Señorita, cumplo con un deber sagrado y uso de mi derecho, dijo Tahiba.

—Si, un derecho inquisitorial!...

—No señora, es un derecho de vigilancia,

que ejerzo para la felicidad de usted.

—Esto no puede sufrirse! dijo impaciente la jóven; Dios arrebató un buen padre á su hija; era lo único que le quedaba en la tierra para apoyo de su debilidad, asilo de su corazón. Al principio lo reemplaza con un enemigo, luego por un criticador eterno. ¿A quién he de hablar? ¿con quién he de desahogarme? porque estoy sola.... enteramente sola..... ¿lo entiende usted, señor caribe?

—Por de pronto no puedo menos, señorita, de decir á usted, contestó gravemente Tahiba; primero que las bóvedas celestes dan á veces unos ecos, sobre todo cuando el tiempo está borrascoso y las personas melancólicas!... Segundo, que un padre desde el cielo vela siempre sobre su criatura, sobre todo cuando esta le dirige sus plegarias!... y tercero, que Tahiba ni es criticador, ni juzga á nadie; aguarda á que lo conozcan, juzguen y amen.

—Que lo ame á usted?

—Y por qué no?

—Gran dosis de paciencia necesita usted tener, señor Tahiba.

—Verdad es que no se necesita poca, pero la señorita me dijo lo propio hace algunos años en una época en que aparentaba conocerme mejor.

—Es que desde entonces ha empeorado usted mucho; se ha vuelto usted mas severo.

—Porque no me río nunca? dijo el caribe; jamas lo he hecho, señorita.

—Por eso se va usted haciendo casi odioso ya.

—Luego lo veremos. Por de pronto, sirvase usted decirme cómo es que desde que salimos de

Córdoba no me ha preguntado usted todavía el secreto de la espada.

—Ya me importa á mi mucho el secreto de la espada, ni el tesoro!...

—Lo mismo sucedió en otro tiempo, señorita, y entonces era usted muy joven todavía. Me dijo usted también: «Ya me importa á mi mucho de un marido, con tal que se me vuelva la espada de mi padre»... Seria acaso lo contrario lo que ahora quiere usted decir?...

—No señor, porque hoy tengo en mi poder la espada, y nos marchamos mañana.

—Marcharnos mañana!... Pobre niña.... digo mal: pobre joven! porque Emilio...

—Qué?

—Porque Emilio ama á usted.

—Tahiba, ó se engaña usted ó pretende engañarme.

—Rara vez me equivoco, hija mia, pero jamas engaño á nadie. ¿No se hechó á los pies de usted el baron, diciendo que la adoraba?

—Sí, así lo decia.

—Y lo decia con todo su corazon: conozeo un poco el del hombre.

—Aunque así fuese, no me queda duda que se hacia ilucion, puesto que no soy su primer amor.

—Entonces no podia usted ni aun sospechar que tuviera otro, mas no por eso trató usted con menos crueldad al pobre capitan. ¿Y quién dice que hoy mismo no se engaña usted en su juicio?

—Engañarme, cuando me dice ella que se esponia el baron con la mayor sangre fria á todos los peligros desde que se separaron!

—Con sangre fría? conoce usted que no es así como se espone un amante desesperado? Eso consiste en que su valor es tranquilo, reflexivo, un valor á lo caribe.

—Cuando me dice esa viuda, demasiado hermosa por mi desgracia, que la tristeza, la melancolía de Emilio, son motivadas por los recuerdos suyos, por su memoria!...

—Pues en la gruta de Santo Domingo, bien alegre estaba....

—Cuando la misma lo ha abandonado todo por él, se lo ha sacrificado todo, lo aguarda, lo desea!

—Parece, dijo riéndose Tabiba, que la señora viudita no es nada melindrosa ni modesta que digamos...

—Lo cree usted así?...

—Si señora, y juzgo que la pobre se verá castigada cuando vuelva el baron; verá defraudada su confianza; pero creo tambien que se consolará.

—Ah! Tabiba, Tabiba!.... cuánto queria á usted sí....

—Si no fuese tan odioso, no es verdad? pero no abandonaré á usted á sí misma. Valor, hija mia. No olvide usted que tengo la conciencia de mis derechos, y si reemplazo para con usted al noble marqués, es con toda la plenitud de sus derechos; y hago esta advertencia para que en lugar de invocar su sombra, se dirija usted á mí. Tampoco soy el primero en saberir. Si se halla usted sola y por ello padece, tambien yo lo estoy, y lo estoy por usted. Si le falta un padre, á mí me falta una hija, y no eche usted en olvido que un dia me dijo, poniendo sus manos

en las mias: «Los ancianos son mas prudentes que los niños, descuide usted, que no cambiaré los papeles.»

—Pues bien, padre mio, dijo Antonia confusa y conmovida dando la mano al caribe, no puedo hacer cosa mejor hoy que repetirlo de nuevo.

Cogió el anciano aquella blanca mano, y la apretó sonriéndose contra su pecho; pero siempre incorregible, añadió:

—Sin embargo, mucho me temo que para congraciarme enteramente, será necesario que me justifique el buen resultado.

—Por ahora mis deseos se cifran en ayudar á usted para obtenerlo; mas, cómo lo conseguiremos? qué debemos hacer?

—Dos cosas sumamente sencillas. Ocultarnos cuando sea tiempo, y hasta entonces confiar y tener paciencia.

Y poniendo el dedo indice en la boca, se marchó á su habitacion.

Dividida entre tan lisonjera esperanza y los temores que todos los dias le renovaban las expansivas confianzas de la castellana de Fierval, no pudo conformarse Antonia con la segunda recomendacion del caribe. Padecia y tenia paciencia, pero no esperaba.

Su amiga la miraba frecuentemente con extrañeza.

—Sobe usted, querida, le dijo un dia, que le tengo á usted miedo?

—A mi?... contestó Antonia conteniéndose apenas.

—Si, á usted.... Por mas que disimule usted, yo la adivino y la conozco.

—Pues qué, acaso oculto algo?

—Sí; pero lo que me da miedo es una cosa que no puede usted ocultar, por mas esfuerzos que hace para ello.

—Pero qué es?

—Qué? El carácter de usted.

—¿Nada mas? ¿segua eso me juzga usted mala?

—Ojalá!... pero no es eso Antonia... Tengo miedo, porque para mí solo hay recuerdos fraternales, tranquilos, y aun esos inciertos, pero para usted cuando la vea!... y para él cuando le vea usted!...

—Qué locura! dijo Antonia conmovida.

—Locura será quizás confesarlo, pero el temerlo no.

—Pero ¿quién podría oponer el menor obstáculo á la dicha que usted espera, sin los mas crueles remordimientos?... qué alma noble, conociendo á usted, dejaria de sacrificarse, aunque abrigase las mismas esperanzas?

—Quién sabe! Usted misma duda quizás á su pesar, y desconfía de sus propias fuerzas... pero hay un medio para remediarlo todo....

Pronunció Carolina estas palabras al oido de Antonia con tono alegre y misterioso, pero esta interrumpiéndola le dijo con dulzura:

—El medio mas acertado es que mi padre y yo nos marcheemos antes que vuelvan los prisioneros.

Carolina le puso una mano sobre la boca, y enternecida le contestó:

—No, no, quiero a usted demasiado para permitirlo. Otra cosa mejor es lo que tengo pensado, pero no la diré por ahora!

Esto solo le faltaba á la pobre Antonia. Efectivamente, Carolina nada dijo; pero le fué fácil conocer é interpretar los medios que adoptaba, por los movimientos que se dió lady Walton para llenar su objeto. Lo primero que vió al entrar en su cuarto fue un retrato de cuerpo entero, representando á un oficial de ingenieros de grande uniforme.

Pasó al momento á la habitacion de su amiga, y le pidió la esplicacion de él.

—Ah! contestó esta afectando indiferencia; es el retrato de mi hermano.

—De veras? dijo Antonia sonriéndose; pero me parece que no estaba antes.

—Acaban de mandármelo de Parris, donde lo han copiado de un medallon que teniamos en la familia. Cuánto se alegrará mi buen hermano cuando regrese, al ver que he pensado en él!

Y luego, acompañandola hasta su cuarto y mirando maliciosamente á su amiga, le dijo;

—Cómo lo encuentra usted?

—Muy bien, contestó Antonia sentándose frente al retrato y mirando el uniforme, sin dejar sospechar que conocia perfectamente al buen Fernando.

Desde entouces muy alegre Carolina, y creyendo que su plan era secundado por Antonia, no dejaba pasar ocasion alguna sin elogiar á su hermano. Pasáronse algunas semanas, que fueron tristes para la jóven criolla, y una mañana, cuando más melancólica se hallaba por las nuevas importunidades de su amiga respecto á Fernando, entró en su cuarto lady Walton con una carta en la mano: apenas se sostenia; su agitación era estremada.

—Permitame usted Carolina, le dijo Antonio, que lea esa carta; está usted tan pálida, tan conmovida!

—Iba á suplicarselo á usted, querida amiga, contestó lady Walton dándole el pliego.

Antonia miró los sellos de que venia cargada la carta, y dijo:

—De muy lejos viene.

La abrió, y leyó lo que sigue:

«Querida hermana. Te escribo desde Reggio. «Estamos en libertad, y te lo debemos á ti: Emilio lo sabe. Cuánto hemos padecido! pero ya «te lo contaremos todo. El buque inglés que fué «á buscarnos á Cabrera, no podia desembarcarnos en ningun puerto de Francia ni de Italia. «Asi es que despues de pasearnos por Gibraltar, Argel, Malta y Siracusa, el almirante (oada «menos que eso era nuestro libertador) nos dejó ayer aquí. Ahora tenemos que atravesar la «Italia, la Suiza y Francia, travesia que no sería «muy larga si tuviéramos dinero. El almirante «nos á prestado cincuenta guineas; pero con ellas «apenas tendremos lo bastante para pagar á los «bandidos nuestro paso por la Calabria. Cuidaremos de no ponernos los vestidos que nos ha «regalado, porque los salteadores nos dejarían «en pelota. Llegaremos á Nápoles como unos «mendigos, mal vestidos y sin dinero. Aquí es «donde debes ser nuestra providencia. Durante «los quince dias que nos costará atravesar las «montañas, tendrás tiempo para mandarnos algunos miles de francos en letra contra algun banquero de aquella capital. Tomaremos la posta, «y pasados otros quince dias, te abrazarán tu hermano y tu esposo. Te dirijo esta carta de Mesi-

ana y Nápoles. No saldremos de aquí hasta que conozcamos la habrás podido recibir, por no espionarnos á llegar antes que tu envío de metálico.

«Yo queria tomar el mismo camino que lleva mi carta, pero Gurgi está cansado, no tenemos pasaportes, y solo podremos tomarlo de las autoridades francesas en Nápoles. Además tengo mis razones para preferir hacer el viaje por tierra; y puedo decirte las. Desterrados Emilio y yo en una tierra salvaje, padeciendo juntos, durmiendo juntos, corriendo los mismos riesgos, soportando las mismas fatigas, en este viaje ya no tendremos cosa alguna que ocultarnos reciprocamente, leeré en el fondo de su corazón y le descubriré nuestros proyectos. Ya sabes que estás viuda y que te debemos nuestra libertad. Respecto á tu viudez, creo que por suponerte heredera de la inmensa fortuna de lord Walton, su delicadeza ha hecho que oculte su alegría, pues solo ha dicho estas palabras: «La volveremos á ver en Francia.» y me ha apretado la mano. ¿Qué dirá cuando sepa que te has despojado de tan pingüe herencia para que no tema reclamar los antiguos derechos que tiene sobre tu corazón? ¿Y qué no hará cuando te presente á sus ojos tal cual hoy eres, y le ponga al corriente de tu fidelidad, de la confianza que tienes en él y de nuestra correspondencia? Confía, amada hermana mía, y no temas á lo pasado. No le conozco recuerdo alguno mas serio que el tuyo. Ya sabes que lo observo constantemente hace dos años: debes pues contar segura una felicidad de la cual solo te separan algunas semanas. — Tu hermano y amigo, Fernando Mauvert.

«P. D. En quince días que hemos pasado en Argel, casi hemos aprendido el árabe.»

—Gracias á Dios! dijo para sí misma Antonia luego que concluyó la lectura de esta carta: está triste; no ha dicho nada, me ama, me espera!... Veremos.

Y la certidumbre del triunfo brilló en sus hermosos ojos.

—Ya solo faltan seis semanas, exclamó Carolina levantándose y abrazando á su amiga..... Voy á escribir al momento. Dentro de seis semanas lo veré, Antonia.... lo veremos... porque espero... si supiese usted, amiga mia... no quiero ser la sola dichosa...

En mala hora volvía la viuda á su tema favorito. Antonia se halla llena de amor, de alegría, de esperanza. La carta de Mauvert le responde de Emilio. Además era llegado el momento de ejecutar el plan combinado por ella y Tahiba. Debían evitar el encuentro con los dos oficiales. No querían que sospechasen estos su presencia en Fierval, pues Antonia había resuelto que su suerte y la de Carolina se decidiese libre y espontáneamente por Emilio, y para ello era preciso que Antonia, ausente, fuese la preferida. Por estas razones dijo, aunque con tristeza, á Carolina:

—Querida amiga, hace mucho tiempo que adiviné los proyectos de usted.

—Cómo? exclamó la viuda volviéndose á sentar. ¿desde cuando?

—Desde el día del retrato.

—Es cosa terrible; se conoce que no valgo para nada. No me hable usted, Antonia, casi estoy segura de que va usted á oponerse....

—Escúcheme usted, amada Carolina, tengo que pedirle un favor.

—Un favor?

—Sí, y también que contarle una historia:

—Una historia? y cuál?

Era la de la espada. Dijo lo suficiente la discreta criolla para sin descubrir lo que no convenia á sus miras hacer conocer á Carolina los riesgos á que se esponia dandose á ver; y fundándose en la indiscrecion proverbial de los militares franceses, continuó;

—Ya ve usted que no puedo dejarme ver de su hermano de usted ni del señor baron de Gurgi.

—¿Qué dice usted, querida? contestó lady Walton, aliviado su corazon con esta declaracion.

—No propondré ya para evitarlo nuestra marcha, dijo Antonia; pero denos usted desde hoy hospitalidad en la ermita, y palabra de que nadie turbará nuestra soledad.

—Nadie absolutamente?

—Escepto usted y las personas de confianza que nos sirvan. Deseo estar al corriente de los pormenores de la felicidad, y participar de las alegrías de mi amiga, pero esta ha de tener muy presente que debe guardar respecto á nosotros el mas profundo secreto: si habla ó si solamente pronuncia nuestro nombre...

—Qué sudará?...

—Que no veré al caballero de Mauvert en toda mi vida.

—Y si callo, exclamó Carolina fuera de sí de gozo, consentirla usted?...

—Puede ser!.... despues del casamiento de

usted, quizás!... porque nuestra reclusion no se prolongará pasado ese término.... y hasta entonces, con tal que los dos caballeros pasen una ó dos veces por junto á nuestro retiro, nos contentaremos. Ya sabe usted que hemos contraído la obligacion de verlos libres: es el complemento de nuestro encargo.

—Conformes, y puede usted contar, querida, con la mas estricta reserva.

Se separaron las dos amigas, y Carolina muy satisfecha pensò que no podian arreglarse las cosas mejor para su tranquilidad personal; y á fin de lograr su proyecto de union entre Fernando y Antonia:

—Callaré gustosa, decia, porque no quiero de ningun modo que Emilio la vea hasta que nos hayamos casado... Es tan hermosa!... tan noble!... y quién sabe si es la generosidad el sentimiento que la guia en su resolucion?.... Ninguna de las razones que para ello ha alegado me hace fuerza. Hay ademas una contradiccion muy marcada entre su negativa anterior y la esperanza que me ha dado respecto á Fernando, y estoy convencida de que los peligros que aparenta sobre la espada son infundados.... Si, si, eso es. Ha querido asegurarse de mi discrecion para mi felicidad: puedo contar con ella porque es mi amiga y tambien con mi hermano. Vamos, vamos, un poco de paciencia y daremos cima á esta aventura, que podriamos desgraciar queriendo apresurarla.

CAPITULO XVI.

El regreso.

Durante todo el verano siguiente ocupó la pintoresca ermita una huéspeda hermosa y poética. Jamás vieron Córdoba ni Sevilla en las calles de sus deliciosas alamedas aparición mas encantadora. Nunca piés mas pequeños ni escarpin mas lindo habian pisado la yerba que crecia bajo su sombra, ni cubrieron las airosas mantillas ojos mas brillantes y hechiceros que los que se miraban melancòlicamente en las aguas cristalinas del arroyo. Finalmente, no era posible ver figura mas atractiva que el gracioso fantasma que se paseaba por entre los árboles del bosquecillo, cuando el manto de la noche se esparcia por los contornos de la quinta.

Pero á fines de agosto, la dama de la ermita

cesó de verso. Hacían, sin embargo, muy hermosos días: la naturaleza convidaba á esplayarse. ¿Sería quizás el temor de encontrar otros paseantes por el bosque lo que la retraía de salir? Sin duda que sí, porque muy pocos días antes de encerrarse así, dos hombres en trago de caza atravesaron el bosquecillo en una mañana placentera. Tres ó cuatro perros de caza olfateaban la yerba y recorrían alegres el terreno delante de ellos. Uno de estos dos hombres era de exterior sencillo, pero su fisonomía expresaba una fínura muy marcada, hermosa, y aunque de estatura regular, sumamente elegante; sus cejas ligeramente fruncidas, y sus labios constantemente apretados, indicaban algún padecimiento ó preocupacion moral. Su compañero le igualaba en estatura, si bien era mas grueso y fornido: de cara alegre, moreno, pelo corto, sin patillas y con bigote pequeño y negro: sus ojos brillaban bajo largas y hermosas pestañas.

Ambos pasaban á unos doscientos pasos de la quinta, y llegaban al medio del prado, cuando el último de quien hemos hablado agarró el brazo del otro, y con voz fuerte dijo á sus perros:

—Diana, aquí... Coqueta, Milord, Júpiter, aquí, quietos aquí. Tú tambien, Emilio: venid, venid todos, hijos míos, voy á deciros un secreto y abricos mi corazón.

Y apoyándose en el brazo de su amigo, cruzándose una pierna sobre la otra y retorciéndose el bigote mientras los perros obedeciendo su llamamiento se echaban á sus pies, continuó:

—Ves aquella casita? ¡pues encierra un tesoro, amigo mio! ..

—¡Ah!..... replicó el otro procurando sonreirse.

—Sí, pero no vayas á creer que es para tí.... El tuyo está por allá, y señalaba al castillo de Fierval. Tu tesoro me ha puesto sin yo pretenderlo en el rastro del mio, y me parece que te cree demasiado aficionado á esta clase de caza, para dudar entre los dos, llegando su consideracion en obsequio mio hasta dejarme adivinar cuál sea y de qué especie ese precioso tesoro.

—Tu hermana está loca, mi pobre Fernando; hoy ya no tiene nada que temer.

—Bueno!... pues siendo así, y no corriendo peligro Carolina ni yo, bien te puedo confesar que ese tesoro es una mujer.... aquí, Júpiter, quieto: ¡ese maldito perro no tiene crisma! Sí, una mujer: es rubia, meláncolica, y su figura hace mucho efecto puesta bajo los sauces llorones: para vivir necesita misterio; solo vé la pálida luz de la luna: come muy poco, está abatida, siempre lleva vestido blanco, y muda de traje catorce veces en semana.

—Hombre, ¿te ha dicho tu hermana todo eso?

—No por cierto. Es mi hermana la discrecion personificada; solo me ha dicho así, con un airecito truhanesco y mostrándome esta quinta. «Fernando, allí hay un tesoro para tí;» y como sabes que me muero por las rubias, me he enamorado repentinamente porque no puede ser otra que una rubia la que allí se encierra. Sueño todas las noches que me rodean sílfides, ninfas

aéreas, me acarician, me bambolean y me vuelven loco.

—Todo eso es muy agradable....

—No es verdad que sí?.... es osiánico; por manera que estoy decidido á tomar lecciones de arpa.

—Mucho mas sencillo y positivo seria hacer ahora mismo una visita á nuestra vecina.

—Jesus, qué cosa tan prosáica! No eres digno, mio caro, de tener por amigo á Fernando, ni por mujer á Carolina. Sin decirse nada, él, ella y la heroína de ese encantado castillo, se entienden á las mil maravillas. El plan mas bonito está combinado: los quince primeros dias seguirá oculta mi sílfida: ese tiempo de prueba lo empleará en observarme cuando la caza, ese placer tan noble, ó bien la meditacion, que es la necesidad de las almas virgenes, me conduzca á los alrededores de su habitacion, bajo sus balcones. Por mi hermana estará enterada continuamente de mi vida, de mis suspiros, distracciones, y hasta de mis caprichos pasados y futuros, si los tuviese con alguna belleza de ojos azules.... El dia 16, la fatalidad hará que nos encontremos en las márgenes del arroyo: en esta primera entrevista todo será miradas, suspiros, saludos. El dia 17 volveremos á encontrarnos, y ya alguna que otra palabra dará principio á ciertas esplicaciones: el dia 18 tambien: el 19....

—Hombre, concluye por Dios, pues te aseguro que estás horrorosamente fastidioso.

—Eso durará unos quince dias mas, pasados los cuales....

—Principiaréis á adoraros, ¿no es eso? Pues bien; todo ello está en las reglas de ese magni-

fico plan, digno de la cabeza que lo ha concebido.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?... ¡En las reglas! Si ya nos adoramos: ¡pobrecillo!... Ahora mismo, en este momento, mi desconocida hermosa se halla oculta detrás de aquellas cortinillas de ligera gasa que ves en sus balcones; estoy pasando revista de inspeccion, y por ello he tomado esta posicion tan interesante. No dudes, querido Emilio, que hago un soberbio efecto, la suerte de mi ninfa se decide en este instante.

—Pues entonces ya nos podemos marchar.

—No hay inconveniente; pero te encargo que no pongas obstáculos á esta preciosa intriga, ni introduzcas tu mirada profana en el santuario que encierra á mi invisible. Sé discreto, cuida de mantenerte siempre á una respetable distancia de mi tesoro, mira que se trata de una operacion que requiere suma delicadeza, y es preciso que no se pongan estorbos á los sucesos. Cuanto con que serás complaciente para con tu amigo.

—Te lo prometo: no tengo la menor gana de ver á tu heroina, y pondré todo mi conato en no encontrarla.

Cuando concluida esta conversacion se alejaban de la pradera los dos cazadores, decia Antonia á Tabiba en el salon de la ermita:

—Qué dice usted, señor caribe; cree usted todavía que debemos quedarnos?... qué podemos esperar?

—Lo creo ahora como lo he creido siempre, contestó Tabiba, que acababa de observar detenidamente á Emilio durante la conversacion de los dos oficiales.

—Obedeceré, pero ya no creo!... dijo tristemente la criolla.

—No me equivoqué cuando dije ser necesario tocar el buen resultado para que se me perdonase... Bien es verdad que todas las mujeres son lo mismo.

Y se salió del salón sin hacer más observaciones. No dejaba de tener motivo para hablar así la joven española, porque la vispera había recibido un golpe cruel su pobre corazón. Entró Carolina por la mañana en su cuarto radiante de alegría y le dijo abrazándola:

—Ya han llegado!... ya están aquí desde ayer noche. Soy feliz, porque mi hermano ha conseguido cuanto deseaba.

—Ya me lo he presumido al ver brillar la alegría en los ojos de usted, amiga mía.

—Si supiera usted todo lo que cuentan!...

—Han hablado acaso de sus amores en España?...

—De sus amores?... Pobre amiga mía! Mucho lo siento, porque es usted española; pero solo hablan mal de aquel país, y en materia de amor no dudo que exageran: comparan las mujeres españolas á los dragones y gastadores; dicen que hacen todos los adelantos, y son tan celosas como si cediesen después de gran resistencia y en virtud de sagradas promesas; aseguran que los tenían miedo, y Emilio riéndose me ha jurado, que á pesar de las muchas ganas que tenía de serme infiel, no ha encontrado á quien amar,

—Ninguna ha encontrado?

—Ninguna, ni tampoco mi hermano! y esto me engaña mucho, porque conocido su carácter, no se le puede creer.

—No será escrupuloso, es verdad?

—Precisamente no es por eso; sino porque no

estaba enamorado; no tenía recuerdo que la contuviera...

—En lugar del baron de Gurgi...

—Aquí para entre las dos, querida amiga, creo que eso es lo que le ha libertado. Por mas que esos señores lo aseguren y afirmen, á mi no me engañan. Es imposible creerlos en lo que dicen de las españolas, sobre todo despues de que se ha visto á usted, Antonia.

—Y á pesar de eso dice usted que Mr. Mauvert ha logrado completamente!...

—Sin dida, y yo estaba loca cuando me temia lo contrario. Fernando ha principiado á exigir del baron que dijera si estaba libre su corazon, y una vez satisfecho de que era asi, se lo ha declarado todo. Este conocimiento parece que causó á Emilio una revolucion completa: durante todo el camino y atravesando esa horrorosa Calabria, ni se cuidaba de los peligros, ni le hacian mella la miseria ni el cansancio; estaba continuamente agitado, siempre pensativo; algunas veces se paraba, y levantando las manos al cielo exclamaba: «Dios mio, muera yo antes que faltar al deseo mas ardientes de mi corazon, antes que desviarme del voto sagrado que tengo hecho» Y cuando Fernando le preguntaba que significaban aquellas palabras: «Pienso en tu hermana», le respondia. Apenas llegó, su primer anhelo fué visitarme; sin detenerse un momento en Casagrande, ha venido á Fierval con mi hermano. Mientras estuvo presente Mauvert en uuestra primera entrevista, me pareció Emilio distraido, frio: cuando quedamos solos bajé los ojos ruborizada, pero al fin miré al baron... tambien él me miraba silencioso, meditabundo, pero luego me

tendió la mano y me dijo: «Carolina, el cielo ha hablado; en todo cuanto me ha sucedido veo escrita su voluntad, á pesar de que lleva el sello del fatalismo.... quieres á un hombre á quien tendras que consolar? á un hombre que se halla destrozado por la pérdida de sus mas caras ilusiones? á un amigo que en mucho tiempo no podrá devolverte el afecto que le des? á un caballero, en fin, que todo lo ha perdido, el corazon, la cabeza, el brazo, y hasta su espada?...

—Hasta su espada!... repitió maquinalmente Antonia.

—Oh! tambien á usted le estraña, amiga mia!... Aunque Emilio nada me ha dicho de sus aventuras, me parece muy raro que en su historia figure tambien un personaje tan particular: una espada!

—Si, en verdad que es chocante!...

—Pero dejando eso aparte... vengo á participar á mi mejor amiga, que dentro de ocho dias son los contratos.... lo he exigido asi, porque estoy segura de que la felicidad de Emilio está en nuestra union: no lo cree usted tambien, Antonia?

—Si, efectivamente, no me queda duda alguna sobre ello.

—Adios, adios, querida, me voy al tocador: algunas mañanas los verá usted pasar por aquí, y tendrá usted que adivinar cuál de los dos es Emilio... Pero cuán triste está usted, amiga mia! Pobre Antonia!.... Siempre pensando en Solarez!... eso no es divertido, y menos en esta soledad. Me ocurre una idea. Todos los dias tendremos partidas de caza, reuniones, fiestas, ya en Fierval, ya en Casa-Grande; yo cuidaré por las

mañanas de poner á usted al corriente de las diversiones del dia anterior y de las que se preparan para el presente; esto servirá de distraccion, será la lectura de una historia tanto mas interesante, cuanto mas cerca se halla su desenlace. Adios: procure usted ponerse alegre... bien sé yo de una personita que le volveria la alegria, y sobre todo... mire usted bien á nuestros caballeros, y á vuestras propiedades.

—¿Y estas mujeres, dijo Antonia apenas se quedó sola, son las que nos llaman adelantadas y desenvueltas á las españolas?... Comprometer de ese modo la delicadeza de un hombre sin estar segura de su corazon!... no es esto odioso?... Ah! si no escuchase yo mas que á mi corazon!... Si me dejase alucinar como ella por mis deseos!.. Si solo pensase en su ejecucion!... pero no, jamas; nunca faltará la hija del noble marqués de Roverdá á los principios de su esclarecida cuna. Debo esperar y creer hasta el último momento.... Debo fiarme en esa segunda vista del honrado caribe, del amigo tan conocido y apreciado por mi padre!... Ni ha podido olvidarme Emilio, ni me olvidará jamas, pero veo que ya está desanimado, ya no tiene valor para hacer mas pesquisas sobre mí, ni aun para saber si vivo ó he muerto..... y antes de tener certidumbre sobre ello, va á unirse á otra mujer, por via de consuelo!... Oh! no sabe amar, ni merece que dé un paso arriesgado por él!.... quizás no lo apreciaria. Mejor será compadecerlo y obrar con prudencia: lo pondré á prueba sin que me vea, y ojalá se me presente luego ocasion para ello!

No tardó mucho en efecto en presentarse la

ocasion apetecida; pero mientras llegaba esa época decisiva para su felicidad, cuánto padeció la pobre Antonia! qué caliz tan amargo tuvo que beber la noble mártir!

Segun se lo habia ofrecido, cuidaba Carolina de relatarle diariamente los paseos, comidas y bailes que se daban en uno ú otro de los castillos, y los progresos que hacia en el corazon de Emilio, que segun ella, eran cada dia mayores; y efectivamente observó Antonia que el baron volvía á su estado natural. Su fisonomia le parecia mas alegre, que renacian sus fuerzas, y por las mutaciones de su semblante calculaba dolorosamente la proximidad del dia en que su imágen se veria enteramente borrada en el corazon de Emilio. Cada vez que su indiferente compañero le hacia pasar por las cercanias de la ermita notaba Antonia mas claramente tan inesperado cambio: tomaba algunas veces parte en las locuras de Fernando, saltaba zanjas, llamaba á los perros, hazaba á reclamo, y corria por los prados. Cosa muy cruel es para el corazon de una mujer amante y fiel, ser testigo de esa ligereza insultante en que á veces se lanzan los hombres para ahogar recuerdos que juzgan inútiles, y á que son frecuentemente impulsados por la nerviosa escitacion que causa la memoria de un objeto amado que creen perdido para ellos; mas sin embargo, ¿podia asegurar Antonia si lo que así trasformaba al capitan era su imágen ó la de Carolina? Ciertamente que no.

El sangriento episodio de L* le fué relacionado á lady Walton por Emilio con toda la reserva que podia desear Antonia, quien juzgó y con razon, que si los dos amigos habian de pro-

nunciar su nombre, de ningun modo lo harian delante de Carolina, y que su incógnito no seria descubierto.

No se cansaba aquella de hablar á su amiga sobre un lance tan onroso, espresándole admirada la manera milagrosa con que su hermano se habia salvado, dejándose caer como muerto sobre los cadáveres de sus compañeros, herido tan solo en el brazo, y el modo todavia mas providencial con que se habia Emilio librado de la muerte, siendo llamado fuera de la sala cinco minutos antes de la terrible catástrofe... Cuanto latia el corazon de la pobre Antonia! cuanto padecia! cuán conmovida estaba al oir á su amiga!

Por otro lado los obsequios, pantomimas y paseos de Mauvert se hacian ya insoportables: cuantos mas dias trascurrian, mas empeñado estaba el buen Fernando en descubrir á su hermosa desconocida, de modo que llegó á no poder salir de su habitacion. Finalmente, para colmo de su ansiedad, le dijo Carolina que Emilio habia consentido en que se fijase la celebracion de su matrimonio para de alli á ocho dias. Napoleon habia hecho su campaña en Holanda: ya se hablaba de la memorable de Rusia, y los cós oficiales tendrian en breve que reunirse á sus cuerpos.

Era pues ya tiempo de proporcionar un desenlace, que hacia muy necesario el estado anómalo en que todos se encontraban. Estas reflexiones ocupaban á la alligida Antonia sin que se decidiese á cosa alguna, cuando la Providencia preparò una solucion imprevista á este drama; solucion que será la materia del último capitulo de nuestra historia.

CAPITULO XVII.

La divisa del padre.

Una noche en que apenas se habia retirado Antonia á su cuarto, oyó tocar en la puerta precipitadamente.

—¿Quién está ahí? dijo sorprendida.

—Yo soy, contestó con voz trémula Carolina.

—Usted á estas horas!..

Se apresuró á abrir á su amiga, pero al verla no pudo contener un grito de sorpresa y casi de terror.

—Causo espanto, no es verdad? dijo Carolina: parezco una loca. ¡Ay amiga mia! no me falta motivo para perder el juicio.

En efecto, lady Walton venia en trago elegante de soirée: su cabeza y espalda descubiertas; habia andado el camino de Fielval á la ermita,

sola y á pié, á las diez de la noche y en octubre. El viento húmedo y frío había azotado los hermosos bucles que despeinados cubrían su conmovido y anhelante pecho. Calzados sus pies con zapatos de raso, estaban llenos de la húmeda arena sobre la cual andubo gran parte del camino. Llegaba pálida, enteramente helada.

Apresuróse Antonia á hacerla sentar junto al fuego, cubrió sus espaldas, y procuró reanimarla y tranquilizarla.

—Qué tiene usted? le dijo pasados unos instantes; que ha sucedido?

—Nada... casi nada, puede decirse... En nuestros salones, amiga mia, todo se hace con decoro, sin escándalo... ninguno de cuantos esta noche han estado en Fierval tiene la menor sospecha de que haya pasado cosa alguna extraordinaria... Sin embargo, ya ve usted cómo estoy...

—Cuénteme usted luego, querida, cuanto haya sucedido... Sin duda se habrá usted alarmado sin fundados motivos... Será un terror pánico.

—No, amiga mia, no; lo que hay es toda una catástrofe completa! no sé cómo relacionarla ni por donde principiar!... Esta noche debían firmarse los contratos matrimoniales... había mucha gente en Fierval; era una fiesta magnífica. Emilio estaba de grande uniforme con su espada al lado... En el momento en que tomaba la pluma... cuando palpitante, conmovida, débil, pero feliz, le miraba con ternura, con confianza, con tierna compasión, porque estaba pálido serio... en el momento en que mi corazón y mis ojos le decían... firma! firma! yo me encargo de consolarte, de hacerte feliz!... en aquel mismo instante entra precipitado uno de mis criados y le entrega

un billete; lo toma Emilio y maquinalmente lo lee!... se le escapa la pluma de las manos!... se sienta, y se desmaya!... Mientras todo el mundo se apresura á socorrerlo, me apodero del funesto papel... Estaba sin firma, escrito en frances, y contenia estas solas palabras:

«El señor baron de Gurgi ha cambiado... de espada.»

—Quién ha podido escribir eso? exclamó Antonia sin poder contener su admiracion.

Mas luego le ocurrió que podia ser Tabiba, y se repuso algun tanto.

—No lo sé, ni puedo adivinarlo, contestó sencillamente Carolina. Pero es una cosa sumamente estraña!... Esta es la vez tercera que se me habla de una espada!... usted, él, y ese billete. Mi cabeza se trastorna, me pierdo en conjeturas!... Cuando vuelto en sí Emilio le han presentado de nuevo la pluma para firmar!... se le ha caido de la mano!... mal digo, la ha tirado!... ha huido precipitadamente, sin mirarme, sin decirme una sola palabra siquiera!... y yo, anonadada, muerta, sin saber qué hacerme, he venido á hecharme en los brazos de mi mejor amiga, contarle mis penas, mis temores, á implorar su compasion y sus amistosos consejos!...

—Es preciso, dijo Antonia conmovida, pero llena de esperanzas, que vaya usted á buscarlo mañana por la mañana!... y pedirle una explicacion formal de su conducta...

—A su casa?

—No precisamente á su casa. Segun me tiene usted dicho, creo hay un lindo casino en el parque de Casa Grande, en el cual se ha arrojado el señor baron una habitacion particular

para él solo, y en ella tiene sus instrumentos y libros, sus gabinetes de música, de pintura y....

—En el que nos veíamos todas las mañanas, interrumpió Carolina conteniendo apenas sus sollozos, como dos amantes misteriosos: donde los dos tomábamos té y teníamos largas conversaciones....

—Y sin duda irá mañana?

—Quién sabe si despues de lo que ha ocurrido!...

—Irá, no me queda duda!... y usted estará y le esperará allí!...

—Si, si, eso es. Pero por Dios, amiga mia, mi ángel tutelar, no me deje usted sola.

—Su ángel tutelar! .. dijo para si la española mirándola con amarga compasion; puede ser!... Esa es mi intencion, le respondió.

—Gracias, gracias, mi amada Antonia, Escramó Carolina reconocida, aunque algo admirada. Y es una viuda la que pide auxilio á una jóven soltera! Si, si, estará usted allí oculta. La idea de tener cerca á mi amiga me dará valor... Adios, querida, ya no dormiré ... mañana á las ocho vendré á buscar á usted... adios...

—Valor, le dijo Antonia abrazándola.

Y cuando se vió sola:

—Yo tambien lo necesito y no poco para esta última prueba.

A la mañana siguiente, atravesando el parque cuyos árboles combatidos por las ráfagas del viento de Otoño se desprendian de su dorado follaje, las dos rivales envueltas en sus pellizas y del brazo, se encaminaron silenciosas al casino del baron de Gurgi. Una puestecita practicada en

la pared del hermoso parque, cuya llave tenia Carolina, les dió entrada sin obstáculo alguno. Antonia se dejaba guiar por su amiga, y poco tardaron en llegar á la linda casita rodeada de un delicioso jardín y de una doble hilera de copudos árboles.

—Tiene usted miedo? dijo á Carolina, haciendo como que hasta entonces no habia observado su emocion....

—Si, no me atrevo á atravesar este recinto: me parece que cien ojos me están mirando.... esos ruidos de los árboles por un lado, y el profundo silencio de este bosque por otro, me causan espanto....

—Tranquílicese usted, amiga mia... no estoy yo aqui? venga usted, venga usted, dijo la valerosa criolla, que bajo su manto llevaba la espada del marqués de Roverdá.

Y luego dijo en sí misma, como en otro tiempo a Gulnar:

—Siempre teneis miedo vosotras.

El casino, construido con sencillez, formaba un cuadrilongo perfecto. Se componia de dos habitaciones tomadas en su largura. La primera entrando por la linda escalinata que daba al jardín, recibia la luz por una ancha puerta de cristales. Servia, por decirlo así, de recibidor. Habia una cocinilla con su chimenea de mármol blanco: una mesita de caoba para tomar el té, un sofá, algunos sillones, varias porcelanas con flores, un piano, y multitud de papeles de música.

La otra pieza, mas pequeña y retirada, servia de tocador al soldado, de taller al artista. Entraba la luz por arriba; varias armas colgadas adorna-

ban las paredes interpoladas con algunas pinturas: á un lado el caballete, á otro una mesa escritorio.

La primera de estas dos salas se llamaba el locutorio; la segunda el taller. Se comunicaban por una puerta igual á la de entrada, pero que en lugar de cristales se cubria con un tapiz, á fin de disminuir la luz en el taller sin separar á este del locutorio. Finalmente, en el fondo del taller habia una puertecita que daba al parque y servia de entrada secreta al casino.

Antonia se enteró desde luego de la distribución de este, mientras su compañera, sin fuerzas, tendida en el sofá, dejaba correr su imaginación abatida por ideas incoherentes y mezcladas de ansiedad. La conmoción de la española era grande al entrar por vez primera en el sitio que de preferencia habitaba el hombre á quien amaba, y en el cual iba á decidirse su suerte. Pero habia venido con una resolución firme y con una esperanza que duplicaba su valor. Así es que lejos de debilitarla el conocimiento de la próxima lucha, sacaba de él una energía febril que es con frecuencia la señal segura del triunfo.

—Hablele usted con franqueza, dijo á Carolina; voy á colocarme detras de esta cortina; no se olvide usted que estoy cerca y que observaré de que modo se siguen mis instrucciones, que seré testigo de la mas pequeña debilidad. Si duda usted, si necesita usted un consejo mudo, una seña que la inspire, mire usted hácia el lado donde está su amiga; nunca la engañará esta.

—Y abrazándola al decir estas palabras con afectuosa y compasiva familiaridad, pasó Antonia

al taller, y se puso detras del tapiz, que corrió enteramente.

Casi al mismo tiempo entró el capitán en el locutorio. Dió dos pasos y se quedó inmóvil al ver á Carolina, que de pie y junto á la chimenea apoyaba la cabeza en sus dos manos.

—Soy yo, baron, dijo la viuda..... es Carolina....

—Usted aquí, señora, en este día!...

—Si, hoy, contestó con alguna mas firmeza en la voz.

Emilio se dejó caer en un sillón junto á la mesa, apoyó los dos codos en ella, y su ardorosa frente en las manos sin pronunciar una palabra.

Carolina le miró tristemente.

—Emilio, le dijo con dulzura, me ocultas algun secreto.... no me dices nada?... ya ves que vengo!...

Emilio no contestó. Carolina nada habia logrado con hacer abnegacion de si misma: el paso que acababa de dar con toda confianza y abandono, no habia sido apreciado. Herida su altivez, y vuelta al sentimiento de su decoro al mismo tiempo que sus sospechas tomaban una direccion fija, cambió de actitud y de lenguaje. Una revelacion le vino al pensamiento, recordando la proximidad de Antonia, y repitió con calma y en tono de autoridad:

—Baron! ayer supe que tenia usted un secreto: hoy creo que ese secreto es el recuerdo de otra mujer. Ignorante ayer, quizas esté ahora ilustrada. Era usted ayer mi dueño, hoy lo soy vuestro yo.... Ah! parece que al fin os dignais escucharme!

Efectivamente, Emilio se estremeció. Carolina dirigió la vista al tapiz, y Antonia separando la cortina le hizo señas de aprobacion. Continuó pues con mayor confianza.

—Pido su nombre, su país, su historia entera. Quiero saber hasta los mas minuciosos detalles, hasta los episodios mas insignificantes. Exijo en fin una confesion plena, completa. Solo á ese precio obtendrá usted su perdon. No hablo de nuestra union: en usted está probarme que no me equivoque creyendo que todavia la desea....

Emilio dejó caer sus manos sobre la mesa, pero sin levantar los ojos, sin responder. Carolina tomó su chal y su sombrero, y dirigiéndose hácia la puerta, añadió:

—Dejo á usted durante diez minutos, baron, para que quedando libre, pueda pensar en ella y se decida, ó á decir adios para siempre á esos pensamientos que ya serian ilegítimos, ó renunciar á Carolina. Solo por la última vez, y con la memoria de mi rival, si bastase ese término para devolver á usted la felicidad que echa de menos, si en ese intèrvalo el cielo te la proporcionase, Emilio, continuó con ternura, no lucharia de este modo. Debo creer que solo tienes que elegir entre un recuerdo y yo. Espero, pues, que te decidirás cuanto antes.

Al marcharse miró Carolina por el ledo del taller, pero la posicion del capitan no permitia á Antonia dejarse ver. Un triste presentimiento atravesó el corazon de la linda viuda; pero como el silencio y la inmovilidad de Emilio la habian lanzado en aquella via decisiva á pesar suyo, no podia variar ya y salió.

Entre tanto Antonia seguía con ansiedad las fases de la escena que pasaba ante sus ojos. Apenas oyó la puerta que se cerraba, se sentó en la mesa y escribió lo siguiente:

«Señor baron: Antonia se halla aquí, cerca de usted. Con una mano escribe estas líneas, y en la otra tiene la espada. Debe entregarla, pero esperará á que solo y consultando á su corazón, decida usted entre la española ausente y su rival presente. Si esta triunfa, diga usted adios á Antonia y á la espada de su padre.»

Mientras escribía, se levantó el capitán, y se paseaba muy agitado por la sala. Se aproximó al tapiz, lo separó imperceptiblemente, y lo dejó caer de nuevo. Antonia se acercó entonces y vió á Emilio conmovido; sus ojos fijos no veían objeto alguno, unas veces se cruzaba de brazos, otras se paraba poniendo la mano en la frente. Era evidente que luchaba con alguna misteriosa influencia, mas no era fácil que diese en la causa de su meditacion; estaba distante ni aun de sospecharla.

—Si supiera, se decía pensando en Carolina, si conociese que este recuerdo predomina en mi corazón, y que en esta lucha es vencida por un fantasma! Si supiese... Oh! mi hermoso ensueño, mi hermoso ensueño!

No hablaba Emilio, pero Antonia leía en su semblante los pensamientos que le agitaban.

—Si fuese ella! dijo en voz alta; oh Dios mio! Dudar entre Antonia y Carolina sería un crimen.....

El corazón de la española rebosaba de alegría: apenas podía sostenerse; su mano separaba la cortina; su cara pálida, su mirar turbado... El capitán había vuelto á su paseo.

—Ilusion!... locura! desgracia! seguia repitiendo Emilio; seria preciso un milagro para...

Y cansado de esta lucha cruel, volvió é caer de nuevo en el sillón que acababa de dejar, y se recostó en la mesa vuelto de espaldas al taller. Estaba mas tranquilo, pero tambien mas abatido, y decia apoyando la cabeza en su mano:

—Dios mio! en ese triste viaje os supliqué tantas veces me diéseis la muerte antes que permitir faltase al mas tierno de mis deseos!... si ella me hubiese amado, hubiéseis oído mis ruegos!... si me amase me hubiera contestado, ó bien hubiérais hecho, Dios mio, que finase mi desdichada vida!... dentro de poco ya será tarde!... Antonia! Antonia! exclamó con voz angustiosa, esta es la última vez que te llamo!...

Fuera de sí la criolla levantó enteramente la cortina que poco á poco iba descubriéndola, y trémula, anhelante por el gozo que experimentaba y el que causaria al capitán, dijo en voz balbuciente.

—Emilio!...

Pero el acento demasiado débil no se oyó, y al mismo tiempo se abrió la puerta vidriera de la escalinata y entró Carolina. Esta observó al momento la sospechosa posicion de su rival: en el movimiento de sus labios y en la espresion de su fisonomia casi adivinó el nombre que acababa de pronunciar. Una estraña severidad se pintó en su semblante. Antonia turbada dejó caer la cortina. Emilio no vió mas que á Carolina, pues el ruido que hizo la puerta al entrar le impidió oír la exclamacion de la española.

—Y bien, Emilio, estás decidido? preguntó aquella.

—Has vencido, Carolina, contestó demostrando en su melancólico semblante la firme resolución que la dictaban su honor y su delicadeza.

La tomó de la mano y se sentó junto á ella en el sofá.

—Es decir, contestó lady Walton, que no siempre he sido la predilecta?

—No, Carolina: sería un loco, un cobarde, si despues de lo que ha ocurrido esta mañana, no te dijese que has vencido, y no es suficiente toda mi vida para hacerte olvidar que te has humillado ante mí.

—Y la confesion que te he pedido? estás dispuesto á hacerla?

—Si, pero será la confesion de un recuerdo que ha pertenecido constante y que hace poco se ha renovado con tal fuerza!.., Es una locura en la que ya no puedo pensar, y te dobo el sacrificio de ella.

—Has reflexionado que haciendome ese sacrificio me das á entender que deseas nuestra union?

—Sí, y ese es el mas ardiente deseo, el deber mas precioso que hoy tengo.

—Piénsalo bien, Emilio, mi felicidad está ahora mismo en un albur; todas las palabras que pronuncias tienen una trascendencia sagrada, encierran un solemne compromiso.

—Lo he reflexionado, y pronuncio esas palabras con conviccion.

—Escúchame, amigo mio, interrumpió Carolina poniendo la mano sobre el brazo de Emilio y mirándole con dulce autoridad; acabo de estar ola: he reflexionado mucho, sospechado mu-

cho, y adivinado quizás mucho.... Se trata de una mujer que crees haber perdido, no es verdad?...

—Y qué no podré nunca encontrar.

—Mi ligereza puede ser que te haya impedido continuar las diligencias necesarias para ello.

—Hubieran sido completamente inútiles.

—Sin embargo, y si ella te buscase?

—Una mujer buscar de ese modo á un hombre?...

—Puede ser!... dijo levantándose Carolina. Cuál es su país? cuál es su nombre?

Esto ya era demasiado para la pobre Antonia, que desde el regreso de Carolina escuchaba con la avidez del jugador á quien la suerte va robando su última esperanza en el momento que creía segura su fortuna. Emilio la habia negado ya tres veces. Carolina la adivinaba, y creyéndola pérfida sin duda alguna, iba quizás á sacrificarse por ella y presentarse como la mas generosa!... Era golpe demasiado fuerte para resistirlo, y no quiso oír la respuesta de Emilio.

Fria, pálida y trémula, pero firme y resuelta en su desesperacion, se dirigió á la puerta secreta que daba al parque, despues de haber echado una mirada á la carta que quedaba sobre la mesa.

Abrió la puerta, llevandose para siempre la espada!...

Al ir á salir dió un grito espantoso, y se volvió precipitada, medio muerta, los ojos cerrados!... El baron y Carolina se precipitaron en el taller. Emilio recibió en sus brazos á aquella mujer que iba á caer. Delante de él se presentó un hombre de aspecto hediondo, pálido, con una barba desmosurada, trasternada la fisonomia, ves-

tido con un sayo hecho giras, que acababa de entrar desaforado por la puertecita que se encontraba abierta, y que sin duda habia causado el susto de la mujer.

Lo primero que vió el baron fué al hombre; le miró un momento y exclamó:

—Solarez!...

Y bajando la visa a la mujer que tenia desmayada en sus brazos:

—Antonia!... repitió.

Y lanzando al mismo tiempo la espada que las desfallecidas manos de la jóven dejaban caer, la sacó de la vaina y presentó la punta al miserable que se aparecía de aquel modo.

Este hombre se hallaba en un estado próximo á la locura. Fácil era conocer que acababa de llegar, y que habia andado mucho camino, pues la espresion del cansancio se mezclaba en su fisonomía á la ficticia enerjia que con frecuencia se imponen á sí mismos, aun en los momentos mas angustiosos, los caractéres violentos. Su primor movimiento fué echarse sobre aquella espada desnuda y agarrarla con sus dos manos, exclamando:

—Es mia.... y he jurado que me la volverais!...

Emilio quiso retirarla, pero demasiado ocupado con Antonia, que enteramente desmayada descansaba en sus brazos, la soltó tan fatalmente, que Solarez firándola con fuerza hácia sí, se la entró mas de tres pulgadas en el pecho junto al corazon....

Al instante la sacó sangrienta, pero en vano; fué tambaleándose hácia la puerta, extendiendo los brazos sin proferir una sola palabra, y

tropezando en la grada de la misma puerta, cayó tendido en la parte de afuera..... Estaba muerto.

Como si una fuerza bajada del cielo la hubiese despertado, el contacto del corazón de Emilio hizo que Antonia abriese los ojos, y ruborizada se separó de sus brazos. El baron recogió la espada vengadora, y la guardó en sus manos. Al mismo tiempo un hombre anciano entró, y mirando con indiferencia el cadáver tendido en la puerta, la cerró. Era Tahiba, que dijo:

—Los altos juicios de Dios se han cumplido; ya está vengado el marqués de Roverdà!

Antes que nadie respondiense, se oyó una voz jovial que gritaba:

—Emilio, Emilio, no es el papá Tahiba el que acabo de ver en el parque?...

Y Fernando levantó la cortina y entró.

Todos se hallaban reñidos en el taller.

—Señor baron, dijo Antonia con voz débil y trémula, dirigiéndose á Emilio: iba á marchar con esta espada, que hoy me pertenece mejor que nunca....

—Un momento, replicó el caribe. Quiero el señor baron antes de devolverla conocer el secreto de la espada? Está escrito sobre la hoja, y Solarez ha debido buscarle mucho tiempo en otra parte.

Emilio se puso á mirar maquinalmente la hoja de aquella espada, cuya parte superior se veía adornada de arabescos.

—Es letra árabe! dijo Fernando, que tambien miraba por la espada de su amigo.

—Si señor, contestó Tahiba. En vida del mar-

qués de Roverdá empleaban con frecuencia los caballeros españoles para escribir sus divisas los caracteres de los Abencerrajes.

—Hola! hola! exclamó Fernando que habia concluido de descifrar...

Emilio le puso una mano sobre la boca, y volviéndose á las dos amigas:

—Carolina, perdóneme, dijo á lady Walton; y luego dirigiéndose á Antonia:

—Señorita, solo puedo consentir en devolver á usted la espada, en cambio del tesoro que indica en su divisa.

—Tómela usted, caballero de Gurgi, contestó Antonia con aire altivo y gesto de desprecio, soy conforme en ello.

Y al mismo tiempo alargó la mano para recibir la espada de su padre.

—Poco á poco, señorita, replicó Mauvert; antes se hace precisa una pequeña esplicacion, y que Antonia reciba una leccion de árabe.

Y acercándose á ella con la espada que quitó de las manos de su amigo, la dijo:

—Vé usted esta letra?... pues es una A... esta otra? es una N... y está?... pues es una T... ve usted la cuarta?... es una O... la quinta?... es... es...

—Basta, basta, exclamó la jóven. Oh, padre mio! Emilio!...

Lo que habia escrito sobre la hoja de la espada, el tesoro, la divisa del padre, era el nombre de su hija, el nombre de Antonia.

El resultado de esta escena facil es adivinarlo. Emilio mereció y obtuvo el tesoro, y... la espada....

Cuando terminó la guerra, en 1814, llegaron

un día dos ingleses al castillo de Fierval. El uno era sir Ricardo Walton, el otro, comandante del bergantín en el cual hizo sir Ricardo la travesía, era Mr. Black, nuestro antiguo conocido, que habiendo saciado su odio á los franceses, quiso acompañar al joven lord hasta la habitación de sus antiguos prisioneros. Entonces se supo que él fué quien había de nuevo hecho encarcelar á Solarez, y llevándolo á Inglaterra como un prisionero que pertenecía á la Francia, lo cual no impidió que este se escapase segunda vez para venir á recibir el castigo que tan merecido tenía.

Ricardo es hoy esposo de Carolina.

Fernando permanece soltero.

Y un terremoto destruyó la plantación y habitaciones de la gruta, llenando los dos precipicios en la época misma en que concluye esta historia.

L. DE L.

FIN.

UNIVERSIDAD DE CADIZ



3740395021



